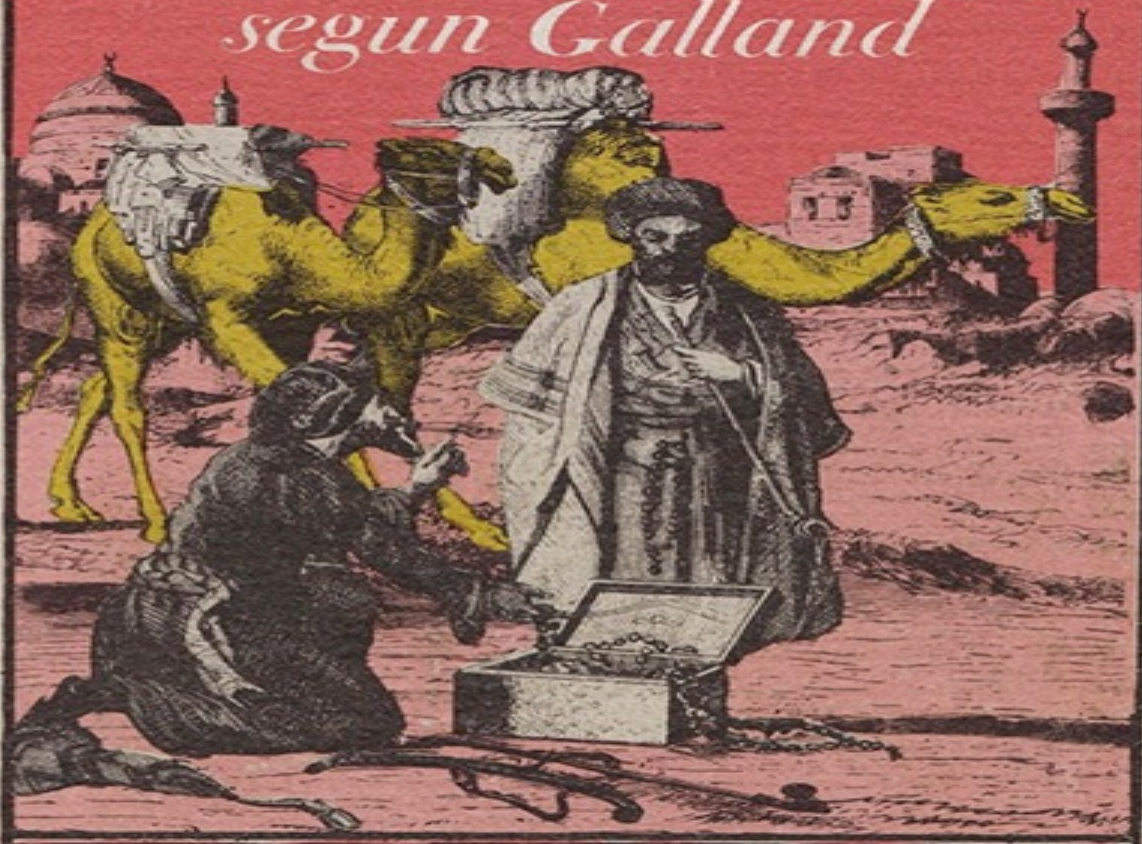
LAS MIL Y UNA NOCHES

segun Galland



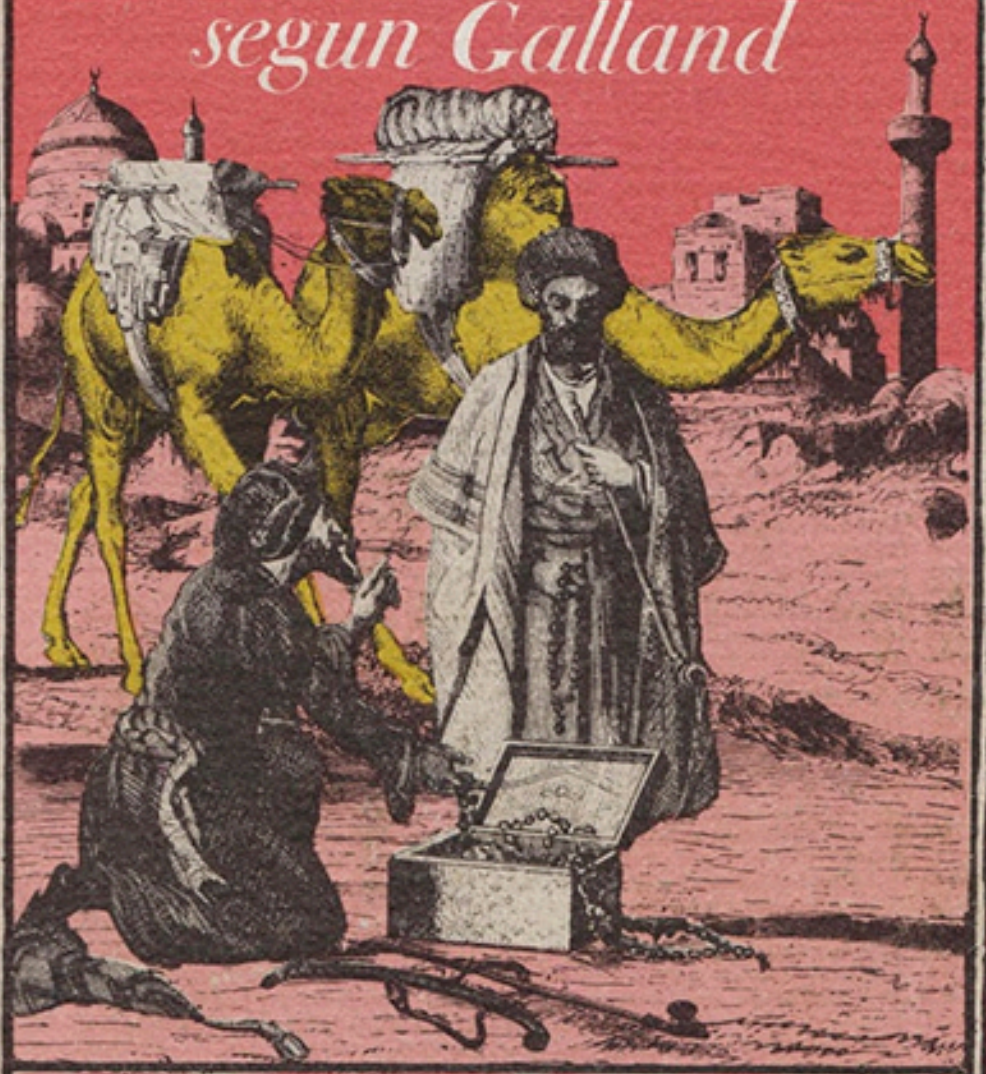
La Biblioteca de Babel

colección de lecturas fantásticas

dirigida por Jorge Luis Borges

LAS MIL Y UNA NOCHES

segun Galland



La Biblioteca de Babel

colección de lecturas fantásticas
dirigida por Jorge Luis Borges

Descubrir cada tanto tiempo el Oriente es una de las tradiciones de Europa: Heródoto, la Sagrada Escritura, Marco Polo y Kipling son los nombres que acuden en primer término. El más deslumbrante de todos ellos es el libro de «Las Mil y una Noches». En él parece estar cifrado el concepto de Oriente. Esa extraña palabra que abarca tantas y tan desiguales regiones, desde Marruecos hasta las islas del Japón. Definirla es difícil, porque definir es diluir en otras palabras y la palabra Oriente y la palabra Mil y una Noches ya nos colman de magia.

Jorge Luis Borges

Anónimo

Las mil y una noches según Galland

La Biblioteca de Babel - 21

Títulos originales: *Historie de l'aveuglue Baba-Abdalla*

Historie d'Aladdin

Anónimo, 1704

Traducción: Luis Alberto de Cuenca

Editor digital: orhi

ePub base r1.2

Prólogo

Descubrir cada tanto tiempo el Oriente es una de las tradiciones de Europa: Heródoto, la Sagrada Escritura, Marco Polo y Kipling son los nombres que acuden en primer término. El más deslumbrante de todos esos es El Libro de las Mil y Una Noches.

En él parece estar cifrado el concepto de Oriente. Esa extraña palabra que abarca tantas y tan desiguales regiones, desde Marruecos hasta las islas del Japón. Definirla es difícil, porque definir es diluir en otras palabras y la palabra Oriente y la palabra Mil y Una Noches ya nos colman de magia.

El hábito suele contraponer los conceptos de calidad y de cantidad. De un libro decimos que es largo como si ello fuera un pecado, pero en algunos la extensión es una calidad,

una calidad esencial. Uno de tales libros y no el menos ilustre es el Furioso; *otro*, el Quijote; *otro*, Las Mil y Una Noches *o, como quiere el capitán Burton, el* Libro de las Mil Noches y Una Noche. *No se trata, por cierto, de leerlo íntegro; los árabes afirman que esa empresa nos llevaría a la muerte. Quiero decir que el goce que nos depara la lectura de una pieza cualquiera procede, en algún modo, de la conciencia de estar frente a un río que es inagotable. El título original enumeraba mil noches. El supersticioso temor de las cifras pares indujo a los compiladores a agregar una y esa una basta para sugerir lo infinito.*

El Indostán atribuye sus vastas epopeyas a un dios, a un hombre legendario, a un personaje de la misma obra o al tiempo; en la edificación de Las Mil y Una Noches *han colaborado los siglos y los reinos. Se conjetura que el núcleo primitivo de la serie proviene precisamente del Indostán, que del Indostán*

pasó a Persia, de Persia a Arabia y de Arabia a Egipto, creciendo y multiplicándose. La redacción definitiva correspondería al siglo XIV y a Egipto. Para justificar el título tenían que ser exactamente mil y una; esta necesidad hizo que los copistas intercalaran en la obra textos fortuitos. Así, en una de sus noches, Schahrasad refiere la historia de Schahrasad, sin sospechar que se trata de sí misma; si hubiera persistido en tal distracción habríamos alcanzado el vértigo y la felicidad de un libro infinito.

A primera vista, Las Mil y Una Noches *sugieren un ejercicio ilimitado de la fantasía; sin embargo, a poco de explorar este laberinto descubrimos, como en el caso de otros, que no es un mero caos irresponsable, una orgía de la imaginación. El sueño tiene sus leyes. Abunda en ciertas simetrías: la repetición del número tres, las mutilaciones, las metamorfosis de cuerpos humanos en animales, la hermosura de las princesas, la*

pompa de los reyes, los talismanes mágicos, los genios todopoderosos que son esclavos del capricho de un hombre. Estos repetidos dibujos forman la trama y constituyen el estilo personal de esta gran obra colectiva, impersonal por excelencia.

Podemos afirmar sin hipérbole que hay dos tiempos. Uno es el tiempo histórico, en el que se trama nuestro destino; el otro, el tiempo de Las Mil y Una Noches. *Pese a los infortunios y a los azares, a las metamorfosis y a los demonios, el caudaloso tiempo de Schahrasad nos deja un sabor que no es menos raro en los libros que en la vida. El sabor de la dicha. Abunda en fábulas y apólogos, pero su moraleja no es lo que importa; abunda en crueldades y en erotismos, pero en ellas hay la inocencia de formas inconclusas en un espejo.*

En este volumen se incluye una sola pieza famosa, la historia de Aladino y la lámpara

que De Quincey juzgaba la mejor y que no figura en los textos originales. Se trata acaso de una feliz invención de Galland, el orientalista francés que reveló, a principios del siglo XVIII, Las Mil y Una Noches *al Occidente. Aceptada esta conjetura, Galland sería el último eslabón de una larga dinastía de narradores.*

Al compilar este volumen me ha acompañado la esperanza de que no sacie la curiosidad del lector y lo invite al goce de perderse en la querida y dilatada región de la obra original.

Jorge Luis Borges

Historia de Abdula, el mendigo ciego

Versión de Borges de Antoine Galland

El mendigo ciego que había jurado no recibir ninguna limosna que no estuviera acompañada de una bofetada, refirió al Califa su historia:

—Comendador de los Creyentes, he nacido en Bagdad. Con la herencia de mis padres y con mi trabajo, compré ochenta camellos que alquilaba a los mercaderes de las caravanas que se dirigían a las ciudades y a los confines de vuestro dilatado imperio.

Una tarde que volvía de Bassorah con mi recua vacía, me detuve para que pastaran los camellos; los vigilaba, sentado a la sombra

de un árbol, ante una fuente, cuando llegó un derviche que iba a pie a Bassorah.

Nos saludamos, sacamos nuestras provisiones y nos pusimos a comer fraternalmente.

El derviche, mirando mis numerosos camellos, me dijo que no lejos de ahí, una montaña recelaba un tesoro tan infinito que aun después de cargar de joyas y de oro los ochenta camellos, no se notaría mengua en él. Arrebatado de gozo me arrojé al cuello del derviche y le rogué que me indicara el sitio, ofreciendo darle en agradecimiento un camello cargado. El derviche entendió que la codicia me hacía perder el buen sentido y me contestó:

—Hermano, debes comprender que tu oferta no guarda proporción con la fineza que esperas de mí. Puedo no hablarte más del tesoro y guardar mi secreto. Pero te quiero

bien y te haré una proposición más cabal. Iremos a la montaña del tesoro y cargaremos los ochenta camellos; me darás cuarenta y te quedarás con otros cuarenta, y luego nos separaremos, tomando cada cual su camino.

Esta proposición razonable me pareció durísima, veía como un quebranto la pérdida de los cuarenta camellos y me escandalizaba que el derviche, un hombre harapiento, fuera no menos rico que yo. Accedí, sin embargo, para no arrepentirme hasta la muerte de haber perdido esa ocasión.

Reuní los camellos y nos encaminamos a un valle rodeado de montañas altísimas, en el que entramos por un desfiladero tan estrecho que sólo un camello podía pasar de frente.

El derviche hizo un haz de leña con las ramas secas que recogió en el valle, lo encendió por medio de unos polvos aromáticos, pronunció

palabras incomprensibles, y vimos, a través de la humareda, que se abría la montaña y que había un palacio en el centro. Entramos, y lo primero que se ofreció a mi vista deslumbrada fueron unos montones de oro sobre los que se arrojó mi codicia como el águila sobre la presa, y empecé a llenar las bolsas que llevaba.

El derviche hizo otro tanto, noté que prefería las piedras preciosas al oro y resolví copiar su ejemplo. Ya cargados mis ochenta camellos, el derviche, antes de cerrar la montaña, sacó de una jarra de plata una cajita de madera de sándalo que según me hizo ver, contenía una pomada, y la guardó en el seno.

Salimos, la montaña se cerró, nos repartimos los ochenta camellos y valiéndome de las palabras más expresivas le agradecí la fineza que me había hecho, nos abrazamos con sumo alborozo y cada cual tomó su camino.

No había dado cien pasos cuando el numen de la codicia me acometió. Me arrepentí de haber cedido mis cuarenta camellos y su carga preciosa, y resolví quitárselos al derviche, por buenas o por malas. El derviche no necesita esas riquezas —pensé—, conoce el lugar del tesoro; además, está hecho a la indigencia.

Hice parar mis camellos y retrocedí corriendo y gritando para que se detuviera el derviche. Lo alcancé.

—Hermano —le dije—, he reflexionado que eres un hombre acostumbrado a vivir pacíficamente, sólo experto en la oración y en la devoción, y que no podrás nunca dirigir cuarenta camellos. Si quieres creerme, quédate solamente con treinta, aun así te verás en apuros para gobernarlos.

—Tienes razón —me respondió el derviche—. No había pensado en ello. Escoge los diez

que más te acomoden, llévatelos y que Dios te guarde.

Aparté diez camellos que incorporé a los míos, pero la misma prontitud con que había cedido el derviche, encendió mi codicia. Volví de nuevo atrás y le repetí el mismo razonamiento, encareciéndole la dificultad que tendría para gobernar los camellos, y me llevé otros diez. Semejante al hidrópico que más sediento se halla cuanto más bebe, mi codicia aumentaba en proporción a la condescendencia del derviche. Logré, a fuerza de besos y de bendiciones, que me devolviera todos los camellos con su carga de oro y de pedrería. Al entregarme el último de todos, me dijo:

—Haz buen uso de estas riquezas y recuerda que Dios, que te las ha dado, puede quitártelas si no socorres a los menesterosos, a quienes la misericordia divina deja en el desamparo para que los ricos ejerciten su

caridad y merezcan, así, una recompensa mayor en el Paraíso.

La codicia me había ofuscado de tal modo el entendimiento que, al darle gracias por la cesión de mis camellos, sólo pensaba en la cajita de sándalo que el derviche había guardado con tanto esmero.

Presumiendo que la pomada debía encerrar alguna maravillosa virtud, le rogué que me la diera, diciéndole que un hombre como él, que había renunciado a todas las vanidades del mundo, no necesitaba pomadas.

En mi interior estaba resuelto a quitársela por la fuerza, pero, lejos de rehusármela, el derviche sacó la cajita del seno, y me la entregó.

Cuando la tuve en las manos, la abrí. Mirando la pomada que contenía, le dije:

—Puesto que tu bondad es tan grande, te ruego que me digas cuáles son las virtudes de esta pomada.

—Son prodigiosas —me contestó—. Frotando con ella el ojo izquierdo y cerrando el derecho, se ven distintamente todos los tesoros ocultos en las entrañas de la tierra. Frotando el ojo derecho, se pierde la vista de los dos.

Maravillado, le rogué que me frotase con la pomada el ojo izquierdo.

El derviche accedió. Apenas me hubo frotado el ojo, aparecieron a mi vista tantos y tan diversos tesoros, que volvió a encenderse mi codicia. No me cansaba de contemplar tan infinitas riquezas, pero como me era preciso tener cerrado y cubierto con la mano el ojo derecho, y esto me fatigaba, rogué al derviche que me frotase con la pomada el ojo derecho, para ver más tesoros.

—Ya te dije —me contestó— que si aplicas la pomada al ojo derecho, perderás la vista.

—Hermano —le repliqué sonriendo— es imposible que esta pomada tenga dos cualidades tan contrarias y dos virtudes tan diversas.

Largo rato porfiamos; finalmente, el derviche, tomando a Dios por testigo de que me decía la verdad, cedió a mis instancias. Yo cerré el ojo izquierdo, el derviche me frotó con la pomada el ojo derecho. Cuando los abrí, estaba ciego.

Aunque tarde, conocí que el miserable deseo de riquezas me había perdido y maldije mi desmesurada codicia. Me arrojé a los pies del derviche.

—Hermano —le dije—, tú que siempre me has complacido y que eres tan sabio, devuélveme la vista.

—Desventurado —me respondió—, ¿no te previne de antemano y no hice todos los esfuerzos para preservarte de esta desdicha? Conozco, sí, muchos secretos, como has podido comprobar en el tiempo que hemos estado juntos, pero no conozco el secreto capaz de devolverte la luz. Dios te había colmado de riquezas que eras indigno de poseer, te las ha quitado para castigar tu codicia.

Reunió mis ochenta camellos y prosiguió con ellos su camino, dejándome solo y desamparado, sin atender a mis lágrimas y a mis súplicas. Desesperado, no sé cuántos días erré por esas montañas; unos peregrinos me recogieron.

Historia de Aladino o la lámpara maravillosa

En la capital de un reino de la China, muy rico y vasto, cuyo nombre no acude ahora a mi memoria, había un sastre llamado Mustafá, sin otra distinción que la que su profesión le confería. Mustafá el sastre era muy pobre, y su trabajo le proporcionaba apenas con qué subsistir a él y a su mujer, y a un hijo que Dios les había dado.

El hijo, que se llamaba Aladino, había sido educado muy negligentemente, lo que le había hecho contraer inclinaciones viciosas. Era malo, testarudo, desobediente con su padre y con su madre. En cuanto se hizo un poco mayor, sus padres no lo pudieron retener en casa; salía muy de mañana y pasaba los días jugando en las calles y en las plazas públicas con pequeños vagabundos todavía más jóvenes que él.

Cuando alcanzó la edad de aprender un oficio, su padre, que no estaba en disposición

de hacerle aprender otro que el suyo, lo llevó a su taller y comenzó a mostrarle de qué manera debía manejar la aguja; pero ni con suavidad ni con amenazas de castigo le fue posible al padre corregir el espíritu inconstante de su hijo: no pudo obligarlo a dominarse y a aplicarse asiduamente al trabajo, como él deseaba. Apenas Mustafá se daba la vuelta, Aladino escapaba y no volvía en todo el día. El padre lo castigaba; pero Aladino era incorregible, y, muy a su pesar, Mustafá se vio obligado a abandonarlo a su libertinaje. Esto le causó una gran pena; y el dolor de no poder llevar a su hijo por el camino recto le originó una enfermedad tan obstinada que murió al cabo de algunos meses.

La madre de Aladino, al ver que su hijo no llevaba el camino de aprender el oficio de su padre, cerró el taller y convirtió en dinero todos los instrumentos del oficio para ir viviendo con eso ella y su hijo, y con lo poco que podía obtener hilando algodón.

Aladino, que no se sentía ya retenido por el temor al padre, y que se preocupaba tan poco de su madre que tenía incluso la osadía de amenazarla a la menor reconvención que ella le hacía, se abandonó entonces a un completo libertinaje. Frecuentaba cada vez más a los muchachos de su edad, y no dejaba de jugar con ellos con más pasión que antes. Continuó llevando este género de vida hasta la edad de quince años, sin que se vislumbrara en él interés alguno por nada y sin reflexionar sobre lo que podía ser de él en el futuro. En esta situación se hallaba cuando, un día en que jugaba en medio de una plaza con un grupo de vagabundos, según su costumbre, un extranjero que por allí pasaba se detuvo a mirarlo.

Este extranjero era un mago insigne a quien los autores que han escrito esta historia nos dan a conocer bajo el nombre de Mago Africano: así es como lo llamaremos, tanto más de buen grado cuanto que venía

verdaderamente de África y había llegado hacía sólo dos días.

Tal vez el mago africano, experto en fisonomía, hubiese advertido en el rostro de Aladino todo lo que era absolutamente necesario para la ejecución de lo que había constituido el objeto de su viaje; o acaso se hubiese informado hábilmente acerca de su familia, de su condición y de sus inclinaciones.

Cuando hubo sabido cuanto deseaba saber, se acercó al joven y, apartándolo algunos pasos de sus compañeros, le dijo: «Hijo mío, ¿no se llama tu padre Mustafá el sastre?». «Sí, señor», respondió Aladino; «pero ha muerto hace mucho tiempo.»

A estas palabras, el mago africano se lanzó al cuello de Aladino, lo abrazó y lo besó varias veces con las lágrimas en los ojos, acompañadas de suspiros. Aladino, notando sus lágrimas, le preguntó qué motivo tenía para

llorar. «¡Ah, hijo mío!», exclamó el mago africano, «¿cómo podría dejar de hacerlo? Soy tu tío, y tu padre era mi buen hermano. Hace ya muchos años que estoy de viaje, y, en el momento en que llego aquí con la esperanza de volverlo a ver y darle la alegría de mi regreso, me dices tú que ha muerto. Te aseguro que es un dolor muy notable para mí el verme privado del consuelo con que contaba. Pero lo que alivia un poco mi aflicción es que, al menos en lo que soy capaz de recordar, reconozco sus rasgos en tu rostro, y veo que no me he equivocado dirigiéndome a ti.» Preguntó a Aladino, al tiempo que introducía la mano en la bolsa, dónde vivía su madre. Aladino satisfizo inmediatamente su pregunta, y el mago africano le dio un puñado de calderilla, diciéndole: «Hijo mío, ve a casa de tu madre, preséntale mis respetos y dile que iré a verla mañana, si el tiempo me lo permite, para brindarme el consuelo de ver el lugar donde mi buen hermano ha

vivido tanto tiempo y donde ha terminado sus días.»

Tan pronto como el mago africano hubo dejado al sobrino que acababa de fabricarse, Aladino corrió a casa de su madre, muy contento con el dinero que su tío acababa de darle. «Madre mía», le dijo al llegar, «te ruego que me digas si tengo un tío.» «No, hijo mío», le respondió la madre, «no tienes tíos ni por parte de tu difunto padre ni por la mía.» «Sin embargo», replicó Aladino, «acabo de ver a un hombre que se dice mi tío por parte de mi padre, puesto que era su hermano, según me ha asegurado; incluso se ha puesto a llorar y a abrazarme cuando le he dicho que mi padre había muerto. Y, como prueba de que digo la verdad», añadió mostrando las monedas que había recibido, «mira lo que me ha dado. Me ha encargado también que te saludara de su parte y que te dijera que mañana, si tiene tiempo, vendrá a saludarte personalmente y, al mismo tiempo,

a ver la casa en que mi padre ha vivido y donde ha muerto.» «Hijo mío», dijo la madre, «es verdad que tu padre tenía un hermano, pero hace tiempo que murió, y nunca le oí decir que tuviese otro.» Y no dijeron más a propósito del mago africano.

Al día siguiente, el mago africano abordó a Aladino por segunda vez, mientras jugaba en otro lugar de la ciudad con otros niños.

Lo abrazó como en la ocasión precedente y, poniéndole dos piezas de oro en la mano, le dijo: «Hijo mío, lleva esto a tu madre y dile que iré a verla esta noche y que compre comida a fin de que podamos cenar juntos; pero antes indícame cómo llegar a tu casa.»

Se lo indicó, y el mago africano lo dejó ir. Aladino llevó las dos piezas de oro a su madre; y, en cuanto le hubo dicho cuál era la intención de su tío, ella salió a comprar comida y volvió con buenas provisiones; y como

estaba desprovista de buena parte de la vajilla que necesitaba, fue a pedirla prestada a sus vecinos. Empleó todo el día preparando la cena; al atardecer, cuando todo estuvo listo, dijo a Aladino: «Hijo mío, quizá tu tío no sepa dónde está nuestra casa; ve a su encuentro y tráelo acá si lo ves.»

Aunque Aladino hubiese enseñado al mago africano el camino de su casa, no obstante estaba a punto de salir cuando llamaron a la puerta. Aladino abrió y reconoció al mago africano, que entró cargado de botellas de vino y de diversos tipos de frutas que traía para la cena.

Después de haber puesto lo que traía en manos de Aladino, el mago africano saludó a su madre y le rogó que le mostrara el lugar en que su hermano Mustafá tenía costumbre de sentarse sobre el sofá. Ella se lo mostró y él, inmediatamente, se prosternó y besó repetidas veces aquel lugar con las lágrimas en

los ojos, exclamando: «¡Pobre hermano mío! ¡Qué desgraciado soy por no haber llegado a tiempo para abrazarte una vez más antes de tu muerte!». Aunque la madre de Aladino se lo rogara, se negó rotundamente a sentarse en el mismo lugar.

«No», dijo, «me guardaré bien de hacerlo; pero permíteme que me siente enfrente a fin de que, si me veo privado de la satisfacción de contemplarlo en persona, como padre de una familia que me es tan querida, al menos pueda figurarme que sigue ahí sentado.» La madre de Aladino no insistió más y lo dejó en libertad de elegir el asiento que quería.

Cuando el mago africano se sentó en el lugar que había escogido, comenzó a conversar con la madre de Aladino. «Mi buena hermana», le dijo, «no te extrañe no haberme visto nunca durante todo el tiempo en que has permanecido casada con mi hermano Mustafá de feliz memoria; hace cuarenta

años que salí de este país, que es el mío tanto como lo fue de mi difunto hermano.

Desde entonces, después de haber viajado por las Indias, por Persia, por la Arabia, por Siria, por Egipto, y de haber residido en bellas ciudades de esos países, pasé a África, donde permanecí mucho más tiempo. Al fin, como conviene por naturaleza al hombre, por alejado que esté del país donde nació, no olvidarse jamás del mismo, ni de sus padres ni de aquellos con quienes se crió, me poseyó un deseo tan fuerte de volver a ver el mío y de venir a abrazar a mi querido hermano, mientras aún me sentía con suficientes fuerzas y valor para emprender un viaje tan largo, que no tardé en hacer mis preparativos y en ponerme en camino. Nada te digo del tiempo que he empleado, de todos los obstáculos que he encontrado y de todas las fatigas que he sufrido para llegar hasta aquí; te diré solamente que nada me ha mortificado y afligido tanto, a lo largo de todos mis

viajes, como la noticia de la muerte de un hermano a quien había amado siempre y a quien amaba con un amor verdaderamente fraternal. He reconocido sus rasgos en el rostro de mi sobrino e hijo tuyo, y eso fue lo que me hizo reparar en él entre todos los demás muchachos con los que estaba. Ha podido decirte ya de qué manera recibí la triste nueva de que mi hermano no estaba en este mundo; pero es preciso alabar a Dios en todas las ocasiones. Me consuelo encontrando al difunto en un hijo que conserva sus rasgos más notables.»

El mago africano, advirtiendo que la madre de Aladino se enternecía con el recuerdo de su marido y se renovaba su dolor, cambió de tema y, dirigiéndose a Aladino, le preguntó su nombre. «Me llamo Aladino», le dijo. «Y bien, Aladino», repuso el mago, «¿en qué te ocupas? ¿Sabes algún oficio?».

A esta pregunta, Aladino bajó la vista desconcertado; pero su madre, tomando la palabra, dijo: «Aladino es un holgazán. Su padre hizo todo lo posible, mientras vivía, por enseñarle su oficio, y no pudo conseguirlo; y desde que murió, a pesar de todo lo que he podido decirle y le repito a diario, no tiene otro oficio que no sea el de vagabundo y pasa todo su tiempo jugando con los muchachos, como has podido ver, sin pensar que ya no es uno de ellos; y si tú no logras que se avergüence y que aprenda la lección, yo desespero de que vaya a cambiar. Sabe que su padre no ha dejado ningún bien, y ve que lo que hago durante todo el día, hilar algodón, apenas nos procura el pan cotidiano. Por mi parte, estoy decidida a cerrarle la puerta uno de estos días y a enviarle a buscar el sustento fuera de esta casa.»

Cuando la madre de Aladino hubo terminado estas palabras deshecha en lágrimas, el mago africano dijo a Aladino: «Eso no está bien,

sobrino, hay que pensar en hacer de ti una persona de provecho capaz de ganarse la vida. Hay muchas clases de oficios; mira si hay alguno al que te sientas inclinado más que a otro. Quizá te desagrade el de tu padre y prefieras desempeñar uno diferente: no disimules tus sentimientos, estoy aquí para ayudarte.» Al ver que Aladino no respondía, continuó: «Si te repugna aprender un oficio y quieres ser un hombre bien considerado, te pondré una tienda de ricos paños y telas finas; venderás esa mercancía y con el dinero que obtengas comprarás otras, y de ese modo vivirás honorablemente. Reflexiona y dime con franqueza lo que piensas al respecto; me encontrarás siempre dispuesto a mantener mi promesa.»

Esta oferta agradó a Aladino, a quien el trabajo manual disgustaba sobremanera; además, no se le escapaba el hecho de que las tiendas de ese género de mercancías eran limpias y frecuentadas, y de que los

mercaderes vestían bien y eran muy bien considerados. Así que declaró al mago africano, a quien creía su tío, que sus inclinaciones iban por ese lado más que por ningún otro, y que toda la vida le estaría reconocido por lo que se proponía llevar a cabo en su beneficio. «Ya que esa profesión es de tu gusto», respondió el mago africano, «vendrás mañana conmigo y haré que te vistas limpia y ricamente, conforme al estado de uno de los más importantes mercaderes de esta ciudad; y pasado mañana pensaremos en procurarte una tienda del tipo que acabo de proponerte.»

La madre de Aladino, que no había creído hasta entonces que el mago africano fuese hermano de su marido, desechó toda duda después de todo el bien que prometía hacerle a su hijo. Le agradeció sus buenas intenciones y, tras exhortar a Aladino a hacerse digno de todos los bienes que su tío le hacía esperar, sirvió la cena. La conversación giró

sobre el mismo tema durante toda la comida, hasta que el mago, dándose cuenta de que la noche estaba ya avanzada, se despidió de la madre y del hijo y se retiró. A la mañana siguiente, el mago africano no dejó de volver a casa de la viuda de Mustafá el sastre, como había prometido.

Tomó a Aladino consigo y lo condujo a casa de un gran mercader que vendía sólo vestidos ya hechos, de toda clase de hermosas telas, para las distintas edades y condiciones. Se hizo mostrar algunos que convinieran a la talla de Aladino y, después de haber apartado todos aquellos que le agradaban más y de haber rechazado los que no respondían a la belleza que él buscaba, dijo a Aladino: «Sobrino, escoge entre todos estos vestidos el que prefieras.» Aladino, encantado con la largueza de su nuevo tío, escogió uno, y el mago lo compró, junto con todos los accesorios necesarios, y pagó sin regatear.

Cuando Aladino se vio tan magníficamente vestido de pies a cabeza, expresó a su tío todas las gratitudes imaginables, y el mago le prometió además no abandonarlo y tenerlo siempre consigo. En efecto, lo condujo a los lugares más frecuentados de la ciudad, particularmente a aquellos donde se encontraban las tiendas de los ricos mercaderes; y cuando estuvo en la calle donde se encontraban las tiendas de los paños más ricos y de las telas más finas, dijo a Aladino: «Como pronto serás un mercader como los que estás viendo, es bueno que los frecuentes y que ellos te conozcan.» Le hizo ver también las mezquitas más bellas y más grandes, y lo condujo a los caravasares donde se alojaban los mercaderes extranjeros y a todos los lugares del palacio del sultán en los que era lícito entrar. Finalmente, después de haber recorrido juntos los lugares más bellos de la ciudad, llegaron al caravasar que servía de alojamiento al mago. Lo esperaban allí

algunos mercaderes con los que había comenzado a tener trato desde su llegada y a quienes había reunido expresamente para obsequiarlos y presentarles al mismo tiempo a su supuesto sobrino.

El banquete se prolongó hasta la caída de la tarde. Aladino se disponía a despedirse de su tío para volver a su casa cuando el mago africano no quiso dejarlo ir solo y se empeñó en acompañarlo. Cuando la madre vio a su hijo tan bien vestido, se volvió loca de alegría; no dejaba de bendecir una y mil veces al mago, que había hecho un gasto tan grande en beneficio de su hijo. «Generoso pariente», le dijo, «no sé cómo darte las gracias por tu largueza. Sé que mi hijo no merece el bien que le haces y que sería indigno de recibirlo si no te guardara eterno reconocimiento y descuidase responder a la buena intención que tienes de darle una profesión tan distinguida. En cuanto a mí», añadió, «te lo agradezco de todo corazón y te

deseo una vida lo bastante larga como para que puedas ser testigo del agradecimiento de mi hijo, que no puede demostrártelo mejor que dejándose gobernar por tus buenos consejos.»

«Aladino», respondió el mago africano, «es un buen muchacho; me escucha lo suficiente, y creo que haremos de él un hombre de provecho. Sólo me fastidia una cosa, y es no poder ejecutar mañana lo que le he prometido. Es viernes, las tiendas estarán cerradas y no habrá medio de pensar en alquilar una de ellas y surtirla de mercancías mientras los mercaderes no piensan más que en divertirse. De modo que retomaremos la faena el sábado; pero vendré a buscarlo mañana y me lo llevaré a pasear por los jardines donde la buena sociedad acostumbra a encontrarse. Acaso no conozca aún las diversiones que allí se dan cita. Hasta ahora no ha estado más que con niños; debe tratar con hombres.» El mago africano se despidió,

en fin, de la madre y del hijo y se retiró. Aladino, que no cabía en sí de gozo al verse tan bien vestido, gozaba todavía más pensando en el paseo por los jardines de los alrededores de la ciudad. En efecto, nunca había franqueado las puertas y no conocía los alrededores, que eran de gran belleza y muy agradables.

Aladino se levantó y vistió muy de mañana al día siguiente, a fin de estar listo para partir cuando su tío viniese a buscarlo. Tras haber esperado lo que se le antojó mucho tiempo, la impaciencia le hizo abrir la puerta y otear el horizonte para ver si lo veía llegar. Cuando lo distinguió, advirtió de ello a su madre y, despidiéndose de ella, cerró la puerta y corrió al encuentro de su tío.

El mago africano hizo muchas caricias a Aladino cuando lo vio. «Vamos, querido muchacho», le dijo con aire risueño, «quiero que veas hoy muchas cosas bellas.» Lo

condujo por una puerta que llevaba a grandes y bellas mansiones, o más bien a magníficos palacios cada uno de los cuales tenía hermosísimos jardines de acceso libre. A cada palacio que encontraban, preguntaba a Aladino si le parecía hermoso; y Aladino, previéndolo, cuando otro se presentaba ante su vista: «Tío», decía, «éste es más hermoso que los que acabamos de ver.» Entretanto, avanzaban más y más hacia el campo y el astuto mago, que quería ir más lejos para llevar a cabo el designio que tenía en la cabeza, aprovechó la ocasión para entrar en uno de esos jardines. Se sentó junto a un gran estanque que recibía una agua purísima por el hocico de un león de bronce y fingió estar cansado para hacer reposar a Aladino. «Sobrino», le dijo, «debes estar tan fatigado como lo estoy yo; descansemos aquí para recobrar fuerzas: así tendremos nuevos ánimos para proseguir nuestro paseo.»

Cuando se hubieron sentado, el mago africano sacó de un hato que llevaba al cinto pastelillos y varios tipos de frutas de las que se había provisto, y extendió los manjares sobre los bordes del estanque. Compartió un pastelillo con Aladino y, en cuanto a las frutas, dejó al muchacho la libertad de escoger las que fuesen más de su gusto. Durante el piscolabis, entretuvo a su supuesto sobrino con muchas enseñanzas, exhortándolo a no seguir frecuentando a muchachos de su edad y a buscar más bien la compañía de hombres juiciosos y prudentes, escuchándolos y obteniendo provecho de su conversación. «Muy pronto», le decía, «serás un hombre como ellos, y conviene que te acostumbres desde ahora a decir cosas atinadas, siguiendo su ejemplo.» Terminada la merienda, se levantaron y prosiguieron su camino a través de los jardines, que no estaban separados unos de otros sino por pequeños fosos que señalaban sus confines, pero que

no impedían el paso. La buena fe hacía que los ciudadanos de aquella capital no tomasen otras precauciones para impedirse perjudicarse mutuamente. Insensiblemente el mago africano condujo a Aladino mucho más allá de los jardines, y lo hizo atravesar campos que lo llevaron hasta bastante cerca de las montañas.

Aladino, que no había caminado tanto en su vida, se sentía muy fatigado por una marcha tan larga. «Tío», dijo al mago africano, «¿adónde vamos? Hemos dejado atrás los jardines hace ya tiempo y no veo más que montañas. Si seguimos avanzando, no sé si tendré fuerzas suficientes para volver a la ciudad.» «Ten ánimo, sobrino», le dijo el falso tío, «quiero que veas otro jardín que supera a todos los que acabas de ver; no está lejos de aquí, pocos pasos nos separan de él; cuando lleguemos, tú mismo me dirás si no te hubiera fastidiado no haberlo visto estando tan cerca.» Aladino se dejó convencer,

y el mago lo condujo aún más lejos, entreteniéndolo con diversas y divertidas historias para hacerle el camino menos enojoso y la fatiga más soportable.

Finalmente, llegaron a un lugar entre dos montañas de mediana altura y poco más o menos iguales, separadas por un vallecillo de muy poca anchura. Aquél era el lugar señalado donde el mago africano había querido traer a Aladino para la ejecución de un gran designio que lo había hecho venir desde un extremo de África hasta la China. «Hemos llegado», dijo a Aladino, «quiero mostrarte aquí cosas extraordinarias y desconocidas de todos los mortales; y, cuando las hayas visto, me agradecerás el haber sido testigo de tantas maravillas que nadie en el mundo ha podido ver sino tú. Mientras golpeo el eslabón, recoge tú las ramas más secas de esas zarzas, que vamos a hacer una hoguera.»

Era tal la cantidad de maleza que Aladino reunió en seguida un montón más que suficiente, mientras el mago encendía el fuego; y en el momento en que las ramas comenzaron a arder el mago africano vertió encima un perfume que tenía dispuesto. Se elevó una humareda muy espesa que él disipó de un lado y del otro pronunciando palabras mágicas que Aladino no comprendió.

En ese mismo instante la tierra tembló un poco y se abrió delante del mago y de Aladino, poniendo al descubierto una piedra cuadrada de alrededor de un pie y medio de longitud y de un pie de profundidad, colocada horizontalmente, con un anillo de bronce elevado en el centro para poder levantarla. Aladino, aterrado de lo que sucedía ante sus ojos, tuvo miedo y quiso emprender la huida. Pero su presencia era necesaria para aquel sortilegio, y el mago lo retuvo, riñéndole mucho, y le dio un bofetón tan fuerte que lo tiró por tierra y poco faltó para

que no se le clavaran los dientes en la boca, a juzgar por la sangre que salía.

El pobre Aladino, todo tembloroso y con las lágrimas en los ojos: «Tío», exclamó llorando, «¿qué he hecho yo para merecer que me golpees tan duramente?». «Tengo mis razones para hacerlo», respondió el mago. «Soy tu tío, hago ahora las veces de tu padre y no debes replicarme. Pero, hijo mío», añadió en un tono más dulce, «no tengas miedo: sólo te pido que me obedezcas al pie de la letra, si quieres obtener provecho y hacerte digno de los grandes beneficios que te aguardan.» Estas bellas promesas del mago calmaron un poco el temor y el resentimiento de Aladino; y cuando el mago lo vio completamente tranquilizado, continuó: «Has visto lo que he hecho por la virtud de mi perfume y de las palabras que he pronunciado. Pues bien, has de saber que debajo de esta piedra que ves hay un tesoro escondido que te está destinado y que te hará un día

más rico que los más grandes reyes del mundo. Tan verdad es esto como que tú eres la única persona en el mundo a quien es lícito tocar esta piedra y levantarla para entrar; incluso a mí me está vedado tocarla y poner los pies en la cámara del tesoro, cuando esté abierta. Por eso, es preciso que cumplas al pie de la letra lo que voy a decirte, sin equivocarte: la cosa es de enorme importancia para ti y para mí.»

Aladino, aún lleno de estupor por lo que veía y por lo que acababa de oír decir al mago de aquel tesoro que lo haría feliz para siempre, olvidó cuanto había sucedido. «Y bien, tío», dijo al mago mientras se levantaba, «¿de qué se trata? Manda, que estoy dispuesto a obedecerte.» «Mucho me complace, hijo mío», le dijo el mago africano abrazándolo, «que hayas tomado esa decisión; ven, acércate, coge este anillo y levanta la piedra.» «Pero tío», respondió Aladino, «no soy lo bastante fuerte como para levantarla; tienes que

ayudarme.» «No», replicó el mago africano, «no necesitas que te ayude, y nada conseguiríamos ni tú ni yo si te ayudase: la debes levantar tú solo. Basta con que pronuncies el nombre de tu padre y de tu abuelo, teniendo el anillo, y con que tires luego: verás cómo la piedra se levantará sin esfuerzo.» Aladino hizo lo que el mago le había dicho: levantó la piedra con facilidad y la colocó a un lado.

Cuando fue quitada la piedra, apareció una cueva de tres o cuatro pies de profundidad, con una pequeña puerta y peldaños para descender más abajo. «Hijo mío», dijo entonces el mago africano a Aladino, «sigue al pie de la letra todo lo que voy a decirte. Baja por esa cavidad; cuando hayas llegado al final de los escalones que ves, encontrarás una puerta abierta que te conducirá a una gran estancia abovedada y dividida en tres grandes salas, la una detrás de la otra. En cada una de ellas verás a derecha e izquierda cuatro vasijas de

bronce, grandes como cubas, llenas de oro y plata; pero guárdate de tocarlas. Antes de entrar en la primera sala, quítate la ropa y estréchala bien contra el cuerpo. Cuando hayas entrado, pasa a la segunda sin detenerte, y de allí a la tercera, también sin detenerte. Sobre todo, guárdate bien de acercarte a las paredes y de rozarlas incluso con tu ropa: si llegaras a rozarlas, morirías en el acto; por eso te he dicho que arrolles estrechamente tu ropa contra el cuerpo. Al final de la tercera sala, hay una puerta que te dará entrada a un jardín plantado de hermosos árboles rebosantes de frutos; sigue todo recto y atraviesa el jardín por un camino que te conducirá a una escalera de cincuenta peldaños que lleva a una terraza. Cuando estés en la terraza, verás ante ti un nicho, y en el nicho una lámpara encendida; coge la lámpara, apágala y, cuando hayas tirado el pabilo y vertido el líquido, métetela en el seno y tráemela. No temas estropear tu vestido: el

líquido no es aceite, y la lámpara estará seca en cuanto lo hayas vertido. Si te apetecen los frutos del jardín, puedes coger de ellos cuantos quieras: eso no te está vedado.»

Al concluir estas palabras, el mago africano se sacó un anillo que tenía en el dedo y se lo puso en uno de los dedos a Aladino, diciéndole que le serviría de protección contra todo lo malo que pudiese sucederle, con tal que observase al pie de la letra sus instrucciones. «Ve, hijo mío», le dijo tras esta última advertencia, «desciende con valor; ambos seremos ricos para toda la vida.»

Aladino saltó ágilmente dentro de la cueva y descendió hasta el final de los escalones: encontró las tres salas cuya descripción le había hecho el mago africano. Pasó a través de ellas con extrema precaución, sabiendo que moriría en el acto si no observaba cuidadosamente lo que le había sido prescrito. Atravesó el jardín sin detenerse, subió a la

terraza, cogió la lámpara encendida en el nicho, tiró el pabilo y el líquido y, viendo la lámpara sin humedad alguna como le había dicho el mago, la introdujo en su seno; bajó de la terraza y se detuvo en el jardín a contemplar los frutos que antes no había visto más que de pasada. Los árboles de aquel jardín estaban cargados a rebosar de frutos extraordinarios. Cada árbol los tenía de diferentes colores: los había blancos, relucientes y transparentes como el cristal; rojos, algunos más cargados, otros menos; verdes, azules, violetas, tirando a amarillos y de muchos otros colores. Los blancos eran perlas; los relucientes y transparentes, diamantes; los rojos más oscuros, rubíes; los otros menos oscuros, granates; los verdes, esmeraldas; los azules, turquesas, y los violetas, amatistas; los que tiraban a amarillo, zafiros; y así los demás; y aquellos frutos eran todos de un tamaño y de una perfección que no tenía igual en el mundo. Aladino, que

no conocía su mérito ni su valor, no se inmutó a la vista de semejantes frutos, que no eran de su gusto como lo hubiesen sido los higos, las uvas y otras excelentes frutas que son comunes en la China. No estaba tampoco en edad de conocer su precio; imaginó que todos aquellos frutos no eran más que vidrio coloreado y que nada valían. La diversidad de tantos hermosos colores, sin embargo, la belleza y tamaño extraordinarios de cada fruto, le dieron gana de coger algunos de cada tipo. En efecto, tomó varios de cada color y llenó con ellos sus dos bolsillos y dos bolsas nuevas que el mago le había comprado con el vestido que le había regalado, para que todo lo que llevara fuese nuevo; y como las dos bolsas no cabían en sus bolsillos, que estaban ya repletos, se las colgó a uno y otro lado del cinto; e incluso envolvió frutos en los pliegues del cinto, que era una amplia y larga tira de seda, y los acomodó de manera que no pudiesen caer; y no olvidó meterse

algunos en el seno, entre el vestido y la camisa.

Así cargado de tantas riquezas sin saberlo, Aladino reanudó diligentemente el camino de las tres salas, a fin de no hacer esperar demasiado tiempo al mago africano, y, tras haberlas atravesado con las mismas precauciones que antes, volvió a subir por donde había bajado y se presentó en la entrada de la cueva, donde el mago africano lo esperaba con impaciencia. Apenas Aladino lo vio: «Tío», le dijo, «te ruego que me des la mano para ayudarme a subir.» El mago africano le dijo: «Hijo mío, dame antes la lámpara; podría estorbarte.» «Perdóname, tío», respondió Aladino, «pero no me estorba; te la daré cuando haya subido.» El mago africano se obstinó en querer que Aladino le pusiese la lámpara entre las manos antes de sacarlo de la cueva, y Aladino, que tenía la lámpara envuelta en sus vestidos, junto con todos los frutos de los

que se había provisto, se negó en redondo a dársela antes de salir de la cueva. Entonces el mago africano, desesperado ante la resistencia del joven, fue presa de un espantoso acceso de furia: vertió un poco de su perfume sobre el fuego que había tenido cuidado de mantener encendido, y, apenas hubo pronunciado dos palabras mágicas, la piedra que servía para cerrar la entrada de la cueva tornó por sí misma a su lugar, con la tierra por encima, en el mismo estado en que se encontraba a la llegada del mago africano y de Aladino.

Es cierto que el mago africano no era hermano de Mustafá el sastre, como había fingido ser, ni, en consecuencia, tío de Aladino. Sí era realmente de África, donde había nacido; y como África es un país en el que existe una afición a la magia mayor que en cualquier otro, a ella se dedicó desde su juventud, y, tras cuarenta años o más de encantamientos, operaciones de geomancia,

sufumigaciones y lectura de libros de magia, había llegado finalmente a descubrir que había en el mundo una lámpara maravillosa cuya posesión lo volvería más poderoso que ningún monarca del universo, si lograba apoderarse de ella. Mediante una última operación de geomancia, había sabido que la lámpara se encontraba en un lugar subterráneo en medio de la China, en el sitio y con todas las circunstancias que acabamos de describir. Convencido de la verdad de este descubrimiento, había partido desde un extremo de África, como hemos dicho, y, tras un largo y penoso viaje, había llegado a la ciudad que estaba tan cerca del tesoro; pero, aunque la lámpara estuviese ciertamente en el lugar que él conocía, no le estaba permitido sin embargo llevársela él mismo, ni entrar en persona en el subterráneo en que se hallaba. Era preciso que otro bajase, fuese a cogerla y se la pusiese entre las manos. Por esta razón se había dirigido a Aladino, que le había

parecido un muchacho sin importancia, idóneo para el servicio que esperaba de él; y estaba decidido, después de apoderarse de la lámpara, a hacer el último sahumerio, al que nos hemos referido, y pronunciar las dos palabras mágicas que debían causar el efecto que hemos visto, y sacrificar al pobre Aladino a su avaricia y a su maldad, eliminando al único testigo de su acción. El bofetón dado a Aladino y la autoridad que había cobrado sobre él no tenían otro objetivo que el de acostumbrarlo a temerlo y a obedecerlo al pie de la letra, a fin de que, cuando le pidiera la famosa lámpara mágica, se la diese en el acto; pero le sucedió todo lo contrario de lo que se había propuesto. Finalmente, recurrió con tanta precipitación a su maldad para perder al pobre Aladino porque temía que, si permanecía discutiendo más tiempo con él, alguien llegase a oírlos e hiciese público lo que quería tener oculto a toda costa.

Cuando el mago africano vio sus grandes y bellas esperanzas perdidas para siempre, no tuvo más opción que regresar a África, cosa que hizo ese mismo día, dando un rodeo para no volver a la ciudad de donde había salido con Aladino. Temía, en efecto, ser reconocido por las numerosas personas que podían haberlo visto pasearse con el muchacho y regresar sin él.

Según todas las apariencias, de Aladino no se debía oír hablar más; pero el mago, que había creído perderlo para siempre, no se había percatado de que le había puesto en el dedo un anillo que podía servir para salvarlo. En efecto, fue ese anillo la causa de la salvación de Aladino, que desconocía sus propiedades; y es extraño que semejante pérdida, unida a la de la lámpara, no haya precipitado al mago en las más negra desesperación. Pero los magos están tan acostumbrados a las desgracias y a los acontecimientos contrarios a sus deseos que no dejan,

mientras viven, de alimentarse de humo, de quimeras y de visiones.

Aladino, que no se esperaba la maldad de su falso tío después de las caricias y beneficios que le había prodigado, se quedó tan estupefacto que es más fácil imaginarlo que describirlo con palabras. Cuando se vio enterrado vivo, llamó mil veces a su tío gritando que estaba dispuesto a darle la lámpara; pero sus gritos eran inútiles, y no había otro medio de hacerse oír. Así que permaneció en las tinieblas y en la oscuridad.

Finalmente, después de haberle dado alguna tregua a sus lágrimas, descendió hasta el final de la escalera de la cueva para ir a buscar la luz en el jardín que había atravesado antes; pero el muro, que se había abierto por arte de magia, se había vuelto a cerrar también por arte de magia. A tientas, buscó ante sí a derecha e izquierda repetidas veces, sin hallar puerta alguna; redobló sus gritos y

llantos, y se sentó en los escalones de la cueva, sin esperanza de volver a ver nunca la luz y con la triste certidumbre, por el contrario, de pasar de las tinieblas que lo rodeaban a las de una muerte inminente. Dos días permaneció Aladino en ese estado, sin comer y sin beber; finalmente, al tercer día, juzgando la muerte inevitable, juntó las manos y, plenamente resignado a la voluntad de Dios, exclamó: «¡No hay fuerza ni poder sino en Dios el alto, el grande!».

Al juntar las manos, rozó sin querer el anillo que el mago africano le había puesto en el dedo y cuyas propiedades desconocía. Al punto, un genio de enorme estatura y de terrorífica mirada surgió ante él como de debajo de la tierra hasta tocar la bóveda con la cabeza, y dirigió a Aladino estas palabras: *¿Qué quieres? Heme aquí listo a obedecerte como esclavo tuyo y esclavo de todos aquellos que llevan el anillo en el dedo, yo y los otros esclavos del anillo.*

En otro momento y en otras circunstancias Aladino, que no estaba acostumbrado a semejantes visiones, hubiese sido presa del terror y perdido el don de la palabra a la vista de una aparición tan extraordinaria; pero, preocupado tan sólo por la situación de peligro en que se encontraba, respondió sin vacilar: «Quienquiera que seas, hazme salir de este lugar, si tienes poder para ello.» Apenas hubo pronunciado estas palabras, la tierra se abrió y él se halló fuera de la cueva, justamente en el mismo lugar adonde el mago lo había conducido.

No parecerá extraño que Aladino, tras haber permanecido durante tanto tiempo en las tinieblas más espesas, se sintiese en principio deslumbrado por la luz del día; poco a poco sus ojos se fueron habituando y, mirando alrededor suyo, mucho se sorprendió al no ver abertura alguna sobre la tierra. No podía comprender de qué manera se encontraba tan súbitamente fuera de sus entrañas; tan

sólo el lugar donde las ramas habían sido encendidas le hizo reconocer, poco más o menos, dónde estaba la cueva. Después, volviéndose en dirección a la ciudad, la distinguió en el centro de los jardines que la rodeaban; reconoció el camino por donde el mago africano lo había traído y empezó a desandarlo dando gracias a Dios por volverse a ver otra vez en el mundo, después de haber desesperado de regresar. Llegó a la ciudad y se arrastró hasta su casa con grandes esfuerzos. Al entrar, la alegría de volver a ver a su madre, unida a la debilidad derivada de un ayuno de cerca de tres días, le produjeron un desvanecimiento que se prolongó por algún tiempo.

Su madre, que lo había ya llorado como perdido o como muerto, viéndolo en aquel estado no ahorró ninguno de sus cuidados para hacerlo volver en sí. Se recobró por fin de su desvanecimiento, y las primeras palabras que pronunció fueron éstas: «Madre mía,

antes de nada te ruego que me des de comer; hace tres días que no he probado bocado.» Su madre le trajo lo que tenía y poniéndoselo delante: «Hijo mío», le dijo, «no te des prisa, que es peligroso; come poco a poco y a tu gusto, y sé moderado en la gran necesidad de alimento que tienes. No me hables todavía; ya habrá tiempo de que me cuentes lo que te ha sucedido cuanto te hayas repuesto. Estoy muy contenta de volverte a ver, después de la angustia en que me encontraba desde el viernes y todas las fatigas que me he dado para saber qué había sido de ti, cuando vi que había llegado la noche y que no habías vuelto a casa.»

Aladino siguió los consejos de su madre: comió tranquilamente y poco a poco, y bebió en la debida proporción. Cuando hubo terminado: «Madre mía», dijo, «debería quejarme de ti, que me has abandonado con tanta facilidad a la discreción de un hombre que abrigaba el propósito de perderme y que,

en este momento en que te hablo, cree mi muerte tan cierta que no duda que ya no estoy con vida o que debo perderla al despuntar el día; pero tú creíste que era mi tío y yo lo creí como tú. ¿Es que podíamos pensar otra cosa de un hombre que me colmaba de caricias y bienes, y me hacía tantas promesas ventajosas? Debes saber, madre mía, que no es más que un traidor, un malvado, un bribón. Sus beneficios y sus promesas sólo tenían el objetivo de perderme, como te he dicho, sin que ni tú ni yo podamos adivinar la causa. Por mi parte, puedo asegurar que no le he dado el más mínimo motivo para que me tratase de tan mala manera. Tú misma te harás cargo de ello por el relato fiel que voy a hacerte oír de cuanto ha sucedido desde que me separé de ti hasta la ejecución de su pernicioso designio.»

Aladino comenzó a contar a su madre todo lo sucedido con el mago desde el viernes en que llegó en su busca para llevarlo con él a ver los

palacios y los jardines que estaban fuera de la ciudad; lo que aconteció en el camino, hasta que llegaron a aquel lugar entre dos montañas donde debía operarse el gran prodigio del mago; cómo, vertiendo perfume en el fuego y pronunciando unas palabras mágicas, la tierra se había abierto en un instante, dejando ver la entrada de una cueva que conducía a un tesoro inestimable. No olvidó el bofetón que recibió del mago, y de qué manera, aplacando un poco su ira, lo había enredado, con grandes promesas y poniéndole su anillo en el dedo, para descender a la cueva. No omitió ninguna circunstancia de cuanto había visto al pasar y repasar por las tres salas, por el jardín y por la terraza donde había cogido la lámpara maravillosa, que mostró a su madre sacándola de su seno, al igual que los frutos transparentes y de diferentes colores que había cogido en el jardín al regresar y de los que juntó dos bolsas llenas que dio a su madre, que les hizo

poco caso. Esos frutos eran, sin embargo, piedras preciosas. El resplandor, brillante como el sol, que despedían a la luz de una lámpara que iluminaba la habitación debía haberles hecho pensar en su gran precio; pero la madre de Aladino no tenía en esto más conocimiento que su hijo. Había sido educada en condiciones muy humildes, y su marido nunca había tenido dinero para regalarle ese tipo de joyas. Por lo demás, tampoco se las había visto a ninguna de sus parientes ni vecinas: no es de extrañar, pues, que las considerase cosas de poco valor, buenas todo lo más para recrear la vista por la variedad de sus colores; lo que hizo que Aladino las pusiese detrás de uno de los cojines del sofá en que estaba sentado. Acabó el relato de su aventura diciéndole que, cuando volvió y se presentó a la entrada de la cueva, listo para salir, y rehusó darle al mago la lámpara que quería tener, la entrada de la cueva se cerró en un instante por la fuerza

del perfume que el mago había vertido en el fuego que no había dejado extinguirse, y de las palabras que había pronunciado. Pero no pudo decir más sin deshacerse en lágrimas, describiéndole la desdichada situación en que se había encontrado cuando se vio enterrado vivo en la cueva fatal hasta el momento en que salió de ella y, por así decir, volvió al mundo, tocando el anillo cuyas propiedades desconocía. Terminado el relato, dijo a su madre: «No es necesario añadir más; el resto lo conoces. Ya sabes, pues, cuál ha sido mi aventura y cuál el peligro que he corrido desde que salí de casa.»

La madre de Aladino tuvo la paciencia de oír este relato maravilloso y sorprendente, y al mismo tiempo tan mortificante para una madre que amaba a su hijo tan tiernamente a pesar de sus defectos, sin interrumpirlo. Sin embargo, en los pasajes más conmovedores, y que daban a conocer con más evidencia la perfidia del mago africano, no pudo menos

de manifestar cuánto lo detestaba, dando señales de su indignación; pero, una vez que Aladino hubo terminado, fue más allá y se desató en mil injurias contra aquel impostor: lo llamó traidor, pérfido, bárbaro, asesino, bribón, mago, enemigo y destructor del género humano. «Sí, hijo mío», añadió, *«es* un mago, y los magos son una peste pública; tienen comercio con los demonios mediante sus encantamientos y sus hechicerías. Bendito sea Dios, que no ha querido que su enorme maldad tuviese pleno efecto contra ti. Debes agradecerle el favor que te ha concedido. Tu muerte era ya inevitable, si no te hubieses acordado de Él y hubieras implorado su socorro.» Muchas más cosas dijo, deplorando siempre la traición que el mago había hecho a su hijo; pero, mientras hablaba, se dio cuenta de que Aladino, que no había dormido hacía tres días, tenía necesidad de reposo. Lo hizo acostar y, poco después, se acostó ella también.

Aladino, que no había descansado nada en el subterráneo donde había sido sepultado con el propósito de que perdiese allí la vida, durmió toda la noche con un profundo sueño y no se despertó hasta muy entrado el día siguiente. Se levantó; y la primera cosa que dijo a su madre fue que tenía ganas de comer y que no podía darle mayor placer que prepararle el desayuno. «¡Ay, hijo mío!», le respondió su madre, «no tengo más que un trozo de pan para darte; ayer por la noche te comiste las pocas provisiones que había en la casa; pero ten un poco de paciencia, no tardaré en traerte algo. Tengo un poco de hilo de algodón de mi trabajo; voy a venderlo para comprarte pan y algo para nuestro almuerzo.» «Madre mía», replicó Aladino, «guarda tu hilo de algodón para otra ocasión y dame la lámpara que traje ayer; iré a venderla, y el dinero que obtendré con su venta servirá para que desayunemos y comamos, y tal vez para que cenemos.»

La madre de Aladino tomó la lámpara y dijo a su hijo: «Aquí la tienes; pero está muy sucia; por poco que la limpie, creo que valdrá algo más.» Tomó agua y un poco de arena fina para limpiarla; pero apenas hubo comenzado a frotar la lámpara cuando, súbitamente, en presencia de su hijo, un genio horrendo y de gigantesco tamaño se elevó y apareció delante de ella, y le dijo con voz tonante: *¿Qué quieres? Heme aquí listo a obedecerte como esclavo tuyo y de todos aquellos que tienen la lámpara en la mano, yo y los otros esclavos de la lámpara*.

La madre de Aladino no estaba en condiciones de responder: sus ojos no habían podido sostener la visión horrenda y espantosa del genio; y su terror había sido tan grande desde las primeras palabras que había pronunciado aquél, que se había desmayado.

Aladino, que había ya tenido una aparición más o menos semejante en la cueva, sin

perder tiempo ni el juicio, agarró en seguida la lámpara y, supliendo a su madre, respondió por ella con tono firme: «Tengo hambre, tráeme algo de comer.» El genio desapareció y, un instante después, volvió cargado con una gran fuente de plata sobre la cabeza, con doce platos del mismo metal llenos de excelentes manjares, con seis grandes panes blancos como la nieve, dos botellas de vino exquisito y dos tazas de plata en la mano. Colocó todo sobre el sofá y, al punto, desapareció.

Todo sucedió tan rápidamente que la madre de Aladino no había vuelto todavía en sí de su desvanecimiento cuando el genio desapareció por segunda vez. Aladino, que había ya empezado a arrojarle agua sobre el rostro sin resultado, se disponía a proseguir su intento de reanimarla; pero, sea que los espíritus que se habían disipado se hubiesen por fin reunido, sea que el aroma de los manjares que el genio acababa de traer

contribuyese de algún modo a ello, lo cierto es que volvió en sí en aquel momento. «Madre mía», le dijo Aladino, «eso no es nada; levántate y ven a comer: he aquí con qué tranquilizar tu alma y, al mismo tiempo, satisfacer la gran necesidad que tengo de comer. No dejemos que se enfríen tan buenos manjares, y comamos.»

La madre de Aladino se quedó atónita al ver la gran fuente, los doce platos, los seis panes, las dos botellas y las dos tazas, y cuando percibió el delicioso aroma que exhalaban todos los platos. «Hijo mío», preguntó a Aladino, «¿de dónde nos llega esta abundancia y a quién debemos semejante largueza? ¿Acaso el sultán ha tenido conocimiento de nuestra pobreza y se ha compadecido de nosotros?». «Madre mía», respondió Aladino, «sentémonos a la mesa y comamos, que tú tendrás tanta necesidad de ello como yo. Te lo diré cuando hayamos desayunado.» Se sentaron a la mesa y comieron con apetito, tanto más

cuanto que madre e hijo no se habían encontrado jamás ante una mesa tan bien provista.

Durante la comida, la madre de Aladino no se cansaba de mirar y admirar la fuente y los platos, aunque no supiese con exactitud si eran de plata o de otro metal: tan poco acostumbrada estaba a ver cosas parecidas; y a decir verdad, sin reparar en su valor, que le era desconocido, era la novedad de lo que veía lo que suscitaba su admiración; y su hijo Aladino desconocía también el gran valor de la vajilla.

Aladino y su madre, que no creían hacer más que un simple desayuno, se encontraban todavía en la mesa a la hora de comer: manjares tan excelentes les habían estimulado el apetito; y, mientras las viandas se conservaban calientes, creyeron que no obrarían mal juntando las dos comidas en una. Terminado el doble almuerzo, les quedó no sólo con qué cenar, sino también lo suficiente para hacer

otras dos comidas igualmente abundantes al día siguiente.

Cuando la madre de Aladino hubo quitado la mesa y puesto aparte los manjares que no habían tocado, fue a sentarse en el sofá junto a su hijo. «Aladino», le dijo, «espero que satisfagas mi curiosidad de oír la explicación que me has prometido.» Aladino le contó exactamente todo lo que había sucedido entre él y el genio durante su desvanecimiento, hasta el momento en que ella volvió en sí.

La madre de Aladino se quedó estupefacta ante el discurso de su hijo y la aparición del genio. «Pero hijo mío», replicó, «¿qué quieres decir con tus genios? Nunca, desde que estoy en el mundo, he oído decir que nadie de mi conocimiento haya visto uno de ellos. ¿Por qué azar se ha presentado ante mí ese horrible genio? ¿Por qué se ha dirigido a mí y no a ti, a quien ya se había aparecido en la cueva del tesoro?». «Madre mía», respondió

Aladino, «el genio que acaba de aparecérsete no es el mismo que se me apareció a mí: se parecen de alguna manera en su estatura gigantesca; pero son completamente diferentes en cuanto al semblante y al vestido: tienen también diferentes amos. Recuerda que el que yo vi se dijo esclavo del anillo que llevaba en el dedo, y el que tú acabas de ver se ha dicho esclavo de la lámpara que tenías en la mano. Pero no creo que lo hayas oído: me parece, en efecto, que te desmayaste en cuanto empezó a hablar.»

«¿Cómo?», exclamó la madre de Aladino, «¿ha sido, pues, tu lámpara la causa de que ese maldito genio se haya dirigido a mí en vez de a ti? ¡Ah, hijo mío! Quítala de mi vista y ponla donde te plazca, que no quiero volver a tocarla. Prefiero que la tires o la vendas a correr el riesgo de morir de espanto al tocarla. Si me haces caso, te desharás también del anillo. No se debe tener trato con genios: son demonios, lo ha dicho nuestro profeta.»

«Madre mía, con tu permiso», respondió Aladino, «me guardaré mucho de vender, como estaba a punto de hacer, una lámpara que va a sernos tan útil, a ti y a mí. ¿No ves lo que acaba de proporcionarnos? Debe continuar proveyéndonos de cuanto necesitemos para vivir. Has de convenir conmigo en que tenía sus razones mi falso y malvado tío para imponerse tantas fatigas y emprender un viaje tan largo y penoso con el único objeto de apoderarse de esta lámpara maravillosa, que él prefería a todo el oro y la plata de las salas que he visto con mis propios ojos, como él me había anticipado. Conocía demasiado bien el mérito y el valor de esta lámpara para no interesarse en absoluto por un tesoro tan rico. Ya que el azar nos ha hecho descubrir sus propiedades, hagamos de ella un uso que nos sea ventajoso, pero de manera discreta y que no nos atraiga la envidia y los celos de nuestros vecinos. Por supuesto que la quitaré de tu vista y la pondré en un lugar en que

pueda encontrarla cuando tenga necesidad de ella, ya que los genios te dan tanto miedo. En lo que concierne al anillo, no sería tampoco capaz de tirarlo: sin este anillo, no me habrías vuelto a ver nunca; y, si todavía estaba vivo a la hora que es, no sería tal vez más que por unos instantes. Me permitirás, pues, guardarlo y llevarlo siempre en el dedo con el mayor cuidado. ¿Quién sabe si me encontraré en algún otro peligro que ni tú ni yo podemos prever y servirá para librarme de él?». Como el razonamiento de Aladino parecía bastante justo, su madre no tuvo nada que objetar. «Hijo mío», le dijo, «puedes obrar como te parezca; en cuanto a mí, no quiero tener relación alguna con genios. Te declaro que me lavo las manos y que no te hablaré del tema más.»

Al día siguiente por la noche, después de cenar, no quedaba ya nada de la excelente provisión que el genio había traído. A la mañana siguiente, Aladino, que no quería

esperar a que el hambre lo urgiese, tomó uno de los platos de plata bajo la ropa y salió temprano a venderlo. Se dirigió a un judío que encontró por el camino; tomándolo aparte, le mostró el plato y le preguntó si quería comprarlo.

El judío, hábil y astuto, coge el plato, lo examina; y apenas se hubo cerciorado de que era de buena plata, preguntó a Aladino en cuánto lo tasaba. Aladino, que no conocía su valor y que no había comerciado nunca con aquella mercancía, se contentó con decirle que sabía muy bien lo que aquel plato podía valer y que se remitía a su buena fe. El judío se sintió apurado ante la ingenuidad de Aladino. En la incertidumbre en que se hallaba de saber si Aladino conocía o no el material y su valor, sacó de su bolsa una pieza de oro que equivalía, todo lo más, a la sesentaidosava parte del valor del plato, y se la entregó. Aladino cogió la moneda con gran prisa y, apenas la tuvo en la mano, se retiró

tan rápidamente que el judío, no contento con la ganancia exorbitante que le había reportado aquella compra, se enfadó consigo mismo por no haber adivinado que Aladino ignoraba el precio de lo que le había vendido, habiéndole podido dar aún mucho menos. Estuvo a punto de correr tras el joven para retirarle una parte de su pieza de oro; pero Aladino corría y estaba ya tan lejos que le hubiese costado mucho trabajo alcanzarlo.

Aladino, de vuelta a casa de su madre, se detuvo en la tienda de un panadero donde hizo provisión de pan para su madre y para él, pagando con su pieza de oro, que el panadero le cambió. Al llegar le dio el resto a su madre, que fue al mercado a comprar las demás provisiones necesarias para vivir los dos durante algunos días.

Continuaron así viviendo de las rentas, es decir, que Aladino vendió todos los platos al judío, uno detrás de otro hasta el duodécimo,

de la misma manera que había hecho con el primero, a medida que el dinero iba faltando en la casa. El judío, que había dado una pieza de oro por el primero, no se atrevió a ofrecerle menos por los otros, por miedo a perder una ganga tan buena: los pagó todos igual. Cuando el dinero del último plato se gastó, Aladino recurrió a la fuente, que pesaba ella sola diez veces más que cada plato. Quiso llevarla a su comprador acostumbrado, pero su gran peso se lo impidió. Así que se vio obligado a ir a buscar al judío, a quien condujo a casa de su madre; y el judío, después de haber examinado el peso de la fuente, le dio en el acto diez monedas de oro, con las que Aladino se conformó.

Mientras duraron las diez monedas de oro, fueron empleadas en los gastos diarios de la casa. Sin embargo, Aladino, habituado a una vida ociosa, se había abstenido de jugar con los jóvenes de su edad desde su aventura con el mago africano. Pasaba los días paseando o

conversando con personas con las que había trabado conocimiento. Algunas veces paraba en las tiendas de los grandes mercaderes, donde prestaba oído a las conversaciones de las gentes distinguidas que las frecuentaban o que se daban cita allí; y esas conversaciones le dieron poco a poco un barniz de conocimiento del mundo.

Cuando no quedó nada de las diez monedas de oro, Aladino recurrió a la lámpara: la tomó en la mano, buscó el mismo lugar que su madre había tocado; y, reconociéndolo por la señal que había dejado la arena, la frotó como había hecho ella; inmediatamente el mismo genio que ya se había hecho visible se presentó ante él; pero como Aladino había frotado la lámpara más suavemente que su madre, le habló también con un tono más dulce: *¿Qué quieres?*, le dijo en los mismos términos que la primera vez; *heme aquí listo a obedecerte como esclavo tuyo y de todos aquellos que tienen la*

lámpara en la mano, yo y los otros esclavos de la lámpara como yo.

Aladino le dijo: «Tengo hambre, tráeme algo de comer.» El genio desapareció, y pocos instantes después reapareció cargado con un servicio de mesa semejante al que había traído la vez anterior; lo depositó sobre el sofá y, al punto, desapareció.

La madre de Aladino, advertida de las intenciones de su hijo, había salido adrede con algún pretexto, a fin de no encontrarse en la casa durante la aparición del genio. Volvió poco después, vio la mesa magníficamente provista, y quedó tan estupefacta ante los efectos prodigiosos de la lámpara como en la primera ocasión. Aladino y su madre se sentaron a la mesa; y después de la comida les quedó todavía con qué alimentarse con holgura los dos días siguientes.

Cuando Aladino vio que en casa no había ya pan ni otras provisiones, ni dinero para comprarlas, tomó un plato de plata y fue a buscar al judío que conocía para vendérselo. De camino, pasó por delante de la tienda de un orfebre respetable por su vejez, un hombre honrado y de gran probidad. El orfebre, al verlo, lo llamó y lo hizo entrar. «Hijo mío», le dijo, «te he visto pasar varias veces, cargado como estás ahora, yendo al encuentro de un judío, y volver a pasar poco después con las manos vacías. Me he imaginado que le vendes lo que llevas. Pero lo que acaso no sepas es que ese judío es un estafador, más aún que los otros de su raza, y que nadie de los que lo conocen quiere tener tratos con él. Sea como fuere, te digo esto sólo para hacerte un favor; si quieres enseñarme lo que llevas ahora y si lo quieres vender, yo te pagaré por ello exactamente su justo precio, si es que me conviene, y, si no, te enviaré a otros mercaderes que no te engañarán.»

La esperanza de obtener más dinero a cambio del plato hizo que Aladino lo sacara de debajo de la ropa y lo mostrase al orfebre El viejo, que supo que el plato era de plata fina nada más verlo, le preguntó si había vendido otros semejantes al judío y cuánto le había pagado él por ellos. Aladino le dijo ingenuamente que había vendido doce y que no había recibido del judío más que una pieza de oro por cada uno. «¡Ah, el ladrón!», exclamó el orfebre. «Hijo mío», añadió, «lo que está hecho está hecho, no hay que darle más vueltas; pero, haciéndote ver lo que vale tu plato, que es de la mejor plata de la que nos servimos en nuestras tiendas, sabrás hasta qué punto te ha engañado el judío.»

El orfebre tomó la balanza; pesó el plato; y, tras haber explicado a Aladino lo que era un marco de plata, cuánto valía y sus subdivisiones, le hizo notar que, según el peso del plato, valía sesenta y dos monedas de oro, que le pagó al instante. «He aquí», dijo, «el

justo valor de tu plato. Si lo dudas, puedes dirigirte a aquel de nuestros orfebres que te plazca; y si te dice que vale más, te prometo pagarte el doble por él. Nuestra ganancia consiste en la elaboración de la plata que compramos; y eso es lo que los judíos, incluso los más justos, no hacen.»

Aladino agradeció mucho al orfebre el buen consejo que acababa de darle y del que había ya obtenido una tan gran ventaja. En lo sucesivo, no se dirigió más que a él para venderle los demás platos, lo mismo que la fuente, cuyo justo valor le fue siempre pagado en proporción a su peso. Aunque Aladino y su madre poseyesen un manantial inagotable de dinero en su lámpara, ya que podían procurarse tanto como quisieran cuando comenzaba a faltarles, continuaron no obstante viviendo siempre con la misma frugalidad que antes, a excepción de lo que Aladino apartaba para vestirse decentemente y proveerse de las comodidades necesarias

en su vida cotidiana. Su madre, por su parte, no gastaba para sus vestidos más que la ganancia que le proporcionaba el hilado de algodón. Con un tren de vida tan sobrio es fácil inferir cuanto tiempo les duró el dinero de los doce platos y de la fuente, al precio pagado a Aladino por el orfebre. Así vivieron durante algunos años, con la ayuda del buen uso que Aladino hacía de la lámpara de cuando en cuando.

En este período, Aladino, que no dejaba de asistir con asiduidad a reuniones de personas distinguidas en las tiendas de los más importantes mercaderes de paños de oro y de plata, de sederías, de las más finas telas y de joyas, y que participaba algunas veces en sus conversaciones, completó su formación y asumió insensiblemente todas las maneras de la gente educada. Fue entre los joyeros, en particular, donde comprendió que era falsa la idea de que los frutos transparentes que había cogido en el jardín adonde había ido

en busca de la lámpara no eran más que vidrio coloreado, y aprendió que se trataba de piedras de gran precio. A fuerza de ver vender y comprar todo tipo de piedras similares en sus establecimientos, llegó a conocerlas y a estimar su valor; y como no veía ninguna comparable a las suyas ni en belleza ni en tamaño, comprendió que, en lugar de trozos de vidrio que había considerado bagatelas, poseía un tesoro inestimable. Tuvo la prudencia de no hablar de ello a nadie, ni siquiera a su madre; y no hay duda de que su silencio le valió la gran fortuna que obtuvo luego, como vamos a ver.

Un día, paseando por un barrio de la ciudad, Aladino oyó pregonar una orden del sultán que mandaba cerrar las tiendas y las puertas de las casas y no salir a la calle hasta que la princesa Badrulbudur hubiera pasado para ir a los baños y hasta que hubiese vuelto.

El bando hizo nacer en Aladino la curiosidad de ver a la princesa al descubierto; pero no podía satisfacerla más que introduciéndose en una casa amiga y mirando a través de una celosía, lo que no le bastaba, pues la princesa, según la costumbre, debía llevar el rostro velado al encaminarse a los baños. Para salirse con la suya, ideó una estratagema que tuvo éxito: fue a colocarse detrás de la puerta de los baños, que estaba dispuesta de manera que no podía dejar de ver a la princesa venir de cara a él.

Aladino no tuvo que esperar mucho tiempo: la princesa apareció y él la vio venir a través de una rendija lo bastante grande como para ver sin ser visto. La acompañaba una gran multitud de sus doncellas y de eunucos que caminaban a su lado y detrás. Cuando estuvo a tres o cuatro pasos de la puerta de los baños, se quitó el velo del rostro, que la estorbaba mucho, dando así lugar a que

Aladino la pudiese ver a sus anchas, tanto más cuanto que venía derecha a él.

Hasta entonces Aladino no había visto ninguna mujer con el rostro descubierto a excepción de su madre, que era ya entrada en años y no había tenido nunca un semblante lo suficientemente agradable como para hacerle pensar que las otras mujeres fuesen más bellas. Podía haber oído decir que las había de una belleza sorprendente, pero sean cuales sean las palabras que se empleen para realzar el mérito de una belleza, nunca producen la impresión que provoca la belleza misma.

Cuando Aladino hubo visto a la princesa Badrulbudur, olvidó la idea que se había hecho según la cual todas las mujeres debían parecerse más o menos a su madre; cambiaron completamente sus sentimientos y su corazón no pudo evitar inclinarse por entero hacia el objeto que acababa de fascinarlo. En

efecto, la princesa era la más bella morena que se pudiese ver en el mundo: tenía los ojos grandes, vivos y brillantes, la mirada dulce y modesta, la nariz bien proporcionada y sin defectos, la boca pequeña, los labios bermejos y encantadores por su agradable simetría; en una palabra, todos los rasgos de su cara eran de una perfecta regularidad. No debemos, pues, extrañarnos si Aladino quedó deslumbrado y casi fuera de sí a la vista del conjunto de tantas maravillas que le eran desconocidas. Con todas estas perfecciones la princesa tenía, además, una figura armoniosa, un porte y un aspecto majestuoso que, sólo con verla, le atraían el respeto que le era debido.

Cuando la princesa entró en los baños, Aladino permaneció durante algún tiempo muy conmovido y como en éxtasis, esforzándose en recrear y en imprimirse profundamente en el pensamiento la imagen de un objeto que lo había fascinado y penetrado

hasta el fondo del corazón. Volvió por fin en sí; y considerando que la princesa había pasado y que era inútil permanecer allí para volverla a ver a la salida de los baños, pues le daría la espalda y llevaría puesto el velo, decidió abandonar su escondite y regresar a casa.

Al volver, Aladino no logró mantener ocultas su turbación y su inquietud lo suficiente como para que su madre no se diese cuenta.

La sorprendió verlo tan triste y meditabundo, en contra de su costumbre; le preguntó si había sucedido algo o si se encontraba indispuesto. Pero Aladino no le dio ninguna respuesta y se sentó indolentemente en el sofá, donde continuó en la misma situación, preocupado tan sólo en recrear la encantadora imagen de la princesa Badrulbudur.

Su madre, que preparaba la cena, no insistió más. Cuando estuvo lista, se la sirvió a él en el sofá y se sentó a la mesa; pero, al darse cuenta de que su hijo no le prestaba la menor atención, lo exhortó a comer y sólo a costa de grandes fatigas se salió con la suya. Aladino comió mucho menos que de costumbre, con los ojos siempre clavados en el suelo y en un silencio tan profundo que no le fue posible a su madre obtener de él la más mínima palabra acerca de todas las preguntas que le hizo para tratar de saber la razón de un cambio tan extraordinario.

Después de la cena, quiso volver a preguntarle la razón de tan grande melancolía; pero no consiguió averiguar nada y Aladino decidió irse a acostar antes de darle a su madre la menor satisfacción al respecto.

Sin examinar cómo el muchacho, prendado de la belleza y de los encantos de la princesa Badrulbudur, pasó la noche, recordaremos

tan sólo que al día siguiente, sentado en el sofá frente por frente de su madre, que hilaba algodón como de ordinario, le habló en estos términos: «Madre mía, rompo el silencio que he guardado desde ayer, a mi regreso de la ciudad; te ha causado pena, lo que no me ha pasado desapercibido. No estaba enfermo, como me ha parecido que creíste, y no lo estoy ahora; pero no puedo decirte lo que sentía; y lo que todavía siento es algo peor que una enfermedad. No sé bien de qué naturaleza es este mal; pero no dudo de que lo que vas a oír te lo dará a conocer. En ese barrio no se ha sabido», continuó Aladino, «y así tú no has podido saberlo, que ayer la princesa Badrulbudur, hija del sultán, fue a los baños a la hora de la siesta. Conocí la noticia paseándome por la ciudad. Se publicó la orden de cerrar las tiendas y de retirarse cada uno a su casa, para rendir a la princesa el honor que le es debido y dejarle el camino libre en las calles por las que debía pasar.

Como yo no estaba lejos de los baños, la curiosidad de verle el rostro descubierto hizo nacer en mí la idea de irme a colocar detrás de la puerta de los baños, pensando que se quitaría el velo a la entrada. Conoces la disposición de la puerta, así que puedes juzgar por ti misma que la podría ver a mis anchas si sucedía todo lo previsto. En efecto, se quitó el velo al entrar y tuve la dicha de ver a la gentil princesa con la mayor satisfacción del mundo. Éste es, madre mía, el único motivo del estado en que me viste ayer cuando volví de la calle y la razón del silencio que he guardado hasta ahora. Amo a la princesa con un amor de una violencia tal que no sabría expresártela; y como mi pasión viva y ardiente aumenta a cada instante, siento que no puede ser satisfecha sino por la posesión de la gentil princesa Badrulbudur, lo que hace que haya tomado la decisión de pedirla en matrimonio al sultán.»

La madre de Aladino había escuchado el discurso de su hijo con bastante atención hasta estas últimas palabras; pero, al oír que su propósito era pedir en matrimonio a la princesa Badrulbudur, no pudo impedir interrumpirlo con una sonora carcajada. Aladino quiso proseguir, pero ella, interrumpiéndolo una vez más, le dijo: «¡Eh! Hijo mío, ¿qué se te está pasando por la cabeza? Has debido perder el juicio para dirigirme palabras semejantes.»

«Madre mía», repuso Aladino, «te puedo asegurar que no he perdido el juicio; me encuentro en pleno uso de mis facultades. Ya he previsto los reproches de locura y extravagancia que me haces y los que aún podrás hacerme; pero todo eso no me impedirá decirte una vez más que he tomado la decisión de pedir al sultán en matrimonio a la princesa Badrulbudur.»

«En verdad, hijo mío», contestó la madre muy seriamente, «no puedo impedir repetirte que estás completamente fuera de ti; y aunque quisieras poner en práctica tu decisión, no veo de quién te servirías para presentar esa demanda ante el sultán.» «De ti», replicó al punto el hijo sin dudar. «¡De mí!», exclamó la madre con tono de sorpresa y de extrañeza; «¡y al sultán! ¡Ah! ¡Mucho me guardaré de acometer semejante empresa! ¿Y quién eres tú, hijo mío, para tener la osadía de pensar en la hija de tu sultán? ¿Acaso has olvidado que eres hijo de uno de los sastres más humildes de su capital y de una madre cuyos ascendientes no eran de mejor cuna? ¿Sabes que los sultanes no se dignan conceder a sus hijas en matrimonio ni siquiera a hijos de sultanes que no tengan la esperanza de reinar algún día como sus padres?».

«Madre mía», respondió Aladino, «te he dicho ya que he previsto todo lo que acabas de

decirme, e incluso todo lo que podrías añadir: tus discursos y reconvenciones no me harán cambiar de idea. Te he dicho que voy a pedir a la princesa Badrulbudur en matrimonio por mediación tuya: es un favor que te pido con todo el respeto que te debo, y te suplico me lo concedas, a menos que prefieras verme morir a darme la vida por segunda vez.»

La madre de Aladino se sintió muy apurada al ver la obstinación con que Aladino persistía en un propósito tan alejado del sentido común. «Hijo mío», le dijo, «soy tu madre; y como buena madre que te ha traído al mundo, nada hay razonable y conveniente a mi estado y al tuyo que no esté dispuesta a hacer por tu amor. Si se tratara de hablar de matrimonio para ti con la hija de alguno de nuestros vecinos, de condición igual o parecida a la tuya, no desatendería tu súplica y haría todo lo que estuviese en mi mano para que mi gestión tuviera éxito; e incluso en

este caso sería necesario que tuvieses bienes o rentas, o que supieras desempeñar un oficio. Cuando los pobres como nosotros quieren casarse, lo primero en que deben pensar es en tener con qué vivir. Pero, sin pararte a pensar en la bajeza de tu nacimiento, en el poco mérito y escasos bienes que posees, quieres emprender el vuelo hasta el grado más alto de la fortuna, y tus pretensiones no son ni más ni menos que pedir en matrimonio y desposar a la hija de tu soberano, quien no tiene más que pronunciar una palabra para hacerte caer y aplastarte. Dejo aparte aquello que sólo a ti concierne y sobre lo que sólo tú debes reflexionar, por poco sentido común que tengas. Voy a lo que me toca. ¿Cómo ha podido pasársete por la cabeza una idea tan extraordinaria como la de querer que vaya yo a proponer al sultán que te dé por esposa a la princesa? Suponiendo que tuviese, no digo la audacia, sino el descaro de presentarme delante de Su Majestad para

hacerle una petición tan extravagante, ¿a quién me dirigiría para introducirme en palacio? ¿Crees que el primero con quien hablase no me consideraría una loca y no me expulsaría indignamente, como me habría merecido? Vamos a suponer que no encuentre dificultades para presentarme a la audiencia del sultán; sé que no las hay cuando alguien se presenta para pedirle justicia, y que él la concede de buen grado a sus súbditos cuando se la piden. Sé también que, cuando alguien se presenta ante él a pedirle una gracia, él la otorga gustoso si ve que es merecida y el solicitante es digno de ella. ¿Estás tú en ese caso? ¿Crees haber merecido la gracia que quieres que pida por ti? ¿Eres digno de ella? ¿Qué has hecho por tu príncipe o por tu patria, y en qué te has distinguido? Si no has hecho nada para merecer gracia tan grande, de la que además no eres digno, ¿cómo voy a tener el descaro de pedirla? ¿Cómo podría yo tan sólo abrir la

boca para proponérsela al sultán? Su majestuosa presencia y el esplendor de su corte ahogarían las palabras en mi boca, yo, que temblaba delante de mi difunto marido, tu padre, cuando tenía que pedirle la más mínima cosa. Hay otra razón, hijo mío, en la que no has pensado, y es que nadie se presenta delante de nuestros sultanes sin un regalo en la mano, cuando se tiene alguna gracia que pedir. Los regalos tienen al menos la ventaja de que, si rehúsan la gracia, por las razones que sean, escuchan sin embargo la petición y a quien la hace sin repugnancia alguna. ¿Qué regalo podrías llevar tú? Y aun cuando tuvieras algo que fuese digno de la atención de un monarca tan grande, ¿qué proporción habría entre tu regalo y la petición que quieres hacerle? Vuelve en ti y piensa que aspiras a una cosa que te es imposible obtener.»

Aladino escuchó muy tranquilamente todo lo que su madre pudo decirle para tratar de disuadirlo de su propósito; y después de

haber reflexionado sobre todos los puntos de su reconvención, tomó al fin la palabra y le dijo: «Confieso, madre mía, que es una gran temeridad por mi parte atreverme a llevar mis pretensiones tan lejos como hago, y una gran desconsideración haber exigido de ti con tanto calor y prontitud ir a formular la proposición de mi matrimonio al sultán, sin pensar antes en los medios aptos para procurarte una audiencia y una acogida favorables. Te pido perdón por ello; pero, en la violencia de la pasión que me posee, no debe extrañarte que haya pensado en todo lo que puede servir para proporcionarme la paz que busco. Amo a la princesa Badrulbudur más allá de cuanto puedas imaginar, o más bien la adoro, y persevero en el propósito de desposarla: es algo fijo y decidido en mi espíritu. Te estoy agradecido por los consejos que acabas de darme; los considero los primeros pasos que deben conducirme a la meta feliz que me he fijado. Me dices que no es

costumbre presentarse delante del sultán sin un regalo en la mano y que no tengo nada digno de él. Estoy de acuerdo en lo referente al regalo y te confieso que no había pensado en ello. Pero, en cuanto a lo que me dices de que no tengo nada que le pueda ser regalado, ¿crees tú, madre mía, que lo que traje el día que me libré de una muerte inevitable del modo que ya sabes no es un digno regalo para un sultán? Hablo de lo que traje en las dos bolsas y en el cinto, que tanto tú como yo habíamos tomado por cristales de colores; ahora sé que estábamos equivocados, madre mía, pues son joyas de valor incalculable que no convienen más que a grandes monarcas. He descubierto su mérito frecuentando las tiendas de los joyeros y te doy mi palabra de que puedes creerme. Las piedras que he visto en casa de nuestros mercaderes de joyas no son parangonables a las que poseemos en tamaño ni en belleza, y sin embargo las venden a precios exorbitantes. A decir

verdad, tú y yo ignoramos el valor de las nuestras; pero, cualquiera que pueda ser, a lo que infiero por la poca experiencia que tengo, estoy convencido de que el regalo agradará mucho al sultán. Tienes una porcelana bastante grande y de una forma idónea para darles cabida en ella; tráela y veamos el efecto que hacen cuando las hayamos dispuesto según sus diferentes colores.»

La madre de Aladino trajo la porcelana y Aladino sacó las piedras de las dos bolsas y las colocó dentro de la porcelana. El efecto que hacían a la luz del día por la variedad de sus colores, por su resplandor y por su brillo, era tal que madre e hijo quedaron casi deslumbrados: permanecían estupefactos, pues antes no las habían visto más que a la luz de una lámpara. Cierto es que Aladino las había visto cada una en su árbol, como frutos que debían ofrecer un espectáculo maravilloso; pero, como era todavía un niño, no

había mirado aquellas piedras sino como chucherías propias para jugar y con ese único propósito las había cogido, sin intuir nada de su valor.

Después de haber admirado algún tiempo la belleza del regalo, Aladino tomó de nuevo la palabra. «Madre mía», dijo, «ya no tienes excusa para no presentarte ante el sultán con el pretexto de no tener un regalo que hacerle; ahí tienes uno, me parece, que hará que seas recibida de la manera más favorable.»

Aunque la madre de Aladino, pese a la belleza y resplandor del regalo, no lo creyese de un precio tan elevado como su hijo estimaba, sí lo juzgaba digno del sultán y nada pudo replicar al respecto; pero volvía siempre a la petición que Aladino quería que ella hiciese al monarca aprovechando el regalo; eso la inquietaba sobremanera. «Hijo mío», le decía, «no me cabe duda de que el regalo hará su efecto y el sultán me mirará

con buenos ojos; pero, cuando llegue el momento de exponer la petición que quieres que le haga, sé que no tendré fuerzas para hacerlo y que permaneceré muda. De ese modo, no sólo habré perdido mi tiempo, sino también el regalo que, según tú, es de un valor tan extraordinario, y volveré confusa a anunciarte la frustración de tus esperanzas. Debes creer que ocurrirá tal y como te lo estoy diciendo. Pero», añadió, «supón que me violento a mí misma para someterme a tu voluntad y reúno las fuerzas suficientes para atreverme a exponerle la petición que quieres que le haga; entonces, o bien el sultán se burlará de mí y me despedirá como a una loca, o bien montará en justa cólera, de la que tú y yo, indefectiblemente, seremos víctimas.»

La madre de Aladino expuso, además, a su hijo muchas otras razones para tratar de hacerlo cambiar de parecer; pero los encantos de la princesa Badrulbudur habían

causado una impresión demasiado fuerte en su corazón, y no logró apartarlo de su designio. Aladino persistió en exigir que su madre llevase a cabo lo que había resuelto; y, sea por el afecto que le tenía, sea por el temor de que él se abandonase a algún extremo odioso, venció su repugnancia y condescendió a la voluntad de su hijo.

Como era ya demasiado tarde y el tiempo de ir al palacio para presentarse ante el sultán había concluido, lo dejaron para el día siguiente. Madre e hijo no hablaron de otra cosa el resto de la jornada, y Aladino tuvo gran cuidado de sugerir a su madre cuanto le venía a la cabeza en orden a confirmarla en la decisión que por fin había adoptado de ir a presentarse ante el sultán. Pese a todas las razones del hijo, la madre no podía persuadirse de que conseguiría salir airosa de aquel trance, y, a la verdad, no le faltaban motivos para dudar del éxito de su empresa. «Hijo mío», dijo a Aladino, «si el sultán me

recibe tan favorablemente como deseo por el amor que te tengo, si escucha tranquilamente la proposición que quieres que le haga, pero si tras esta buena acogida se le ocurre preguntarme dónde están tus bienes, tus riquezas y tus Estados, pues de esto es de lo que querrá informarse antes que nada, incluso antes que de tu persona; si, digo, me hace esa pregunta, ¿qué quieres que le responda?».

«Madre mía», respondió Aladino, «no te preocupes de antemano por algo que tal vez no sucederá. Veamos primero la acogida que te dispensa el sultán y la respuesta que te da. Si ocurre que te pide información acerca de todo lo que acabas de decirme, pensaré entonces en la respuesta que conviene darle. Confío en que la lámpara por medio de la cual subsistimos desde hace algunos años no me falle en la necesidad.»

La madre de Aladino nada tuvo que replicar a lo que su hijo acababa de decirle. Pensó que la lámpara a la que se refería podía servir para maravillas mayores que procurarles simplemente el sustento. Esto la satisfizo y, al mismo tiempo, disipó todas las dificultades que habrían podido aún disuadirla del servicio que había prometido prestar a su hijo ante el sultán. Aladino, penetrando en el pensamiento de su madre, le dijo: «Madre mía, acuérdate sobre todo de guardar el secreto; de eso depende todo el éxito que debemos esperar, tú y yo, de este asunto.» Aladino y su madre se separaron para descansar un poco; pero el amor violento y los grandes proyectos de una fortuna inmensa que colmaban el espíritu del hijo le impidieron pasar la noche tan tranquilamente como hubiera deseado. Se levantó con las primeras luces del alba y fue en seguida a despertar a su madre. La urgió a vestirse lo más rápidamente posible, a fin de que se

hallara ante la puerta del palacio del sultán en el momento de su apertura y entrase al mismo tiempo que el gran visir, los visires subalternos y los demás altos dignatarios del Estado, que acudían a la sesión del diván, al que el sultán asistía siempre en persona.

La madre de Aladino hizo todo lo que su hijo quiso. Tomó la porcelana con las piedras preciosas, la envolvió en dos paños, uno finísimo y muy delicado, el otro menos fino, cuyas cuatro puntas ató para llevar el regalo más cómodamente. Finalmente salió con gran satisfacción de Aladino y se encaminó hacia el palacio del sultán. El gran visir, acompañado de los otros visires, y los señores más distinguidos de la corte habían entrado ya cuando llegó a la puerta. La multitud de cuantos tenían asuntos que tratar en el diván era muy grande. La puerta se abrió y se dirigió con ellos al diván. Era éste un hermosísimo salón, profundo y espacioso, cuyos accesos eran amplios y magníficos. Se detuvo

y se situó enfrente del sultán, del gran visir y de los señores que participaban en la sesión del consejo a derecha e izquierda. Fueron llamados uno tras otro, según el orden de las solicitudes que habían sido presentadas, y cada asunto fue expuesto, discutido y juzgado hasta la hora ordinaria de la sesión del diván. Entonces el sultán se levantó, despidió el consejo y volvió a sus habitaciones, adonde fue seguido por el gran visir. Los demás visires y los ministros del consejo se retiraron. Los que se encontraban allí por asuntos particulares hicieron lo mismo, contentos unos por haber ganado sus pleitos, tristes otros por la sentencia emitida en su contra, y otros, en fin, con la esperanza de ser juzgados en otra sesión.

La madre de Aladino, que había visto al sultán levantarse y retirarse, pensó que ya no volvería aquel día al diván, al ver salir a todo el mundo; de modo que tomó la decisión de regresar a casa. Aladino, al verla volver con

el regalo destinado al sultán, no supo en principio qué pensar del resultado de la visita. Temiendo que tuviese algo malo que anunciarle, no encontraba fuerzas para abrir la boca y preguntarle qué noticias traía. La buena madre, que no había nunca puesto el pie en el palacio del sultán y no tenía, por tanto, la menor idea acerca del ceremonial acostumbrado, sacó a su hijo del apuro en que se hallaba diciéndole con gran ingenuidad: «Hijo mío, he visto al sultán y estoy convencida de que él me ha visto a mí también. Me coloqué enfrente de él y nadie le impedía verme; pero estaba tan ocupado con todos los que hablaban a derecha e izquierda que me daba compasión ver la fatiga y la paciencia que se tomaba en escucharlos. La cosa duró tanto que al final creo que se ha aburrido, pues se ha levantado de improviso y se ha retirado bruscamente, sin querer oír a muchas otras personas que estaban en fila para hablarle a su vez. Este hecho, sin

embargo, me ha complacido mucho. En efecto, comenzaba a perder la paciencia y estaba enormemente fatigada de permanecer de pie tanto tiempo; pero nada se ha perdido: no dejaré de volver mañana; quizá el sultán no esté tan ocupado.»

Por enamorado que estuviese, Aladino debió contentarse con esta excusa y armarse de paciencia. Tuvo al menos la satisfacción de ver que su madre había dado el paso más difícil, el de acudir a presencia del sultán, y esperaba que, siguiendo el ejemplo de los que habían hablado en la audiencia anterior, no dudaría en cumplir el encargo que se le había encomendado cuando se presentara el momento favorable.

Al día siguiente, tan temprano como el día anterior, la madre de Aladino fue una vez más al palacio del sultán con el regalo de piedras preciosas; pero su viaje fue inútil: encontró la puerta del diván cerrada y se

enteró de que no había consejo más que cada dos días, por lo que debería regresar al día siguiente. Trasladó esta nueva a su hijo, que se vio obligado a renovar su paciencia. Volvió otras seis veces en los días establecidos, colocándose siempre enfrente del sultán, pero con tan escasos resultados como en la primera ocasión; y acaso hubiese vuelto cien veces más con éxito similar si el sultán, que la veía siempre frente a él en cada sesión, no hubiese reparado en ella.

La cosa es tanto más probable cuanto que sólo quienes tenían demandas que presentar se aproximaban al sultán, por riguroso turno, para defender su propia causa; y no era éste el caso de la madre de Aladino.

Aquel día, en fin, una vez concluido el consejo, cuando el sultán volvió a sus habitaciones, dijo a su gran visir: «Hace ya algún tiempo que he reparado en cierta mujer que viene regularmente a palacio cada vez que

tengo consejo y que lleva algo envuelto en un paño; se mantiene de pie desde el comienzo hasta el final de la audiencia y se coloca siempre ante mí de manera ostensible. ¿Sabes qué es lo que quiere?».

El gran visir, que no sabía más que el sultán del asunto, no quiso confesarlo. «Señor», respondió, «Vuestra Majestad no ignora que las mujeres a menudo se quejan por nada: acaso ésta venga a quejarse ante Vuestra Majestad de que le han vendido harina en malas condiciones o de cualquier otro perjuicio sin importancia.» Al sultán no le satisfizo esta respuesta. «El próximo día de consejo», replicó, «si vuelve esa mujer, no dejes de hacerla llamar, a fin de que la escuche». El gran visir no le respondió más que besándole la mano y llevándosela encima de su cabeza, para indicar que estaba dispuesto a perderla si no cumplía lo ordenado.

La madre de Aladino se había acostumbrado de tal manera a presentarse en el consejo delante del sultán que no reparaba en fatigas con tal de demostrar a su hijo que hacía todo cuanto podía para complacerlo. Volvió, pues, a palacio el día del consejo y se situó a la entrada del diván, enfrente del sultán, como de costumbre.

No había comenzado todavía el gran visir a dar cuenta del primer asunto de la jornada cuando el sultán advirtió la presencia de la madre de Aladino. Movido a compasión por la prolongada paciencia de que había sido testigo, dijo al gran visir: «Ante todo, no sea que te olvides, ahí está la mujer de la que te he hablado últimamente; hazla venir y comencemos por oírla y por despachar el asunto que la ha traído aquí.» Al punto, el gran visir hizo una señal al jefe de los ujieres, que estaba en pie a su lado, dispuesto a recibir sus órdenes, y le ordenó que condujese a la mujer a presencia del sultán. El

jefe de los ujieres se llegó a la madre de Aladino y la condujo hasta los pies del trono del sultán, donde la dejó para reintegrarse a su puesto junto al gran visir.

La madre de Aladino, instruida por el ejemplo de tantos otros a los que había visto acercarse al sultán, se prosternó con la frente sobre la alfombra que cubría las gradas del trono y permaneció en esa posición hasta que el sultán le ordenó levantarse. Se levantó, y entonces le dijo el sultán: «Buena mujer, hace harto tiempo que te veo venir a mi diván y permanecer en la entrada de principio a fin de la sesión. ¿Qué asunto te trae por aquí?».

La madre de Aladino se prosternó por segunda vez después de haber oído estas palabras; luego, se alzó de nuevo y dijo: «Monarca superior a todos los monarcas del mundo, antes de exponer ante Vuestra Majestad el tema extraordinario y casi

increíble que me hace comparecer ante vuestro trono sublime, os suplico me perdonéis el atrevimiento, por no decir la impudicia, de la demanda que voy a haceros: es tan poco común que tiemblo y me avergüenzo de exponerla a mi sultán.» Para darle entera libertad de explicarse, el sultán ordenó que todo el mundo saliese del diván y lo dejaran solo con su gran visir; y entonces le dijo que podía hablar y explicarse sin temor.

La madre de Aladino no se contentó con la bondad del sultán, que le había ahorrado la pena de hablar delante de tanta gente; quiso, además, ponerse a cubierto de la indignación que temía suscitase la inesperada proposición que debía hacerle. «Señor», dijo, volviendo a tomar la palabra, «me atrevo a suplicar a Vuestra Majestad que, en caso de que encuentre la demanda que voy a formularle ofensiva o injuriosa en lo más mínimo, me aseguréis de antemano vuestro perdón y me concedáis vuestra gracia.» «Sea lo que

sea», respondió el sultán, «te perdono desde ahora lo que me pidas, y no se derivará para ti el menor mal por ello; habla con franqueza.»

Cuando la madre de Aladino hubo tomado todas sus precauciones, como mujer que temía la cólera del sultán por una propuesta tan delicada como la que iba a hacerle, le contó con exactitud en qué ocasión había visto Aladino a la princesa Badrulbudur, el amor violento que aquella visión fatal le había inspirado, lo que le había dicho y todo lo que había argumentado ella para apartarlo de una pasión «no menos injuriosa para Vuestra Majestad», dijo al sultán, «que para la princesa vuestra hija. Pero», continuó, «mi hijo, lejos de hacerme caso y reconocer su osadía, se ha obstinado en perseverar en ella hasta el punto de amenazarme con algún acto desesperado si rehusaba venir a pedir a la princesa en matrimonio a Vuestra Majestad; y sólo después de ejercer sobre mí

una violencia extrema me he visto obligada a complacerlo, por lo que suplico una vez más a Vuestra Majestad me concedáis el perdón no solamente a mí, sino también a Aladino, mi hijo, por haber tenido el pensamiento temerario de aspirar a un enlace tan alto.»

El sultán escuchó todo este discurso con mucha dulzura y bondad, sin dar ninguna muestra de cólera o de indignación, e incluso sin tomarse a broma la demanda.

Pero, antes de darle su respuesta a aquella buena mujer, le preguntó qué era lo que había traído envuelto en un paño. Al punto, ella tomó el jarrón de porcelana que había depositado a los pies del trono antes de prosternarse, lo desenvolvió y se lo presentó al sultán.

No sabría describir la sorpresa y la extrañeza del sultán al ver reunidas en aquel jarrón tantas piedras tan considerables, tan

preciosas y perfectas, tan deslumbrantes y de un tamaño tal que nunca las había visto iguales. Permaneció algún tiempo tan admirado que no era capaz de moverse. Vuelto a su ser por fin, recibió el presente de manos de la madre de Aladino, exclamando en un rapto de alegría: «¡Ah! ¡Qué hermosas son! ¡Qué espléndidas!». Tras haber admirado y tocado casi todas las piedras una tras otra, apreciando cada una por las características que la distinguían, se volvió a su gran visir y, mostrándole el jarrón, le dijo: «Mira y convén conmigo en que no puede verse en el mundo nada más rico y más perfecto.» El visir quedó fascinado. «Y bien», continuó el sultán, «¿qué piensas de un regalo así? ¿No es digno de la princesa mi hija, y no puedo concederla a este precio a quien me la viene a pedir?».

Estas palabras sumieron al gran visir en una extraña agitación. Hacía algún tiempo que el sultán le había hecho saber que su intención

era dar a la princesa su hija en matrimonio a un hijo que él tenía. Le sobrevino, pues, el temor, y no sin fundamento, de que el sultán, deslumbrado por un presente tan rico y tan extraordinario, cambiase de parecer. Se acercó al sultán y, hablándole al oído, le dijo: «Señor, no puedo por menos de convenir con vos en que el regalo es digno de la princesa; pero suplico a Vuestra Majestad me concedáis tres meses antes de tomar una decisión al respecto: espero que antes de que se cumpla ese plazo mi hijo, en el que tuvisteis la bondad de declararme haber puesto los ojos, se las ingeniará para haceros un regalo de mayor valor que el de Aladino, que Vuestra Majestad no conoce.» El sultán, aunque persuadido de que no era posible que su gran visir pudiese procurar a su hijo el medio de hacerle un regalo de tanta importancia a la princesa su hija, no dejó de escuchar la sugerencia y de concederle la gracia solicitada. Así, volviéndose hacia la

madre de Aladino, le dijo: «Vete, buena mujer, vuelve a tu casa y dile a tu hijo que acepto la proposición que me has hecho de su parte, pero que no puedo casar a mi hija antes de haberle hecho preparar un equipo que no estará dispuesto hasta dentro de tres meses. Regresa aquí, cumplido el plazo.»

La madre de Aladino volvió a su casa con una alegría tanto más grande cuanto que, considerando su propia condición, había en principio tenido por imposible el acceso al sultán, pero no sólo lo había conseguido, sino que, además, había obtenido de él una respuesta muy favorable, cuando lo que esperaba era un rechazo que la hubiese cubierto de confusión. Dos cosas dieron a entender a Aladino, cuando vio entrar a su madre, que ésta le traía buenas noticias: una, que regresaba más temprano que de costumbre; otra, que la alegría se leía en su rostro. «Y bien, madre mía», le dijo, «¿debo esperar?, ¿debo morir de desesperación?».

Tras quitarse el velo y sentarse en el sofá, ella, a su vez, le dijo: «Hijo mío, para no mantenerte por más tiempo en la incertidumbre, comenzaré por decirte que, lejos de pensar en morir, tienes motivo para estar contento.» Prosiguiendo su discurso, le contó de qué manera obtuvo audiencia antes que los demás, lo que le había permitido volver tan temprano; las precauciones que había tomado para hacerle al sultán, sin que se ofendiera, la proposición de matrimonio de la princesa Badrulbudur con su hijo, y la respuesta enteramente favorable que el sultán en persona le había dado. Añadió que, por lo que podía colegirse del comportamiento del sultán, había sido el regalo lo que había influido decisivamente en su ánimo a la hora de emitir una respuesta favorable. «Tanto menos me la esperaba», dijo, «cuanto que el gran visir le había hablado al oído antes de que me respondiese, y temía

que lo disuadiera de las buenas intenciones que podía abrigar respecto a ti.»

Aladino se consideró el más feliz de los mortales al oír esta noticia. Dio las gracias a su madre por todas las fatigas que había padecido en la tramitación del asunto, cuyo desenlace feliz era tan importante para su reposo; y aunque, en el estado de impaciencia en que se hallaba por gozar del objeto de su pasión, tres meses se le antojasen un espacio de tiempo extremadamente largo, se dispuso a esperar con paciencia su vencimiento, confiado en la palabra del sultán, que consideraba irrevocable. Contando no sólo las horas, días y semanas, sino hasta los instantes, en espera de que venciera el plazo, transcurrieron unos dos meses. En ese punto, una tarde, su madre quiso encender la lámpara y se dio cuenta de que no había aceite en la casa. Salió a comprarlo y, adentrándose en la ciudad, vio que se hallaba toda en fiestas. En efecto, las tiendas, en lugar de estar cerradas,

estaban abiertas, adornadas con follaje e iluminadas, esforzándose cada uno en exhibirlas con mayor pompa y magnificencia que el vecino, para mostrar mejor su celo. Todo el mundo, en fin, daba muestras de alegría y de regocijo. Las calles estaban repletas de funcionarios en traje de ceremonia, montados en caballos ricamente enjaezados y rodeados de un gran número de criados de a pie que iban y venían. La mujer preguntó al mercader en cuya tienda compraba su aceite qué significaba todo aquello. «¿De dónde venís, señora mía?», le dijo. «¿No sabéis que el hijo del gran visir desposa esta tarde a la princesa Badrulbudur, hija del sultán? Ella está a punto de salir del baño, y los funcionarios que veis se han reunido para darle escolta hasta el palacio donde va a tener lugar la ceremonia.»

La madre de Aladino no quiso saber más. Con tanta prisa regresó que entró en su casa casi sin aliento. Encontró a su hijo, que no se

esperaba en absoluto la triste noticia de que era portadora. «Hijo mío», exclamó, «todo se ha perdido. Contabas con la promesa del sultán, pero nunca la cumplirá.» Aladino, alarmado ante estas palabras, dijo: «Madre mía, ¿por qué el sultán no va a mantener su promesa? ¿Cómo lo sabes?». «Esta tarde», repuso la madre, «el hijo del gran visir desposa a la princesa Badrulbudur en palacio.» Y le contó cómo se había enterado de ello con tantos detalles que Aladino no pudo ponerlo en duda.

A esta noticia, el joven permaneció inmóvil, como si hubiese sido fulminado por un rayo. Otro que no hubiese sido él habría quedado anonadado, pero unos celos secretos le impidieron permanecer por más tiempo en ese estado. Al instante se acordó de la lámpara que tan útil le había sido hasta entonces y, sin ningún arrebato en forma de vanas palabras contra el sultán, contra el gran visir o contra el hijo de aquel ministro, dijo tan

sólo: «Madre mía, el hijo del gran visir no será tal vez esta noche tan feliz como se promete. Mientras me retiro un momento a mi habitación, prepara tú la cena.»

La madre de Aladino entendió que su hijo quería hacer uso de la lámpara para impedir, si era posible, que el matrimonio del hijo del gran visir con la princesa se consumase; y no se equivocaba. En efecto, cuando Aladino estuvo en su cuarto, tomó la lámpara maravillosa que había traído allí para ocultarla de los ojos de su madre, después que la aparición del genio le hubo causado tanto miedo; tomó, digo, la lámpara y la frotó en el mismo lugar que las otras veces. Al instante, el genio apareció ante él: *¿Qué quieres?,* dijo a Aladino; *heme aquí listo a obedecerte como esclavo tuyo y de todos aquellos que tienen la lámpara en la mano, yo y los otros esclavos de la lámpara.*

«Escucha», le dijo Aladino, «hasta ahora tú me has traído con qué alimentarme cuando he tenido necesidad de ello; ahora se trata de un asunto de muy distinta importancia. He hecho pedir en matrimonio al sultán a la princesa Badrulbudur, su hija; él me la ha prometido y me ha pedido un aplazamiento de tres meses. En lugar de mantener su promesa, esta tarde, antes de cumplirse el plazo, se la entrega al hijo del gran visir: acabo de enterarme, y es cosa cierta. Lo que te pido es que, cuando los recién casados estén acostados, los cojas y los traigas aquí a los dos en su lecho.»

Amo, respondió el genio, *voy a obedecerte. ¿Tienes alguna otra cosa que mandarme?*

«Ninguna otra cosa por ahora», repuso Aladino. Al mismo tiempo el genio desapareció.

Aladino volvió con su madre; cenó con ella con la misma tranquilidad que de costumbre. Después de cenar, charló algún tiempo con ella del matrimonio de la princesa, como si fuera un tema que hubiese dejado de preocuparlo. Se retiró a su cuarto y dejó a su madre en libertad de acostarse. Pero él no se acostó y esperó despierto el regreso del genio y la ejecución de la orden que le había dado.

Mientras tanto, todo había sido preparado con gran magnificencia en el palacio del sultán para la celebración de las bodas de la princesa, y la velada transcurrió en ceremonias y regocijos hasta bien entrada la noche. Cuando todo hubo acabado, el hijo del gran visir, a una señal que le hizo el jefe de eunucos de la princesa, se escabulló hábilmente, y dicho funcionario lo introdujo en las habitaciones de la princesa su esposa, hasta la cámara en que el lecho nupcial estaba preparado. Él se acostó primero. Poco tiempo después, la sultana, acompañada de

sus esclavas y de las de la princesa su hija, trajo a la nueva esposa, que oponía gran resistencia, según la costumbre de las recién casadas. La sultana la ayudó a desnudarse, la puso en el lecho como a la fuerza y, tras haberla besado deseándole buenas noches, se retiró con todas las mujeres; y la última en salir cerró la puerta de la cámara.

Nada más cerrarse la puerta de la cámara, el genio, como esclavo fiel de la lámpara y preciso a la hora de ejecutar las órdenes de cuantos la tuviesen en la mano, sin dar tiempo al esposo de hacerle la menor caricia a su esposa, coge el lecho con ambos, ante la estupefacción del uno y de la otra, y en un instante lo transporta al cuarto de Aladino, donde lo deposita.

Aladino, que esperaba este momento con impaciencia, no soportó que el hijo del gran visir permaneciese acostado con la princesa.

«Coge al recién casado», dijo al genio, «enciérralo en el gabinete y vuelve mañana por la mañana un poco después del amanecer.»

El genio sacó al punto al hijo del gran visir del lecho, en camisa, y lo trasladó al lugar que Aladino le había dicho, donde lo dejó, tras haber arrojado sobre él un soplido que sintió de pies a cabeza y que le impidió moverse de allí.

Por grande que fuese la pasión de Aladino por la princesa Badrulbudur, lo cierto es que no se anduvo con largos discursos cuando se vio solo con ella. «No temáis nada, adorable princesa», le dijo en tono apasionado, «aquí os halláis segura; por violento que sea el amor que me inspiran vuestra belleza y vuestros encantos, nunca me hará extralimitarme del profundo respeto que os debo. Si me he visto obligado», añadió, «a llegar a estos extremos, no ha sido con el propósito de ofenderos, sino para impedir que un injusto

rival os poseyera, contra la palabra dada por el sultán vuestro padre en favor mío.»

La princesa, que nada sabía del asunto, prestó muy poca atención a todo lo que Aladino le dijo. Y no estaba en absoluto en situación de responderle. El miedo y la extrañeza que en ella suscitaba una aventura tan sorprendente y tan inesperada la habían sumido en tal estado que Aladino no le pudo arrancar ni una sola palabra.

No se detuvo ahí Aladino: tomó la decisión de desnudarse y se acostó en el lugar del hijo del gran visir, dando la espalda a la princesa, después de haber tomado la precaución de colocar un sable entre la princesa y él, para indicar que merecería ser castigado si atentaba contra su honor.

Aladino, contento por haber privado así a su rival de la felicidad que se prometía para aquella noche, durmió bastante

tranquilamente. No se puede decir lo mismo de la princesa Badrulbudur: en su vida le había ocurrido tener que pasar una noche tan molesta y tan desagradable como aquélla; y si se piensa en el lugar y en el estado en que el genio había dejado al hijo del gran visir, se juzgará que el nuevo esposo la pasó de una manera aún mucho más penosa.

Al día siguiente, Aladino no tuvo necesidad de frotar la lámpara para llamar al genio, que volvió a la hora ordenada y, mientras Aladino terminaba de vestirse, le dijo: *Heme aquí. ¿Qué tienes que mandarme?* «Ve a por el hijo del gran visir», le dijo Aladino, «al lugar donde lo dejaste; deposítalo de nuevo en este lecho y llévalo donde lo cogiste en el palacio del sultán.» El genio fue en busca del hijo del gran visir, y Aladino estaba recogiendo su sable cuando reapareció. Depositó al recién casado junto a la princesa y, en un instante, llevó el lecho nupcial a la misma

cámara del palacio del sultán de donde lo había traído.

Es preciso hacer notar que, durante todo este proceso, el genio no fue visto ni por la princesa ni por el hijo del gran visir. Su aspecto horrible los habría podido hacer morir de miedo. Ni siquiera oyeron nada de las conversaciones entre Aladino y él, dándose cuenta tan sólo de las sacudidas del lecho y de su traslado de un lugar a otro: ya era bastante para causarles el espanto que es fácil imaginar.

Acababa el genio de depositar el lecho nupcial en su lugar cuando el sultán, curioso de saber cómo había pasado la princesa su hija la primera noche de bodas, entró en la habitación para darle los buenos días. El hijo del gran visir, tiritando del frío que había padecido toda la noche y del que todavía no había tenido tiempo de recuperarse, apenas oyó abrirse la puerta cuando se levantó y pasó al

vestidor donde se había desnudado la noche anterior.

El sultán se acercó al lecho de la princesa, la besó entre los ojos, según la costumbre, dándole los buenos días, y le preguntó sonriendo cómo había pasado la noche; pero, al levantar la cabeza y mirarla con más atención, quedó extremadamente sorprendido al verla sumida en una gran melancolía y al no advertir en ella el menor indicio, ni por el rubor que hubiese podido subírsele a la cara, ni por ninguna otra señal, capaz de satisfacer su curiosidad. Ella le lanzó solamente una tristísima mirada, de las que indican una gran aflicción o un gran descontento. Todavía le dijo algunas palabras, pero, viendo que no podía arrancar palabra de ella, imaginó que callaba por pudor y se retiró. No dejó, sin embargo, de sospechar que había algo extraordinario en su silencio, lo que lo indujo a dirigirse inmediatamente a las habitaciones de la sultana, a quien describió el

estado en que había encontrado a la princesa y el recibimiento que le había dispensado. «Señor», le dijo la sultana, «la cosa no debe sorprender a Vuestra Majestad: no hay recién casada que no tenga la misma reserva el día después de la boda. No ocurrirá lo mismo dentro de dos o tres días: entonces recibirá al sultán su padre como es debido. Voy a verla», añadió, «y mucho me equivoco si me dispensa la misma acogida.»

Una vez vestida, la sultana se dirigió a las habitaciones de la princesa, que no se había levantado aún: se acercó a su lecho y le dio los buenos días con un beso; pero su sorpresa fue enorme no sólo porque no le respondió nada, sino porque al mirarla se dio cuenta de que se encontraba en un estado j de gran postración, lo que le hizo pensar que le había ocurrido algo que no llegaba a comprender. «Hija mía», le dijo la sultana, «¿cómo es que respondes tan mal a las caricias que te hago? ¿Crees que es manera de

comportarte con tu madre? ¿Acaso piensas que no estoy al corriente de lo que sucede en situaciones como la tuya? Quiero creer que no lo piensas; es preciso, pues, que te haya ocurrido alguna otra cosa; confiésamela francamente y no me tengas por más tiempo en esta inquietud que me trastorna.»

La princesa Badrulbudur rompió al fin su silencio con un gran suspiro. «¡Ah! Señora y muy honrada madre», exclamó, «perdonadme si he faltado al respeto que os debo. Tengo la mente tan ocupada por las cosas extraordinarias que me han sucedido esta noche que aún no me he recuperado de mi extrañeza ni de mis temores y a duras penas me reconozco a mí misma.» Entonces le contó con los más vivos colores de qué manera, un instante después de que se hubieran acostado ella y su esposo, alguien había cogido el lecho y lo había transportado en un momento a una habitación sucia y oscura donde se había visto sola y separada de su

esposo, sin saber qué había sido de él, y donde había visto a un joven, el cual, tras haberle dicho algunas palabras que el terror le había impedido oír, se había acostado con ella en el lugar de su esposo, después de haber puesto su sable entre ella y él; y cómo por la mañana su esposo le había sido devuelto y el lecho depositado en su lugar tan rápidamente como antes. «Acababa de suceder todo esto», añadió, «cuando el sultán mi padre entró en mi cámara; estaba tan anonadada que no tuve fuerzas para decirle una sola palabra: no me extraña que esté indignado por la manera en que he recibido el honor que me ha hecho; pero espero que me perdone cuando conozca mi triste aventura y el lamentable estado en que aún ahora me encuentro.»

La sultana escuchó muy serenamente todo lo que la princesa tuvo a bien contarle; pero no prestó crédito al relato. «Hija mía», le dijo, «has hecho bien en no hablar de esto al

sultán tu padre. Guárdate de decir nada de ello a nadie: te tomarían por loca si te oyesen decir esas cosas.» «Señora», respondió la princesa, «puedo aseguraros que me hallo en posesión de mis facultades; podéis preguntarle a mi esposo: os dirá lo mismo que yo.» «Le preguntaré», repuso la sultana; «pero, aunque me diga lo que tú, no quedaré más convencida de lo que estoy. Levántate y quítate esa fantasía de la mente; ¡bonito sería que turbases con semejante visión las fiestas que celebran tus bodas y que deben proseguir durante varios días en este palacio y en todo el reino! ¿No oyes ya las charangas y los conciertos de trompetas, de timbales y de tambores? Todo eso debe inspirarte alegría y placer y hacerte olvidar todas las fantasías de las que acabas de hablarme.» Al mismo tiempo la sultana llamó a las doncellas de la princesa; y, después de hacerla levantar y dejarla en su tocador, se dirigió a las habitaciones del sultán; le dijo que alguna

fantasía, en efecto, había turbado el espíritu de su hija, pero que no tenía importancia. Hizo llamar al hijo del visir, para saber por él algo de lo que la princesa le había dicho; pero el hijo del visir, que se consideraba infinitamente honrado por su parentesco con el sultán, había decidido disimular. «Yerno mío», le dijo la sultana, «dime, ¿participas de la misma obstinación que tu esposa?». «Señora», respondió el hijo del visir, «¿podría preguntaros con qué objeto me hacéis esta pregunta?». «Me basta con esto», repuso la sultana; «no quiero saber más: está claro que eres más juicioso que ella.»

Los festejos continuaron durante todo el día en palacio; y la sultana, que no abandonó a la princesa ni un momento, no olvidó nada para inspirarle alegría y para hacerle participar en las diversiones que proporcionaban diferentes tipos de espectáculos; pero tan impresionada estaba por el recuerdo de lo que le había sucedido por la noche que era

notorio que no pensaba en otra cosa. El hijo del gran visir estaba absolutamente rendido por la mala noche pasada, pero su ambición lo hizo disimular, y nadie, al verlo, pudo dudar que fuese un esposo feliz.

Aladino, bien informado de cuanto ocurría en palacio, no dudó que los recién casados se acostarían juntos una vez más, pese a la desdichada aventura acaecida la noche anterior. Y Aladino no tenía ninguna gana de dejarlos en paz. Así, cuando comenzó a anochecer, recurrió a la lámpara. Al punto el genio apareció y saludó a Aladino lo mismo que las otras veces, ofreciéndole sus servicios. «El hijo del gran visir y la princesa Badrulbudur», le dijo Aladino, «van a acostarse juntos también esta noche; ve y, en cuanto se acuesten, tráeme su lecho aquí, como ayer.»

El genio sirvió a Aladino con tanta fidelidad y exactitud como el día anterior. El hijo del gran visir pasó una noche igualmente fría y

desagradable, y la princesa se vio de nuevo mortificada por tener a Aladino como compañero de lecho, con el sable puesto entre ambos. El genio, siguiendo las órdenes de Aladino, volvió al día siguiente, depositó al esposo junto a su esposa, cogió el lecho con los recién casados y lo llevó a la cámara del palacio de donde lo había traído.

El sultán, tras el recibimiento que la princesa Badrulbudur le había dispensado el día anterior, deseoso de saber cómo había pasado la segunda noche y si lo iba a recibir como la mañana precedente, se presentó en su habitación muy temprano con ánimo de aclararlo todo. El hijo del gran visir, aún más avergonzado y mortificado por los ultrajes de esta segunda noche que lo estuvo por los de la primera, se levantó con precipitación nada más oír llegar al sultán y se ocultó en el guardarropa.

El sultán se acercó al lecho de la princesa, dándole los buenos días; y, después de haberle hecho las mismas caricias que el día anterior, le dijo: «Y bien, hija mía, ¿estás esta mañana de tan mal humor como estabas ayer? ¿Me dirás cómo has pasado la noche?». La princesa guardó el mismo silencio, y el sultán advirtió que estaba mucho menos tranquila y más desanimada que la primera vez. No dudó que algo extraordinario le hubiese sucedido. Entonces, irritado por el misterio que hacía ella de su estado, le dijo lleno de ira y con el sable desenvainado: «Hija mía, o me dices lo que me ocultas o te corto la cabeza ahora mismo.»

La princesa, más asustada por el tono amenazador del sultán ofendido que por la visión del sable desnudo, rompió al fin su silencio. «Querido padre mío y sultán mío», exclamó con las lágrimas en los ojos, «pido perdón a Vuestra Majestad si la he ofendido. Espero de vuestra bondad y clemencia que la

compasión suceda a la cólera cuando os haya fielmente narrado la triste y lamentable situación en la que me he encontrado toda esta noche y la pasada.»

Después de este preámbulo, que apaciguó y enterneció un tanto al sultán, ella le contó todo lo que le había sucedido durante aquellas dos noches espantosas, pero de un modo tan conmovedor que él quedó vivamente impresionado, dado el amor y la ternura que sentía por ella. Éstas fueron las últimas palabras de la princesa: «Si Vuestra Majestad tiene la menor duda acerca de la narración que acabo de haceros, podéis preguntar al esposo que me habéis dado. Estoy persuadida de que rendirá a la verdad el mismo tributo que yo le rindo.»

El sultán captó de repente la enorme pena que una aventura tan sorprendente debía haber causado a la princesa. «Hija mía», le dijo, «hiciste muy mal no hablándome ayer

de un asunto tan extraño como el que acabas de contarme, qué me concierne e interesa tanto como a ti. No te he casado con la intención de hacerte desgraciada, sino con vistas a hacerte feliz y contenta y a procurarte toda la dicha que mereces y que podías esperar de un esposo que me pareció conveniente. Borra de tu mente las penosas imágenes de todo lo que acabas de contarme. Voy a disponerlo todo para que no vuelvas a pasar noches tan desagradables e insoportables como las que has pasado.»

Apenas regresó el sultán a sus habitaciones, hizo llamar al gran visir. «Visir», le dijo, «¿has visto a tu hijo? ¿No te ha dicho nada?». Al responderle el gran visir que no lo había visto, el sultán le refirió todo lo que la princesa Badrulbudur acababa de contarle. Y terminó: «No dudo que mi hija me haya dicho la verdad; sin embargo, me gustaría confirmar su relato por el testimonio de tu hijo; ve y pregúntaselo.»

El gran visir no tardó en encontrar a su hijo, le participó lo que el sultán acababa de comunicarle y le ordenó no ocultar la verdad y decirle si confirmaba el relato de su esposa. «Padre mío», le respondió el hijo, «todo lo que la princesa ha dicho al sultán es verdad; pero ella no ha podido contarle los malos tratos a que he sido sometido yo: desde el día de mi matrimonio, he pasado las dos noches más crueles que puedan imaginarse, y no tengo palabras para describiros exactamente y con todo detalle los males que he sufrido. Por no hablar del terror que he experimentado al sentirme levantar cuatro veces junto con mi lecho, sin ver quién levantaba el lecho y lo transportaba de un lugar a otro y sin poder imaginar cómo podía suceder aquello. Vos mismo juzgaréis acerca de la espantosa situación en que me he hallado cuando os diga que he pasado dos noches de pie y en camisa en una especie de mínimo gabinete, sin tener la libertad de moverme

del lugar en que me pusieron y sin poder hacer ningún movimiento, aunque no apareciese ante mí ningún obstáculo que verosímilmente pudiese impedírmelo. Dicho esto, no es necesario que me extienda en relataros con detalle mis sufrimientos. No os ocultaré que esto no me ha impedido experimentar hacia la princesa mi esposa todos los sentimientos de amor, de respeto y de gratitud que merece; pero os confieso de buena fe que, con todo el honor y el lustre que recaen sobre mí por haber desposado a la hija de mi soberano, preferiría morir que vivir por más tiempo en tan alto vínculo, si debo aguantar tratos tan desagradables como los que he padecido. No dudo que la princesa experimente los mismos sentimientos que yo; y convendrá fácilmente en que nuestra separación no es menos necesaria para su reposo que para el mío. Así, padre mío, os suplico, en nombre del mismo afecto que os ha llevado a procurarme un honor tan grande, que

convenzáis al sultán para que sea declarado nulo nuestro matrimonio.»

Por grande que fuese la ambición del gran visir de ver a su hijo como yerno del sultán, la firme resolución en que lo vio de separarse de la princesa hizo que juzgara inútil pedirle que aguardase algunos días para ver si las desventuras tocaban a su fin. Lo dejó y regresó con el sultán, a quien confesó de buena fe que el relato de la princesa era verdadero a tenor de lo que le había dicho su hijo. Sin esperar incluso a que el sultán le hablase de romper el matrimonio, cosa a la que veía que estaba decidido, le suplicó que permitiera a su hijo retirarse de palacio y volver a su casa, poniendo como pretexto que no era justo que la princesa se expusiera ni un solo instante más a una persecución tan terrible por el amor de su hijo. El gran visir no tuvo problemas en obtener lo que pedía. Desde ese momento el sultán, que había ya resuelto el asunto, dio órdenes para hacer cesar los

festejos en su palacio y en la ciudad, e incluso en toda la extensión de su reino, adonde hizo enviar órdenes contrarias a las precedentes; y en muy poco tiempo todas las manifestaciones de alegría y de público regocijo cesaron en toda la ciudad y en el reino.

Tal cambio repentino e inesperado dio ocasión a especulaciones de toda índole: unos a otros se preguntaban qué podía haber causado aquel contratiempo, y no se decía otra cosa sino que se había visto al gran visir salir de palacio y retirarse a su casa acompañado de su hijo, ambos con un aspecto muy triste. Nadie más que Aladino conocía el secreto, y se felicitaba en su interior por el resultado feliz que el uso de la lámpara le había procurado. Así, cuando supo con certeza que su rival había abandonado el palacio y que el matrimonio entre la princesa y él había sido declarado nulo, no tuvo necesidad de frotar la lámpara más y de llamar al genio para impedir que se consumase la boda. Y lo

más sorprendente es que ni el sultán ni el gran visir, que habían olvidado a Aladino y su proposición, tuvieron la más mínima sospecha de que él pudiese haber tenido parte en el encantamiento que acababa de causar la disolución del matrimonio de la princesa.

Dejó transcurrir Aladino los tres meses que el sultán había fijado como término para su matrimonio con la princesa Badrulbudur; había contado cuidadosamente los días y, cumplido el plazo, no dejó de enviar a su madre a palacio al día siguiente, para recordarle al sultán su compromiso.

La madre de Aladino marchó al palacio como su hijo le había dicho y se presentó a la entrada del diván, en el mismo lugar que las otras veces. Apenas el sultán la vio la reconoció y, al mismo tiempo, se acordó de la petición que ella le había hecho y del plazo convenido. El gran visir le estaba dando cuenta en ese instante de un asunto.

«Visir», le dijo el sultán, interrumpiéndolo, «estoy viendo a aquella buena mujer que nos hizo un regalo tan hermoso hace algunos meses; hazla venir; continuarás con tu informe cuando la haya escuchado.» El gran visir, dirigiendo la vista a la entrada del diván, distinguió también a la madre de Aladino. Llamó al punto al jefe de los ujieres y, señalándola, le ordenó que la condujese a presencia del sultán.

La madre de Aladino se adelantó hasta los pies del trono y allí se prosternó según la costumbre. Cuando se alzó, el sultán le preguntó qué deseaba. «Señor», le respondió, «me presento una vez más ante el trono de Vuestra Majestad para recordaros, en nombre de mi hijo Aladino, que los tres meses fijados para la respuesta a la proposición que tuve el honor de haceros han expirado, y os suplico que tengáis a bien recordarlo.»

El sultán, al fijar un lapso de tres meses para responder a la petición de aquella buena mujer la primera vez que la había visto, había creído que no oiría hablar más de un matrimonio que consideraba poco conveniente para la princesa su hija, aunque sólo fuera por la humildad y la pobreza de la madre de Aladino, que se le presentaba tan modestamente vestida. La intimación, sin embargo, que acababa de hacerle en orden a que mantuviera su palabra lo ponía en un auténtico dilema; no le pareció oportuno responderle inmediatamente; consultó al gran visir, haciéndole notar la repugnancia que tenía de concertar el matrimonio de la princesa con un desconocido cuya fortuna, suponía, debía estar muy por debajo de la más mediocre.

El gran visir no vaciló en comunicar al sultán lo que pensaba al respecto. «Señor», le dijo, «me parece que existe un medio infalible para eludir un matrimonio tan

desproporcionado sin que Aladino, aun cuando fuese conocido de Vuestra Majestad, pueda quejarse: se trata de fijar para la princesa un precio tan alto que sus riquezas, cualesquiera que puedan ser, no alcancen a cubrirlo. Sería la manera de hacerlo desistir de un propósito tan osado, por no decir temerario, en el que sin duda no se ha puesto a pensar antes de acometerlo.»

El sultán aprobó el consejo del gran visir. Se volvió a la madre de Aladino y, tras algunos momentos de reflexión, le dijo: «Buena mujer, los sultanes deben mantener su palabra; estoy dispuesto a mantener la mía y hacer feliz a tu hijo casándolo con la princesa mi hija; pero como no puedo casarla sin saber las ventajas que va a obtener con su matrimonio, dirás a tu hijo que cumpliré con mi palabra cuando me haya enviado cuarenta grandes fuentes de oro macizo, llenas a rebosar de las mismas cosas que ya me habéis dado de su parte, llevadas por otros

tantos esclavos negros que serán conducidos, a su vez, por cuarenta esclavos blancos, jóvenes, bien formados y de hermosa apariencia, y todos magníficamente vestidos: éstas son las condiciones que le pongo para concederle la mano de la princesa mi hija. Vete ahora, buena mujer; espero que me traigas su respuesta.»

La madre de Aladino se prosternó una vez más ante el trono del sultán y se retiró. En el camino de regreso se reía entre dientes por la loca imaginación de su hijo. «En verdad», se decía, «¿dónde va a encontrar tantas fuentes de oro y semejante cantidad de esos vidrios de colores para llenarlas? ¿Volverá al subterráneo cuya entrada está taponada para cogerlos de los árboles? Y todos esos esclavos bien torneados, como los quiere el sultán, ¿de dónde los va a sacar? Muy alejado lo veo de su pretensión; y creo que no le va a gustar mucho mi embajada.» Ya en su casa, con la mente llena de todos estos pensamientos,

que le hacían creer que Aladino no tenía ninguna esperanza de conseguir su objetivo, le dijo: «Hijo mío, te aconsejo que no pienses más en el matrimonio con la princesa Badrulbudur. El sultán, a decir verdad, me ha recibido con mucha benevolencia, y creo que eran buenas sus intenciones para contigo; pero el gran visir, si no me equivoco, le ha hecho mudar de sentimiento, y puedes colegirlo tú mismo por lo que te voy a decir. Después de haber recordado a Su Majestad que el plazo de tres meses había expirado y que le rogaba de tu parte atenerse a su promesa, advertí que no me dio la respuesta que voy a decirte hasta después de haber hablado en voz baja durante un rato con el gran visir.» La madre de Aladino narró con exactitud a su hijo todo lo que el sultán le había dicho y las condiciones que había puesto para consentir en el matrimonio de la princesa su hija con él. Terminando, le dijo: «Hijo mío, él espera tu respuesta; pero, entre

nosotros», continuó sonriendo, «creo que va a esperar mucho tiempo.»

«No tanto tiempo como crees, madre mía», replicó Aladino; «y el sultán se engaña a sí mismo si cree que sus exorbitantes peticiones van a hacerme renunciar a la princesa Badrulbudur. Me esperaba otras dificultades insuperables, o que pusiera a mi incomparable princesa un precio mucho más alto; pero me felicito porque no haya sido así, pues lo que me pide es poca cosa en comparación con lo que estaría dispuesto a darle con tal de obtener lo que deseo. Mientras me ocupo de satisfacer su demanda, ve tú a buscar con qué cenar y déjame a mí el resto.»

En cuanto hubo salido la madre de Aladino en busca de provisiones, Aladino cogió la lámpara y la frotó: al instante el genio se presentó ante él y, en los mismos términos de los que ya hemos dejado constancia, le preguntó cuáles eran sus órdenes, indicando

que estaba listo para servirlo. Aladino le dijo: «El sultán me concede a la princesa su hija en matrimonio; pero antes me pide cuarenta grandes fuentes de oro macizo y muy pesadas, llenas a rebosar de los frutos del jardín donde cogí la lámpara de la que eres esclavo. Exige también de mí que esas cuarenta fuentes de oro sean llevadas por otros tantos esclavos negros, precedidos por cuarenta esclavos blancos, jóvenes, bien formados, de hermosa apariencia y muy ricamente vestidos. Ve y tráeme ese regalo lo más pronto posible, a fin de que lo envíe al sultán antes que se levante la sesión del diván.» El genio le dijo que su mandato iba a ser cumplido inmediatamente y desapareció.

Muy poco tiempo después, el genio se dejó ver acompañado de los cuarenta esclavos negros, cargado cada uno con una fuente de oro macizo de veinte marcos de peso sobre la cabeza, llena de perlas, de diamantes, de rubíes y de esmeraldas aún mejor escogidas,

tanto por el tamaño como por la belleza, que aquellas que habían sido ya regaladas al sultán; cada fuente estaba cubierta por un lienzo de plata con florones de oro. Todos los esclavos, tanto los negros como los blancos, con los platos de oro ocupaban casi toda la casa, que era más bien pequeña, con un pequeño patio delante y un jardincillo en la parte trasera. El genio preguntó a Aladino si estaba satisfecho y si tenía aún alguna otra orden que darle. Aladino le dijo que no necesitaba nada más, y aquél desapareció.

La madre de Aladino regresó del mercado; y, al entrar, se quedó estupefacta al ver tanta gente y tantas riquezas. Cuando hubo descargado las provisiones que traía, quiso quitarse el velo que le cubría el rostro; pero Aladino se lo impidió. «Madre mía», dijo, «no hay tiempo que perder: antes de que el sultán levante la sesión del diván, es importante que vuelvas a palacio y que lleves allí el regalo y la dote de la princesa Badrulbudur

que Su Majestad me ha pedido, a fin de que conozca, por mi diligencia y por mi puntualidad, el celo ardiente y sincero que pongo en procurarme el honor de contraer parentesco con él.»

Sin esperar la respuesta de su madre, Aladino abrió la puerta de la calle e hizo desfilar sucesivamente a todos los esclavos, haciendo siempre marchar a un esclavo blanco seguido de un esclavo negro con la fuente de oro sobre la cabeza, y así hasta el último, y, después que hubo salido su madre tras el último esclavo negro, cerró la puerta y permaneció tranquilamente en su cuarto, con la esperanza de que el sultán, una vez recibido el regalo solicitado, lo admitiese al fin como yerno.

El primer esclavo blanco salido de la casa de Aladino había sembrado ya el estupor entre los transeúntes, y, antes de que los ochenta esclavos, blancos y negros alternados,

hubiesen terminado de salir, la calle estaba repleta de una gran multitud de gentes que acudía de todas partes para ver un espectáculo tan magnífico y tan extraordinario. El vestido de cada esclavo era tan rico en telas y en pedrería que los más entendidos no creían equivocarse tasando cada traje en más de un millón. La limpieza, el ajuste perfecto de cada vestido, la gracia, el bello aspecto, la estatura uniforme e imponente de cada esclavo, su paso grave a igual distancia uno de otro, junto con el resplandor de las piedras preciosas de enorme tamaño engastadas con bella simetría en sus cinturones de oro macizo, y las insignias también de pedrería pegadas en los gorros, que eran de un diseño muy particular, infundían en aquella muchedumbre de espectadores una admiración tan grande que no podían dejar de mirar el espectáculo y lo seguían con los ojos tan lejos como les era posible. Pero las calles estaban de tal modo atestadas de gente que

nadie podía moverse del lugar en que se encontraba.

Como había que recorrer muchas calles para llegar al palacio, una buena parte de la ciudad, gentes de todo tipo y de todas las condiciones, fue testigo de pompa tan espléndida. El primero de los ochenta esclavos llegó a la puerta del primer patio del palacio; y los porteros, que se apelotonaban viendo acercarse aquel maravilloso desfile, lo tomaron por un rey: tan rica y magníficamente iba vestido; avanzaron para besarle el borde del vestido, pero el esclavo, adoctrinado por el genio, los detuvo y les dijo gravemente: «No somos más que esclavos; nuestro amo aparecerá cuando sea tiempo de ello.»

El primer esclavo, seguido de todos los demás, avanzó hasta el segundo patio, que era muy espacioso y albergaba a la guardia del sultán, que permanecía formada durante la

sesión del diván. Los oficiales al mando de cada tropa vestían con gran magnificencia, que quedó eclipsada por la presencia de los ochenta esclavos portadores del regalo de Aladino, del cual ellos mismos formaban parte. Nada parecía tan bello ni tan deslumbrante en toda la morada del sultán; y todo el brillo de los señores de su corte que lo rodeaban no era nada en comparación con lo que ahora se ofrecía a la vista.

Apenas el sultán fue advertido del desfile y de la llegada de aquellos esclavos, dio órdenes de dejarlos entrar. Así, cuando se presentaron, encontraron libre la entrada del diván y entraron ordenadamente en la sala, unos por la derecha y otros por la izquierda. Luego que hubieron entrado todos y formado un gran semicírculo ante el trono del sultán, los esclavos negros depositaron sobre la alfombra las fuentes que llevaban.

Después se prosternaron todos juntos, golpeando con la frente la alfombra. Los esclavos blancos hicieron lo mismo al mismo tiempo. Se levantaron todos a la vez; y los negros, al hacerlo, destaparon con habilidad las fuentes que tenían delante y permanecieron todos de pie, con las manos cruzadas sobre el pecho, en actitud de gran modestia.

La madre de Aladino, que entretanto había avanzado hasta los pies del trono, dijo al sultán, después de haberse prosternado: «Señor, mi hijo Aladino no ignora que éste presente que envía a Vuestra Majestad está muy por debajo de lo que merece la princesa Badrulbudur; espera, sin embargo, que Vuestra Majestad lo juzgue agradable y quiera hacer partícipe de su agrado a la princesa; y lo espera con tanta más confianza cuanto que ha tratado de cumplir con la condición que tuvisteis a bien imponerle.»

El sultán no estaba en situación de atender al cumplido de la madre de Aladino. Su primera mirada dirigida a las cuarenta fuentes de oro, llenas a rebosar de las joyas más brillantes, más resplandecientes, más preciosas que hubiesen sido vistas nunca en el mundo, y a los ochenta esclavos, que parecían otros tantos reyes tanto por su hermosa apariencia como por la riqueza y magnificencia sorprendentes de sus vestidos, lo había impresionado tanto que no podía volver en sí de admiración. En lugar de responder al saludo de la madre de Aladino, se dirigió al gran visir, que no podía comprender de dónde podía haber venido una tal profusión de riquezas. «Y bien, visir», dijo públicamente, «¿qué piensas de este, quienquiera que sea, que me envía un presente tan rico y tan extraordinario, y a quien ni tú ni yo conocemos? ¿Lo crees indigno de desposar a la princesa Badrulbudur, mi hija?».

Por celos y dolor que sintiese el gran visir al ver que un desconocido iba a convertirse en yerno del sultán en perjuicio de su hijo, no se atrevió a disimular lo que pensaba. Era demasiado evidente que el regalo de Aladino era motivo más que suficiente para merecer ser acogido en parentesco tan elevado.

Respondió, pues, al sultán, manifestándole su propio pensamiento: «Señor, muy lejos de pensar que quien hace a Vuestra Majestad un presente tan digno de vos sea digno del honor que queréis hacerle, me atrevería a decir que merecería más, si no estuviese convencido de que no hay tesoro en el mundo lo bastante rico como para ser puesto en la balanza al lado de la princesa, hija de Vuestra Majestad.» Los señores de la corte que participaban en la sesión del consejo testimoniaron con sus aplausos que sus pareceres no eran distintos del del gran visir.

El sultán no se demoró; no pensó ni siquiera en informarse acerca de si Aladino reunía las otras cualidades necesarias en un aspirante a convertirse en su yerno. La sola visión de tantas riquezas inmensas y la diligencia con que Aladino había satisfecho su demanda, sin haber hecho la más mínima objeción a condiciones tan exorbitantes como las que le había impuesto, lo persuadieron fácilmente de que no le faltaba nada de lo que podía hacerlo perfecto y tal como el sultán lo deseaba. Así, para despedir a la madre de Aladino con la satisfacción que ella podía desear, le dijo: «Buena mujer, ve a decir a tu hijo que lo espero para recibirlo con los brazos abiertos y para abrazarlo, y que cuanta más diligencia emplee en venir a recibir de mi mano el don que le hago de la princesa mi hija, más placer me procurará.»

Apenas la madre de Aladino se hubo retirado con la alegría de la que puede ser capaz una mujer de su condición al ver a su hijo llegar

tan alto contra sus propias espectativas, el sultán puso fin a la audiencia de aquel día; y, levantándose de su trono, ordenó que los eunucos al servicio de la princesa recogiesen las fuentes para llevarlas a las habitaciones de su ama, adonde se encaminó para examinarlas con ella a gusto; y sus órdenes fueron inmediatamente ejecutadas por los cuidados del jefe de los eunucos. Los ochenta esclavos blancos y negros no fueron olvidados: se los hizo entrar en el interior del palacio; y, algún tiempo después, el sultán, que acababa de hablar de su magnificencia a la princesa Badrulbudur, ordenó que los condujeran delante de sus habitaciones, a fin de que ella los pudiese ver a través de las celosías y se diera cuenta de que, lejos de haber exagerado en el relato que acababa de hacerle, le había dicho mucho menos de lo que sus ojos iban a decirle.

Entretanto la madre de Aladino llegó a su casa con un aspecto que revelaba de

antemano la buena noticia que traía a su hijo.

«Hijo mío», le dijo, «tienes razones para estar contento: has conseguido que tus deseos se cumplan, en contra de mis predicciones, y bien sabes lo que te dije. A fin de que no estés por más tiempo en suspenso, te diré ahora que el sultán, con el aplauso de toda su corte, ha declarado que eres digno de poseer a la princesa Badrulbudur. Te espera para abrazarte y concertar tu matrimonio. Debes pensar en los preparativos para esa entrevista, a fin de que responda a la alta opinión que se ha formado de tu persona; pero, después de haber visto las maravillas que sabes hacer, estoy convencida de que no dejarás ningún cabo suelto. Una vez más debo decirte que el sultán te espera con impaciencia; así que procura reunirte con él lo antes posible.»

Aladino, encantado por la noticia y totalmente lleno del objeto que lo había hechizado, dijo pocas palabras a su madre y se

retiró a su habitación. Allí, después de haber cogido la lámpara que tan útil le había sido hasta entonces en todas sus necesidades y en todo lo que había deseado, la frotó apenas cuando el genio manifestó de nuevo su obediencia compareciendo al punto sin hacerse esperar. «Genio», le dijo Aladino, «te he llamado para tomar un baño ahora mismo; y, cuando lo haya tomado, quiero que me tengas dispuesto el más rico y magnífico vestido que haya llevado nunca monarca alguno.» Apenas hubo terminado de hablar cuando el genio, haciéndolo invisible como él, lo cogió y lo trasladó a un baño de finísimo mármol y de muy bellos y muy variados colores. Sin ver quién lo servía, fue desvestido en un salón muy limpio y espacioso. Desde el salón lo hicieron entrar en el baño, que era de un calor moderado; y allí lo frotaron y lavaron con varias aguas perfumadas. Después de haberlo hecho pasar por todos los grados de calor, según las diferentes partes del baño,

salió de allí absolutamente distinto de como había entrado: su tez se encontraba fresca, blanca y bermeja, y su cuerpo mucho más ligero y más ágil. Volvió al salón y no encontró ya el traje que dejara allí: en su lugar el genio había puesto aquel que le había pedido.

Aladino se sorprendió al ver la magnificencia del vestido que sustituía al suyo. Se vistió con la ayuda del genio, admirando cada prenda a medida que se la ponía, pues todas ellas estaban mucho más allá de lo que hubiese podido imaginar. Cuando hubo terminado, el genio lo llevó a su casa, a la misma habitación donde lo había cogido. Entonces le preguntó si tenía alguna otra cosa que mandarle. «Sí», respondió Aladino; «quiero que me traigas lo más pronto posible un caballo que sobrepase en belleza y vigor al caballo más apreciado que haya en la cuadra del sultán, cuya gualdrapa, silla, brida y todo el arnés valgan más de un millón. Quiero, además, que hagas venir al mismo tiempo a

veinte esclavos, tan rica y diestramente vestidos como los que transportaron el regalo, para que marchen a mi lado y detrás de mí, en grupo, y otros veinte tales para marchar delante de mí en dos filas. Haz venir también para mi madre seis esclavas que la sirvan, vestida cada una tan ricamente al menos como las esclavas de la princesa Badrulbudur, llevando cada una un vestido completo tan magnífico y tan lujoso como los de la sultana. Necesito, además, diez mil piezas de oro en diez bolsas. Eso es», añadió, «cuanto tenía que mandarte. Ve y date prisa.»

Cuando Aladino terminó de impartir órdenes al genio, éste desapareció y muy pronto volvió con el caballo, con los cuarenta esclavos, diez de los cuales llevaban cada uno una bolsa con mil monedas de oro, y con seis esclavas, cada una llevando sobre la cabeza un vestido distinto para la madre de Aladino,

envuelto en una tela de plata; y lo presentó todo ante Aladino.

De las diez bolsas Aladino no cogió más que cuatro que dio a su madre, diciéndole que eran para proveer sus necesidades. Las otras seis las dejó en las manos de los esclavos que las llevaban, con orden de guardarlas y de distribuirlas por puñados entre la gente al pasar por las calles, durante la marcha hacia el palacio del sultán. Ordenó también que marchasen delante de él con los demás, tres a la derecha y tres a la izquierda. Entregó, en fin, a su madre las seis esclavas, diciéndole que le pertenecían y que podía servirse de ellas en calidad de ama, y que los vestidos que habían traído eran para ella.

Cuando Aladino hubo arreglado todos sus asuntos, dijo al genio, despidiéndolo, que lo llamaría cuando tuviese necesidad de sus servicios, y el genio desapareció al instante. Entonces Aladino no pensó más que en

satisfacer lo más pronto posible el deseo que el sultán había formulado de verlo. Mandó a palacio a uno de los cuarenta esclavos, no diré al mejor formado porque lo estaban todos por igual, con orden de dirigirse al jefe de los ujieres y preguntarle cuándo podría tener el honor de ir a postrarse a los pies del sultán. El esclavo no tardó en llevar su mensaje: trajo como respuesta que el sultán lo esperaba con impaciencia.

Aladino montó a caballo y se puso en marcha en el orden que hemos indicado. Aunque jamás había montado a caballo, lo hacía por primera vez con tanta gracia que el jinete más experimentado no lo hubiese tomado por un novicio. Las calles por donde pasó se llenaron en un momento de una innumerable muchedumbre de gente que hacía resonar el aire con sus aclamaciones, gritos de admiración y bendiciones, en particular cada vez que los seis esclavos que tenían las bolsas hacían volar puñados de monedas de oro por

el aire a diestro y siniestro. Sin embargo, esas aclamaciones no procedían de aquellos que se empujaban y se agachaban para recoger las monedas, sino de aquellos que, de un rango superior al pueblo llano, no podía menos de dar públicamente a la liberalidad de Aladino los elogios que merecía. No sólo aquellos que recordaban haberlo visto jugar por las calles a una edad inusitada para ello, como un vagabundo, no lo reconocían; incluso aquellos que lo habían visto no hacía mucho tiempo tenían dificultades en reconocerlo: tanto habían cambiado sus facciones. Y es que la lámpara tenía la propiedad de procurar gradualmente a quienes la poseían las perfecciones convenientes al estado al que accedían por el buen uso de ella. Se prestó entonces mucha mayor atención a la persona de Aladino que al cortejo que lo acompañaba, pues la mayoría de la gente lo había presenciado aquel mismo día en la marcha de los esclavos que habían traído o

acompañado el regalo. El caballo, sin embargo, fue admirado por los entendidos, que supieron valorar su belleza, sin dejarse deslumbrar ni por la riqueza ni por el brillo de los diamantes y demás pedrería que lo adornaban. Como se había difundido el rumor de que el sultán le daba a la princesa Badrulbudur en matrimonio sin reparar en su nacimiento, podría haber suscitado envidias, pero no fue así: tan digno parecía de su fortuna y de su encumbramiento que nadie lo envidiaba.

Aladino llegó al palacio, donde todo estaba dispuesto para recibirlo. Cuando estuvo en la segunda puerta, quiso poner pie a tierra para seguir el uso observado por el gran visir, los generales del ejército y los gobernadores de provincias de primer rango; pero el jefe de los ujieres, que lo esperaba allí por orden del sultán, se lo impidió y lo acompañó hasta cerca de la sala del consejo o de la audiencia, donde lo ayudó a descender del caballo,

aunque Aladino se oponía enérgicamente a ello y no quería tolerarlo; pero fue inútil su resistencia. Entretanto los ujieres se alineaban en doble fila a la entrada de la sala. Su jefe puso a Aladino a su derecha y, haciéndolo pasar por el medio, lo condujo hasta el trono del sultán.

Cuando el sultán vio a Aladino, no quedó menos admirado de verlo vestido con más riqueza y magnificencia de las que habían ostentado nunca sus propios vestidos, que sorprendido por su buen aspecto, su hermoso talle y un cierto aire de grandeza muy diferente de la humildad con que su madre había aparecido ante él. Sin embargo, su admiración y su sorpresa no le impidieron levantarse y descender dos o tres peldaños de su trono lo suficientemente pronto como para impedir que Aladino se arrojara a sus pies y para abrazarlo con grandes demostraciones de amistad. Después de esta cortesía, Aladino quiso una vez más arrojarse a los

pies del sultán, pero el sultán lo detuvo con la mano y lo obligó a subir y a sentarse entre el visir y él.

Entonces Aladino tomó la palabra: «Señor», dijo, «acepto los honores que Vuestra Majestad me hace porque tenéis la bondad y os place dispensármelos; pero me permitiréis deciros que no he olvidado que he nacido esclavo vuestro, que conozco la grandeza de vuestro poder y que no ignoro cuánto por debajo me sitúa mi nacimiento del esplendor y brillantez de vuestro supremo rango. Si existe algún motivo», continuó, «por el que pueda haber merecido un recibimiento tan favorable, confieso que no lo debo sino a la audacia, que un puro azar me inspiró, de levantar mis ojos, mis pensamientos y mis deseos hasta la divina princesa que es objeto de mis anhelos. Pido perdón a Vuestra Majestad por mi temeridad; pero no puedo ocultar que moriría de

dolor si perdiese la esperanza de verlos colmados.»

«Hijo mío», respondió el sultán abrazándolo por segunda vez, «sinrazón me harías dudando un solo instante de la sinceridad de mi palabra. Tu vida es desde ahora para mí demasiado querida para no conservártela suministrándote el remedio que está a mi alcance. Prefiero el placer de verte y oírte a todos mis tesoros unidos a los tuyos.»

Al acabar su discurso, el sultán hizo una señal, e inmediatamente el aire resonó con el sonido de las trompetas, de los oboes y de los timbales, y al mismo tiempo el sultán condujo a Aladino a un magnífico salón donde se sirvió un soberbio festín. El sultán comió solo con Aladino. El gran visir y los señores de la corte, cada uno según su dignidad y según su rango, los acompañaron durante la comida. El sultán, que sólo tenía ojos para Aladino, tanto lo complacía verlo, hizo recaer

la conversación sobre varios temas diferentes. En la charla que mantuvieron durante la comida, fuera cual fuese la materia tratada, Aladino habló con tanto conocimiento y buen juicio que acabó de confirmar al sultán en la buena opinión que de él se había formado desde un principio.

Terminado el almuerzo, el sultán hizo llamar al primer juez de su capital y le ordenó extender y pasar a limpio el contrato de matrimonio de la princesa Badrulbudur su hija y de Aladino. En el ínterin el sultán conversó con Aladino de varias cosas intrascendentes, en presencia del gran visir y de los señores de su corte, que admiraron la solidez de su mente, la gran facilidad que tenía al hablar y expresarse, y los finos y delicados pensamientos con que sazonaba su discurso.

Cuando el juez hubo terminado el contrato en todas las formas requeridas, el sultán preguntó a Aladino si quería quedarse en el

palacio para concluir las ceremonias del matrimonio aquel mismo día. «Señor», respondió Aladino, «por impaciencia que tenga de gozar plenamente de las bondades de Vuestra Majestad, os suplico me permitáis que retrase la boda hasta haber hecho construir un palacio para recibir en él a la princesa según su mérito y su dignidad. A este efecto, os ruego me concedáis un lugar conveniente delante de vuestro palacio, a fin de que pueda más fácilmente hacerle una corte. Lo haré de modo que el edificio sea construido con la máxima diligencia posible.» «Hijo mío», le dijo el sultán, «coge todo el terreno que te parezca oportuno; hay demasiado espacio vacío delante de mi palacio y había ya pensado en llenarlo; pero recuerda que espero sólo verte unido con mi hija para llevar al colmo mi alegría.» Al terminar estas palabras, abrazó una vez más a Aladino, que se despidió del sultán con la

misma cortesía que si hubiese sido educado en la corte y hubiera vivido allí siempre.

Aladino montó a caballo y regresó a su casa en el mismo orden en que había venido, a través del mismo gentío y de las aclamaciones del pueblo que le deseaba todo tipo de dicha y de prosperidad. Apenas llegó y puso pie en tierra, se retiró a su cuarto en solitario; cogió la lámpara y llamó al genio como de costumbre. El genio no se hizo esperar; apareció y le ofreció sus servicios. «Genio», le dijo Aladino, «tengo motivos para estar satisfecho de tu exactitud en ejecutar puntualmente todo lo que he exigido de ti hasta ahora por el poder de esta lámpara tu dueña. Se trata hoy de que por amor suyo muestres, si es posible, más celo y diligencia que nunca. Te pido que me hagas construir, en el menor tiempo posible, frente al palacio del sultán, a una distancia justa, un palacio digno de recibir en él a la princesa Badrulbudur mi esposa. Dejo a tu discreción la

elección de los materiales, es decir, pórfido, jaspe, ágata, lapislázuli y el mármol más fino y más variado de colores, y el resto del edificio; pero quiero que en lo más alto del palacio hagas construir un gran salón con cúpula, con los cuatro muros iguales, cuyos cimientos no sean de otra cosa que de oro y plata maciza, alternando; con veinticuatro ventanas, seis a cada lado; y que las celosías de cada ventana, a excepción de una sola que quiero que quede imperfecta, sean enriquecidas, con arte y simetría, con diamantes, rubíes y esmeraldas, de manera que nada similar haya sido visto nunca en el mundo. Quiero también que acompañe al palacio un antepatio, un patio y un jardín; pero, sobre todo, que haya, en un lugar que tú me dirás, un tesoro repleto de oro y plata en monedas. Quiero también que haya en el palacio cocinas, oficinas, almacenes, guardamuebles provistos de muebles preciosos para todas las estaciones y proporcionados a la

magnificencia del palacio; cuadras llenas de los más hermosos caballos, con sus caballerizos y sus palafreneros, sin olvidar un equipo de caza. Es preciso que también haya criados para la cocina y para las demás dependencias, y esclavas, necesarias para el servicio de la princesa. Debes entender cuál es mi intención: vete, y vuelve cuando esté hecho.»

Acababa de ponerse el sol cuando Aladino terminó de dar al genio las instrucciones para la construcción del palacio que había imaginado. La mañana siguiente, al despuntar el alba, Aladino, a quien el amor por la princesa no permitía dormir tranquilamente, acababa de levantarse cuando el genio se le presentó. «Señor», le dijo, «tu palacio está terminado; ven a verlo si te place.» Aladino no tuvo tiempo de asentir cuando el genio lo había ya transportado.

Lo encontró tan por encima de lo esperado que no acababa de admirarlo. El genio lo

condujo por todos los rincones; y por todas partes no halló sino riquezas, belleza y magnificencia, con criados y esclavos, vestidos todos según su rango y según los servicios a los que estaban destinados. No dejó, como una de las cosas principales, de hacerle ver el tesoro, cuya puerta fue abierta por el tesorero, y Aladino vio allí montones de bolsas de diferentes tamaños, según las sumas que contenían, elevándose hasta la bóveda y dispuestas en un orden que daba gusto verlas. Al salir, el genio lo aseguró de la fidelidad del tesorero. Lo llevó después a las cuadras; y allí le enseñó los más hermosos caballos del mundo, y a los palafreneros en medio de una febril actividad, ocupados en almohazarlos. Luego lo hizo pasar por almacenes llenos de todas las provisiones necesarias, tanto para el ornato de los caballos como para su alimentación.

Cuando Aladino hubo examinado todo el palacio, de estancia en estancia y de

habitación en habitación, de arriba abajo, y en particular el salón de las veinticuatro ventanas, y hubo encontrado en él tantas riquezas y magnificencia y todo género de comodidades, por encima de lo que había podido imaginar, dijo al genio: «Genio, no se puede estar más contento de lo que estoy y no tengo razones para quejarme. Queda sólo una cosa que no te he dicho porque no me había percatado de ella: se trata de extender, desde la puerta del palacio del sultán hasta la puerta de las habitaciones destinadas a la princesa en este palacio, una alfombra del más bello terciopelo, a fin de que ella la pise al venir del palacio del sultán.» «Vuelvo dentro de un momento», dijo el genio. Y poco después Aladino se quedó estupefacto al ver ejecutado su deseo, sin saber cómo. El genio reapareció y llevó a Aladino a su casa mientras se abría la puerta del palacio del sultán.

Los porteros del palacio, que acababan de abrir la puerta y que habían tenido siempre

el horizonte despejado por aquella parte, se extrañaron mucho de verlo tan limitado y de la alfombra de terciopelo que venía desde el nuevo palacio hasta la puerta del del sultán. De primeras no distinguieron bien lo que era; pero su sorpresa aumentó cuando repararon en el soberbio palacio de Aladino. La noticia de una maravilla tan sorprendente se extendió por todo el palacio en muy poco tiempo. El gran visir, que había llegado un instante después de la apertura de la puerta del palacio, no quedó menos sorprendido de la novedad que los demás; dio parte en seguida de la nueva al sultán, pero quiso hacer pasar la cosa por un encantamiento. «Visir», replicó el sultán, «¿por qué pretendes que sea un encantamiento? Sabes tan bien como yo que es el palacio que Aladino ha hecho construir con el permiso que le he otorgado en tu presencia, para alojar a la princesa mi hija.

Después de la exhibición de sus riquezas que hemos visto, ¿podemos encontrar extraño que haya hecho construir su palacio en tan poco tiempo? Ha querido sorprendernos y hacernos ver que con dinero contante y sonante se pueden hacer milagros de un día para otro. Confiesa que tu idea del encantamiento no es más que un producto de tus celos.» La hora de entrar en el consejo le impidió continuar su discurso.

Cuando Aladino estuvo de nuevo en su casa y despidió al genio, encontró a su madre levantada y comenzándose a poner uno de los vestidos que había hecho traer para ella.

Más o menos en el momento en que el sultán acababa de salir del consejo, Aladino dispuso que su madre fuese a palacio con las mismas esclavas que le había proporcionado el genio. Le rogó que, si veía al sultán, le indicase que venía para tener el honor de acompañar a la princesa a la caída de la tarde, cuando

estuviera lista para pasar al palacio de Aladino. Partió; pero, aunque tanto ella como las esclavas que la seguían iban vestidas como sultanas, no se agolpó la gente a su paso, ya porque iban veladas, ya porque un decoroso gabán cubría la riqueza y la magnificencia de sus vestidos. En cuanto a Aladino, montó a caballo; y, tras haber salido de la casa paterna para no regresar, sin olvidar la lámpara maravillosa cuya ayuda le había sido tan indispensable para llegar al colmo de la felicidad, se dirigió públicamente a su palacio con el mismo cortejo con que se presentara al sultán el día anterior.

Apenas los porteros del palacio del sultán distinguieron a la madre de Aladino, avisaron al sultán. Inmediatamente se dio una señal a las bandas de trompetas, timbales, tambores, pífanos y oboes, que estaban ya dispuestas en diferentes puntos de las terrazas del palacio; y en un momento el aire resonó con las charangas y conciertos que

anunciaron el júbilo a toda la ciudad. Los mercaderes comenzaron a adornar sus tiendas con bellos tapices, cojines y hojarasca, y a preparar la iluminación para la noche.

Los artesanos abandonaron su trabajo y el pueblo acudió apresurado a la gran plaza que había ahora entre el palacio del sultán y el de Aladino. Este último atrajo pronto su admiración, no tanto porque estuviesen acostumbrados a ver el del sultán y porque el del sultán no podía compararse con el de Aladino, sino porque no llegaban a comprender a través de qué inaudito prodigio podía haberse construido un palacio tan magnífico en un lugar en el que el día anterior no había ni materiales de construcción ni cimientos preparados.

La madre de Aladino fue recibida con todos los honores en palacio e introducida en las habitaciones de la princesa Badrulbudur por el jefe de los eunucos. Tan pronto como la

princesa la vio, corrió a abrazarla y le hizo tomar asiento en su sofá, y, mientras sus esclavas terminaban de vestirla y adornarla con las joyas más preciosas de aquellas que Aladino le había regalado, le hizo servir una magnífica colación. El sultán, que venía para pasar con la princesa su hija el mayor tiempo posible antes que ella se separase de él para habitar el nuevo palacio con Aladino, le hizo también grandes honores. La madre de Aladino había hablado varias veces con el sultán en público; pero él no la había visto todavía sin velo, como entonces. Aunque de edad algo avanzada, su rostro revelaba aún las huellas de una antigua belleza. El sultán, que la había visto siempre vestida muy sencillamente, por no decir pobremente, estaba admirado de verla tan rica y magníficamente vestida como la princesa su hija. Esto le hizo reflexionar que Aladino era prudente, sabio y avisado en todo género de cosas.

Cuando llegó la noche, la princesa se despidió del sultán su padre. Sus adioses fueron tiernos y mezclados con lágrimas; se abrazaron varias veces sin decirse nada, y finalmente la princesa salió de sus habitaciones y se puso en marcha con la madre de Aladino a su izquierda, seguida de cien esclavas vestidas con una magnificencia sorprendente. Todas las bandas de instrumentos, que no habían dejado de hacerse oír desde la llegada de la madre de Aladino, se habían reunido y abrían el desfile, seguidas de cien pregoneros y de otros tantos eunucos negros en dos filas, con sus oficiales a la cabeza. Cuatrocientos jóvenes pajes del sultán, divididos en dos grupos, que marchaban a ambos lados del cortejo con una antorcha cada uno en la mano, suplían maravillosamente la luz del día, junto con la iluminación del palacio del sultán y del de Aladino.

En este orden el cortejo de la princesa marchó sobre la alfombra extendida desde el palacio del sultán hasta el palacio de Aladino, y, a medida que avanzaba, los instrumentos que abrían el desfile se acercaban y se mezclaban con los que se dejaban oír desde lo alto de las terrazas del palacio de Aladino, formando un concierto que, por extraordinario y confuso que pareciera, contribuía a aumentar la alegría, no sólo en la plaza repleta de gentío, sino también en los dos palacios, en toda la ciudad y en muchas leguas a la redonda.

La princesa llegó por fin al nuevo palacio, y Aladino corrió con toda la alegría imaginable a la entrada de las habitaciones que le habían sido destinadas para recibirla. La madre de Aladino se preocupó de señalar a su hijo a la princesa, entre todos los sirvientes que lo rodeaban; y la princesa, al verlo, lo encontró tan bien hecho que quedó fascinada. «Adorable princesa», le dijo Aladino abordándola y

saludándola muy respetuosamente, «si tuviese la desgracia de haberos disgustado por la temeridad que he tenido de aspirar a la posesión de una tan amable princesa, hija de mi sultán, me atrevo a deciros que sería a vuestros bellos ojos y a vuestros encantos a lo que deberíais culpar por ello, y no a mí.» «Príncipe, pues que puedo llamaros así ahora», le respondió la princesa, «yo obedezco la voluntad del sultán mi padre; y me basta haberos visto para deciros que le obedezco sin repugnancia.»

Aladino, encantado ante una respuesta tan agradable y tan lisonjera para él, no quiso dejar a la princesa de pie por más tiempo, después del camino que acababa de recorrer y al que no estaba acostumbrada; le tomó la mano, que besó con gran demostración de alegría, y la condujo a un gran salón iluminado por infinidad de bujías, donde los cuidados del genio habían preparado un soberbio festín. Los platos eran de oro

macizo y estaban llenos de las viandas más deliciosas. Los vasos, las fuentes, las copas no faltaban en la mesa y eran de oro también y exquisitamente labrados. Los demás adornos y todo el atavío del salón respondían perfectamente a aquella gran riqueza.

La princesa, encantada de ver tantas riquezas reunidas en un mismo lugar, dijo a Aladino: «Príncipe, yo creía que nada en el mundo era más hermoso que el palacio del sultán mi padre; pero, al ver sólo este salón, me doy cuenta de que estaba equivocada.» «Princesa», respondió Aladino haciéndola sentar a la mesa en el lugar a ella destinado, «os agradezco vuestra cortesía, pero sé lo que debo creer.»

La princesa Badrulbudur, Aladino y la madre de Aladino se sentaron a la mesa; e inmediatamente un coro de los más armoniosos instrumentos, tocados y acompañados de hermosísimas voces femeninas, comenzó un

concierto que duró sin interrupción hasta el final de la comida. La princesa estaba tan encantada que dijo que no había oído nada parecido en el palacio del sultán su padre. Pero ella no sabía que aquellas músicas eran hadas escogidas por el genio esclavo de la lámpara.

Cuando la cena terminó y la mesa fue diligentemente levantada, un grupo de danzarines y danzarinas sustituyeron a las músicas. Se exhibieron en varias danzas figuradas, según la costumbre del país, y el espectáculo terminó con un danzarín y una danzarina que danzaron solos con una ligereza sorprendente, y mostraron toda la gracia y la habilidad de que eran capaces. Era casi la medianoche cuando, según la costumbre de la China de aquellos tiempos, Aladino se levantó y ofreció la mano a la princesa Badrulbudur para que bailase con él, poniendo fin así a la ceremonia nupcial. Bailaron con tan buen estilo que suscitaron la admiración de todos los

presentes. Al terminar, Aladino no soltó la mano de la princesa, y pasaron juntos a la habitación en que estaba preparado el lecho nupcial. Las esclavas de la princesa la desnudaron y acostaron, y los sirvientes de Aladino hicieron otro tanto, y todos se retiraron. Así concluyeron las ceremonias y festejos de las bodas entre Aladino y la princesa Badrulbudur.

Al día siguiente, cuando Aladino se despertó, sus ayudas de cámara se presentaron para vestirlo. Le pusieron un traje diferente del del día de la boda, pero igualmente rico y magnífico. En seguida trajeron uno de los caballos destinados a su persona. Lo montó y se fue al palacio del sultán, en medio de una gran tropa de esclavos que marchaban delante de él, a los lados y detrás. El sultán lo recibió con los mismos honores que la primera vez; lo abrazó; y, después de haberlo hecho sentar a su lado, cerca del trono, ordenó que sirviesen el desayuno. «Señor», le

dijo Aladino, «suplico a Vuestra Majestad que me dispense hoy de este honor: vengo a rogaros me concedáis el de venir a comer al palacio de la princesa, con vuestro gran visir y los señores de la corte.»

El sultán le concedió tal gracia con placer. Se levantó al instante y, como el camino no era largo, quiso ir a pie. Así salió con Aladino a su diestra, el gran visir a su izquierda y los señores a continuación, precedido por los pregoneros y por los principales dignatarios de su casa.

Cuanto más se acercaba el sultán al palacio de Aladino, tanto más lo impresionaba su belleza. Pero la cosa fue en aumento cuando entró en él: sus exclamaciones se renovaban en cada estancia que visitaba. Y cuando llegó al salón de las veinticuatro ventanas, adonde Aladino lo había invitado a subir, cuando vio su decoración y, sobre todo, cuando reparó en las celosías enriquecidas con diamantes,

rubíes y esmeraldas, todas piedras perfectas en su tamaño proporcionado, y cuando Aladino le hizo notar que las ventanas ostentaban igual riqueza en su parte exterior, experimentó tal sorpresa que quedó inmóvil. Después de haber permanecido un rato en ese estado: «Visir», dijo al ministro, que estaba a su lado, «¿es posible que exista en mi reino, y tan cerca de mi palacio, un palacio tan soberbio, y que yo lo haya ignorado hasta ahora?».

«Majestad», respondió el gran visir, «recordad que fue anteayer cuando concedisteis a Aladino, a quien acababais de aceptar como vuestro yerno, el permiso de construir un palacio enfrente del vuestro; y el mismo día, al ponerse el sol, no había aún ningún edificio en este lugar; y ayer tuve el honor de anunciaros que el palacio estaba concluido.» «Me acuerdo de ello», repuso el sultán; «pero jamás hubiese imaginado que este palacio fuera una de las maravillas del

mundo. ¿Dónde se pueden encontrar en todo el universo cimientos de oro y plata maciza en lugar de cimientos de piedra o de mármol, y ventanas con celosías cubiertas de diamantes, rubíes y esmeraldas? ¡Nunca en el mundo se ha oído hablar de cosa semejante!».

El sultán quiso ver y admirar la belleza de las veinticuatro celosías. Al contarlas, no encontró sino veintitrés que ostentasen la misma riqueza y se extrañó mucho de que la vigésimo cuarta hubiese quedado imperfecta. «Visir», dijo (pues el gran visir se sentía en el deber de no separarse nunca de él), «me sorprende mucho que un salón de esta magnificencia haya quedado imperfecto en aquel lugar.» «Señor», respondió el gran visir, «Aladino evidentemente tenía mucha prisa y le ha faltado tiempo para hacer esa ventana igual a las otras; pero podéis estar seguro de que tiene la pedrería necesaria y que hará que la terminen cuanto antes.»

Aladino, que había dejado al sultán para dar algunas órdenes, volvió a reunirse con él en aquel momento. «Hijo mío», le dijo el sultán, «he aquí el salón más digno de ser admirado de todos los que existen en el mundo. Una sola cosa me sorprende: ver que una celosía ha quedado imperfecta. ¿Es por olvido, por negligencia, o porque los obreros no han tenido tiempo de dar la última mano a una tan bella pieza de arquitectura?». «Señor», respondió Aladino, «no ha sido por ninguna de esas razones por las que la celosía ha quedado en el estado en que Vuestra Majestad la ve. La cosa ha sido hecha a propósito, y los obreros no han rematado su tarea por orden mía: quería que Vuestra Majestad tuviese la gloria de terminar este salón y, al mismo tiempo, el palacio entero. Os suplico queráis aceptar esta buena intención por mi parte, a fin de que pueda acordarme del favor y la gracia que haya recibido de vos por ella.» «Si lo has hecho con esa

intención», replicó el sultán, «te quedo muy reconocido por ello; daré inmediatamente las órdenes necesarias.» En efecto, ordenó que se hiciese venir a los joyeros mejor provistos de piedras preciosas y a los orfebres más hábiles de la capital.

El sultán descendió acto seguido del salón, y Aladino lo condujo a la pieza donde había cenado con la princesa Badrulbudur el día de la boda. La princesa llegó un momento después y recibió al sultán su padre con una expresión que le dio gozosamente a conocer cuán satisfecha se sentía de su matrimonio. Dos mesas se hallaban provistas de los más deliciosos manjares servidos en vajilla de oro. El sultán se sentó en la primera y comió con la princesa su hija, Aladino y el gran visir. Todos los señores de la corte se acomodaron en la segunda, que era muy larga. El sultán halló los manjares de su gusto y confesó que no había comido nunca nada tan exquisito. Lo mismo dijo del vino, que era en

efecto excelente. Lo que admiró más fueron cuatro grandes aparadores cargados con profusión de botellas, fuentes y copas de oro macizo, enriquecido todo con piedras preciosas. Lo fascinaron también los coros de música que había en el salón, mientras la charanga de trompetas mezcladas con timbales y tambores resonaba en el exterior a la distancia justa, para que todo resultase armónico.

Se estaba levantando el sultán de la mesa cuando le advirtieron que los joyeros y los orfebres que había ordenado llamar habían llegado. Volvió a subir al salón de las veinticuatro ventanas; y, una vez allí, mostró a los joyeros y a los orfebres que lo habían seguido la ventana imperfecta. «Os he hecho venir», les dijo, «para que arregléis esa ventana y la dotéis de la misma perfección que tienen las otras; examinadlas y no perdáis tiempo en hacerlas todas iguales.»

Los joyeros y los orfebres examinaron las otras veintitrés celosías con gran atención; y, después de consultarse mutuamente y acordar la contribución de cada uno, volvieron a presentarse ante el sultán; y el joyero de palacio tomó la palabra y le dijo: «Señor, estamos prontos a emplear nuestros cuidados y nuestro ingenio en obedecer a Vuestra Majestad; pero, entre todos los de nuestra profesión, no tenemos pedrería tan preciosa ni en cantidad suficiente para llevar a término un trabajo tan grande.» «Yo sí la tengo», dijo el sultán, «y mucha más de la necesaria; venid a mi palacio, os mostraré las piedras preciosas y vosotros elegiréis».

Cuando el sultán estuvo de vuelta en su palacio, hizo traer toda su pedrería, y los joyeros tomaron de ella una gran cantidad, sobre todo de aquellas piedras que formaban parte del regalo de Aladino. Las usaron sin que parecieran progresar mucho. Volvieron a coger más en varias ocasiones, y en un mes

no habían terminado la mitad del trabajo. Usaron todas las del sultán, con lo que el gran visir aportó las suyas; y todo lo que pudieron fue decorar por completo la mitad de la ventana.

Aladino, que supo que el sultán se esforzaba inútilmente en hacer la celosía semejante a las otras y que nunca conseguiría llevarlo a cabo, llamó a los orfebres y les dijo no sólo que interrumpieran su labor, sino que deshicieran todo lo que habían hecho y devolviesen al sultán todas sus joyas y al gran visir las que prestó.

El trabajo realizado por joyeros y orfebres en más de seis semanas fue destruido en pocas horas. Los artesanos se retiraron y dejaron a Aladino solo en el salón. Sacó éste la lámpara que llevaba consigo y la frotó. Al punto el genio se presentó. «Genio», le dijo Aladino, «te había ordenado dejar imperfecta una de las veinticuatro celosías de este salón, y tú

habías cumplido mis órdenes; ahora te he hecho venir para decirte que deseo que la dejes como las otras.» El genio desapareció y Aladino descendió del salón. Pocos momentos después, al volver a subir, encontró la celosía como deseaba: semejante a las otras.

Los joyeros y los orfebres llegaron entretanto a palacio y fueron introducidos en las habitaciones del sultán. El primer joyero, presentándole la pedrería que le traían, dijo al sultán en nombre de todos: «Señor, Vuestra Majestad sabe cuánto tiempo hace que trabajamos con todo nuestro arte en terminar la obra que nos habéis encargado. Estaba ya muy avanzada cuando Aladino nos ha obligado no sólo a suspenderla, sino también a deshacer todo lo que habíamos hecho y a devolveros vuestra pedrería y la del gran visir.» El sultán les preguntó si Aladino les había dado alguna razón y, al responderle ellos que no había dado ninguna, dio órdenes

de que le prepararan inmediatamente un caballo. Se lo traen, monta y parte sin otro séquito que su gente, que lo acompaña a pie. Llega al palacio de Aladino y echa pie a tierra delante de la escalinata que conduce al salón de las veinticuatro ventanas. Sube sin avisar a Aladino, pero éste se encontraba casualmente allí y tuvo el tiempo justo de recibir al sultán en la puerta.

El sultán, sin dar tiempo a Aladino de lamentarse cortésmente por no haberlo hecho avisar y por haberlo puesto en la necesidad de faltar a sus deberes hospitalarios, le dijo: «Hijo mío, vengo en persona a preguntarte la razón por la que quieres dejar imperfecto un salón tan magnífico y singular como éste.»

Aladino ocultó la auténtica razón, que era que el sultán no tenía suficientes piedras preciosas para permitirse un dispendio tan grande. Pero, al objeto de hacerle conocer cómo aquel palacio superaba no sólo al suyo,

sino a cualquier otro palacio existente en el mundo, puesto que el sultán no había conseguido rematarlo ni siquiera en una parte mínima, le respondió: «Señor, es cierto que Vuestra Majestad ha visto este salón imperfecto; pero os suplico que miréis ahora si falta algo.»

El sultán fue derecho a la ventana de la celosía imperfecta y, cuando la vio igual a las otras, creyó haberse engañado. Examinó no sólo las dos ventanas que la flanqueaban, sino que las miró todas, una después de otra; y cuando se convenció de que la celosía a la cual había hecho dedicar tantas jornadas de trabajo había sido terminada en i; tan poco tiempo, abrazó a Aladino y lo besó en la frente entre los ojos. «Hijo mío», le dijo, lleno de asombro, «¿qué clase de hombre eres que haces cosas tan sorprendentes en un abrir y cerrar de ojos? No tienes igual en el mundo; cuanto más te conozco, más admirable me pareces.»

Aladino recibió los elogios del sultán con mucha modestia y le respondió en estos términos: «Señor, es una gran gloria para mí merecer la benevolencia y la aprobación de Vuestra Majestad. Lo que puedo aseguraros es que no omitiré nada para merecer más y más la una y la otra.»

El sultán volvió a su palacio como había venido, sin permitir que Aladino lo acompañase. Al llegar, encontró al gran visir, que lo esperaba. El sultán, lleno aún de admiración por la maravilla de la que acababa de ser testigo, se la narró en términos que no hicieron dudar al visir de la autenticidad de lo relatado, pero que lo confirmaron en la creencia de que el palacio de Aladino era efecto de un encantamiento, cosa que ya le había dicho al sultán en el momento en que el palacio acababa de aparecer. Y quiso repetírselo. «Visir», le dijo el sultán, interrumpiéndolo, «ya me lo habías dicho; veo que todavía no

has olvidado el matrimonio entre mi hija y tu hijo.»

El gran visir vio que el sultán se le adelantaba; no quiso contradecirlo y lo dejó en su opinión. Todos los días el sultán, apenas se levantaba, no dejaba de dirigirse a un gabinete desde donde se veía el palacio de Aladino, e iba allí también varias veces durante el día para contemplarlo y admirarlo.

Entretanto Aladino no permanecía encerrado en su palacio: cuidaba de dejarse ver por la ciudad más de una vez a la semana, sea porque fuese a hacer sus oraciones a esta o aquella mezquita, sea que fuera a visitar al gran visir, que hacía alarde de presentarle sus respetos en días fijados de antemano, sea que hiciese el honor a los principales señores, a los que convidaba con frecuencia en su palacio, de irlos a ver a sus casas. Cada vez que salía, hacía arrojar por dos de los esclavos que marchaban en grupo rodeando su

caballo monedas de oro a puñados por las calles y plazas por donde pasaba, repletas siempre de gentío.

Por lo demás, ni un solo pobre se presentaba a la puerta de su palacio que no se volviera feliz de la largueza allí exhibida por órdenes de Aladino.

Como Aladino había organizado su tiempo de manera que no había semana que no fuese de caza al menos una vez, sea en los alrededores de la ciudad, sea más lejos, ejercía la misma liberalidad por los caminos y por las aldeas. Esta inclinación generosa le hizo acreedor de mil bendiciones por parte del pueblo, y era uso común jurar por su cabeza. En fin, sin hacer sombra alguna al sultán, a quien presentaba regularmente sus respetos, puede decirse que Aladino se había granjeado por sus modales afables y generosos todo el afecto del pueblo y que, generalmente hablando, era más querido que el

propio sultán. A todas estas bellas cualidades añadía un valor y un celo por el bien del Estado dignos de los mayores elogios. Dio prueba de ellos en ocasión de una revuelta en los confines del reino. Tan pronto supo que el sultán preparaba un ejército para sofocarla, le suplicó le concediera el mando de la fuerza expedicionaria.

No le fue difícil obtenerlo. En cuanto estuvo a la cabeza del ejército, lo hizo marchar contra los rebeldes; y se comportó a lo largo de la campaña con tanta diligencia que el sultán se enteró antes de que los rebeldes habían sido derrotados, castigados o puestos en fuga, que de su llegada al puesto de mando del ejército. Esta acción, que hizo su nombre célebre a lo largo y ancho del reino, no cambió un ápice su corazón. Volvió victorioso, pero tan dulce y tan afable como había sido siempre.

Hacía ya varios años que Aladino vivía como acabamos de decir, cuando el mago que le había proporcionado sin saberlo el medio de elevarse a tal alta condición se acordó de él en África, adonde había regresado. Aunque hasta entonces hubiese estado convencido de que Aladino había muerto miserablemente en el subterráneo donde lo había dejado, le vino a la mente la idea de saber con exactitud cuál había sido su fin. Como era gran geomántico, sacó de un armario un cuadrado mágico en forma de caja cubierta, del que se servía para sus observaciones de geomancia. Se sienta en un sofá, deposita el cuadrado delante de sí, lo descubre y, después de haber preparado e igualado la arena, con la intención de saber si Aladino había muerto en el subterráneo, traza los puntos, obtiene las figuras y extrae el horóscopo. Examinando el horóscopo, en lugar de hallar que Aladino hubiese muerto en el subterráneo, descubre que había logrado escapar y que

vivía en medio de un gran esplendor, inmensamente rico, esposo de una princesa, honrado y respetado.

El mago africano, apenas hubo conocido por las reglas de su arte diabólica que Aladino se encontraba en tan privilegiada situación, sintió que el fuego le subía a la cara. Enfurecido, dijo para sí: «¡Ese miserable hijo de sastre ha descubierto el secreto y la virtud de la lámpara! ¡Yo tenía su muerte por cierta y he aquí que lo veo gozar del fruto de mis trabajos y vigilias! Impediré que lo disfrute por más tiempo o pereceré en el empeño.» No tardó en decidir lo que iba a hacer. A la mañana siguiente montó un caballo árabe que tenía en su cuadra y se puso en camino. De ciudad en ciudad y de provincia en provincia, sin detenerse más de lo necesario para no fatigar demasiado a su caballo, llegó a la China, y muy pronto a la capital del sultán cuya hija había desposado Aladino. Echó pie a tierra en un *khan* u hospedería pública

donde alquiló una habitación. Y allí permaneció el resto del día y la noche siguiente para reponerse del cansancio de su viaje.

Al día siguiente, antes que nada, el mago africano quiso saber qué se decía de Aladino. Paseándose por la ciudad, entró en los lugares más famosos y más frecuentados por las personas distinguidas, donde se reunían para beber una cierta bebida caliente que le era conocida desde su primer viaje.

No había aún tomado asiento cuando le sirvieron una taza de esta bebida y se la pusieron delante. Cogió la taza y, como estaba atento a cuanto se decía a derecha e izquierda, oyó que conversaban acerca del palacio de Aladino. Cuando hubo terminado de beber, se acercó a uno de los interlocutores y, tomándose las cosas con tiempo, le preguntó en particular qué era aquel palacio del que se hablaba en términos tan laudatorios. «¿De dónde venís?», le dijo aquel a quien se había

dirigido. «Es preciso que seáis un recién llegado si no lo habéis visto o, mejor, si no habéis oído hablar todavía del palacio del príncipe Aladino.» Así que seguía llamándose Aladino, aun después de haber desposado a la princesa Badrulbudur. «No os digo», continuó aquel hombre, «que es una de las maravillas del mundo, sino que es la única maravilla auténtica que hay en el mundo: nunca se ha visto nada tan grandioso, tan rico, tan magnífico. Tenéis que venir de muy lejos para no haber oído hablar de él. Y es que en toda la tierra se debe hablar de él, desde que fue construido. Idlo a ver y juzgaréis vos mismo si os he dicho o no la verdad.» «Perdonad mi ignorancia», respondió el mago africano; «he llegado apenas ayer, y vengo en verdad de tan lejos, quiero decir desde el extremo de África, que su fama no había aún llegado hasta allí cuando partí; y como, a causa de la urgencia del asunto que me trae aquí, no he tenido

otro pensamiento en mi viaje que llegar lo antes posible sin detenerme y sin relacionarme con nadie, no sabía lo que acabéis de darme a conocer. Pero no dejaré de irlo a ver: la impaciencia que tengo por hacerlo es tal que estoy dispuesto a satisfacer mi curiosidad ahora mismo, si queréis hacerme el favor de indicarme el camino.»

Aquel a quien se había dirigido el mago africano le enseñó con mucho gusto el camino para llegar al palacio de Aladino; y el mago africano se levantó y partió al instante. Cuando hubo llegado y examinó el palacio de cerca y por los cuatro costados, no dudó que Aladino se hubiese servido de la lámpara para hacerlo construir. Aparte de la indigencia de Aladino, hijo de un simple sastre, sabía bien que semejantes maravillas sólo podían ser realizadas por los genios esclavos de la lámpara cuya posesión se le había escapado. Picado en lo más vivo por la felicidad y la grandeza de Aladino, que se le

antojaban parangonables a las del sultán, volvió a la posada donde había tomado alojamiento.

Se trataba de saber dónde estaba la lámpara, si Aladino la llevaba consigo o en qué lugar la conservaba, y eso es lo que el mago debía descubrir por una operación de geomancia. En cuanto llegó a su habitación, tomó su cuadrado mágico y su arena, que llevaba en todos sus viajes. Terminada la operación, supo que la lámpara estaba en el palacio de Aladino; y le produjo tanta alegría este descubrimiento que no cabía en sí de gozo. «Obtendré esa lámpara», se dijo, «y desafío a Aladino a impedirme que se la quite y lo haga descender a la baja condición desde donde ha emprendido un vuelo tan alto.»

La desgracia quiso que Aladino estuviese entonces lejos, pues había acudido a una partida de caza que se prolongaría ocho días y no hacía más que tres que había partido; y

he aquí de qué manera el mago africano se informó de ello. Cuando hubo concluido la operación que le proporcionara tanta alegría, fue a visitar al portero de la hospedería, con el pretexto de charlar con él; y no tuvo necesidad de entablar la conversación con algún motivo estrambótico, pues tenía a mano uno muy natural. Le dijo que acababa de ver el palacio de Aladino; y, tras insistirle en lo más sorprendente que había advertido en el edificio y en lo que lo había impresionado más, que era lo que generalmente impresionaba a todo el mundo, añadió: «Mi curiosidad va más lejos, y no estaré satisfecho hasta que no haya visto al dueño de un palacio tan maravilloso.» «No os será difícil verlo», respondió el portero; «es raro el día en que no dé ocasión de hacerlo cuando está en la ciudad; pero hace tres días que está fuera, en una cacería que debe durar ocho.»

El mago africano no quiso saber más; se despidió del portero y, al retirarse, se dijo a

sí mismo: «Ha llegado el tiempo de actuar; no debo perder la ocasión.» Se dirigió a la tienda de un fabricante y vendedor de lámparas. «Maestro», dijo, «necesito una docena de lámparas de cobre; ¿podéis proporcionármelas?». El vendedor le dijo que no las tenía todas, pero que, si podía esperar hasta el día siguiente, se las tendría listas a la hora que quisiera. El mago asintió; le recomendó que estuviesen limpias y bien bruñidas y, después de haberle prometido que le pagaría bien, se retiró a su posada.

Al día siguiente le fueron entregadas las doce lámparas al mago africano, que las pagó al precio solicitado sin regatear lo más mínimo. Las puso en un cesto adquirido a propósito y, con el cesto colgado del brazo, se dirigió al palacio de Aladino; cuando estuvo cerca del mismo, se puso a gritar: *¿Quién quiere cambiar lámparas viejas por lámparas nuevas?*

A medida que avanzaba, y que los niños que jugaban en la plaza lo oyeron, acudieron y se agolparon en torno suyo dando chillidos, mirándolo como si fuese un loco.

Los transeúntes también reían, considerando su oferta una necedad. «Ha tenido», decían, «que perder la cabeza para ofrecer lámparas nuevas a cambio de lámparas viejas.»

El mago africano no se dejó intimidar por el griterío de los niños ni por todo lo que oía decir de él y, para despachar su mercancía, continuó gritando: *¿Quién quiere cambiar lámparas viejas por lámparas nuevas?*

Repitió tantas veces la misma frase yendo y viniendo por la plaza, delante y alrededor del palacio, que la princesa Badrulbudur, que estaba entonces en el salón de las veinticuatro ventanas, oyó la voz de un hombre; pero, como no podía distinguir lo que gritaba a causa del griterío de los niños que lo seguían

y cuyo número aumentaba cada vez más, envió a una de sus esclavas a ver qué significaba todo aquel ruido.

La esclava no tardó en regresar; entró en el salón sin poder contener la risa. Reía con tanto gusto que la princesa no pudo impedir reír ella también mirándola. «Y bien, loca», dijo la princesa, «¿quieres decirme por qué te ríes?». «Princesa», respondió la esclava sin dejar de reír, «¿quién podría contener la risa al ver a un loco con un cesto al brazo, lleno de hermosas lámparas completamente nuevas, que no busca venderlas, sino cambiarlas por lámparas viejas? Son los niños, que lo rodean hasta el punto de que apenas puede moverse, quienes hacen todo el ruido que se oye burlándose de él.»

En este punto otra esclava, tomando la palabra, dijo: «A propósito de lámparas viejas, no sé si la princesa ha reparado en que hay una sobre aquella cornisa; a su propietario

no le disgustará encontrarse una nueva a cambio de la vieja. Si la princesa quiere, puede darse el gusto de probar si ese loco lo está lo suficiente como para dar una lámpara nueva a cambio de una vieja sin buscar ninguna otra compensación.»

La lámpara a que aludía la esclava era la lámpara maravillosa de la que Aladino se había servido para elevarse a la grandeza que había obtenido; la había puesto él mismo sobre la cornisa antes de irse de caza, por temor a perderla, y había tomado idéntica precaución las demás veces que saliera de cacería. Pero ni las esclavas, ni los eunucos, ni la propia princesa habían reparado en ella ni una sola vez hasta entonces durante su ausencia; cuando no estaba de caza, la llevaba siempre consigo. Se dirá que la precaución de Aladino era buena, pero que al menos habría debido guardar la lámpara en alguna parte. Verdad es; pero errores semejantes se han cometido en todos los

tiempos, se cometen aún hoy y se cometerán siempre.

La princesa Badrulbudur, que ignoraba que la lámpara fuese tan preciosa y que Aladino, por no hablar de ella misma, tuviera un interés tan grande en que nadie la tocase, entró en la broma y mandó a un eunuco que la cogiera y fuese a hacer el cambio. El eunuco obedeció. Descendió del salón y, apenas salió de la puerta del palacio, vio al mago africano; lo llamó; y cuando se le acercó, le dijo, mostrándole la lámpara vieja: «Dame una lámpara nueva a cambio de ésta.»

El mago africano no dudó que fuese la lámpara que buscaba; no podía haber otras en el palacio de Aladino, donde toda la vajilla era de oro o de plata; la tomó con presteza de manos del eunuco y, tras introducírsela rápidamente en el seno, le presentó su cesto, diciéndole que escogiera la que más le agradase. El eunuco hizo su elección y, dejando al

mago, llevó la lámpara nueva a la princesa Badrulbudur; apenas se hubo realizado el trueque, los niños hicieron resonar la plaza con un griterío aún más ensordecedor, burlándose de la, según ellos, estupidez del mago.

El mago africano los dejó chillar tanto como quisieron; pero, sin detenerse por más tiempo en las cercanías del palacio de Aladino, se alejó de él en silencio, es decir, sin gritar y sin hablar más de cambiar lámparas nuevas por viejas. No quería más que la que había obtenido; y su silencio hizo, en fin, que los niños se apartaran y lo dejaran ir.

Una vez fuera de la plaza que había entre los dos palacios, se escabulló por las calles menos frecuentadas y, como no necesitaba ya las otras lámparas ni el cesto, lo dejó todo en medio de una calle en la que vio que no había nadie. Entonces, enfilando por otra calle, apretó el paso hasta que llegó a una de

las puertas de la ciudad. Continuando su camino por los arrabales, que se extendían mucho, compró algunas provisiones antes de salir. Cuando estuvo en el campo, se desvió del sendero hacia un lugar apartado, lejos de miradas indiscretas, donde permaneció hasta el momento que juzgó oportuno para llevar a cabo el plan que lo había conducido allí. No echó de menos el caballo árabe que había dejado en la posada donde se había hospedado; se consideraba resarcido con creces por el tesoro que acababa de conseguir.

El mago africano pasó el resto de la jornada en aquel lugar, hasta la una de la madrugada, cuando las tinieblas eran más densas. Entonces sacó la lámpara del seno y la frotó. A su llamada, el genio acudió. *¿Qué quieres?,* le preguntó el genio; *heme aquí listo a obedecerte como esclavo tuyo y de todos aquellos que tienen la lámpara en la mano, yo y sus otros esclavos*.

«Te ordeno», dijo el mago africano, «que inmediatamente te lleves el palacio que tú o los otros esclavos de la lámpara habéis construido en esta ciudad, tal como es, con todo lo vivo que contiene, y que lo traslades junto conmigo a tal lugar de África.» Sin responderle, el genio, con la ayuda de otros genios, esclavos de la lámpara como él, trasladaron en muy poco tiempo a él y al palacio entero al lugar exacto de África que le había sido indicado. Dejaremos al mago africano y al palacio con la princesa Badrulbudur en África, para hablar de la sorpresa del sultán.

Apenas el sultán se levantó, no dejó, según su costumbre, de dirigirse al gabinete desde donde podía tener el placer de contemplar y admirar el palacio de Aladino. Orientó la mirada hacia el lugar donde estaba acostumbrado a ver el palacio y no vio más que un espacio vacío, tal como era antes que el palacio fuese construido. Creyó que se engañaba y se frotó los ojos; pero no vio nada más que la

primera vez, aunque el tiempo estaba sereno, el cielo despejado y la aurora recién nacida subrayaba con nitidez todos los objetos. Miró por las dos aberturas a derecha e izquierda y no vio más que lo que solía ver por aquellos dos lugares. Su extrañeza fue tal que permaneció un buen rato en el mismo sitio, con los ojos fijos en el lugar donde había estado el palacio y donde ahora no lo veía, intentando convencerse de algo que no podía comprender, a saber, cómo podía ocurrir que un palacio tan grande y aparente como el de Aladino, que él había visto casi todos los días desde que había sido construido con su permiso y que había admirado incluso el día anterior, se hubiera desvanecido sin dejar el más mínimo vestigio. «No me engaño», se decía a sí mismo: «estaba en ese lugar; si se hubiera venido abajo, se verían los escombros, y si la tierra lo hubiese tragado, se distinguiría alguna señal, de cualquier forma que pueda haber sucedido.» Y, aunque

convencido de que el palacio ya no estaba, no dejó sin embargo de esperar todavía algún tiempo, para ver si en efecto no se engañaba. Finalmente se retiró y, tras haber mirado una vez más atrás antes de alejarse, regresó a sus habitaciones; ordenó que se hiciese venir al gran visir lo antes posible; y, entretanto, se sentó, con la mente agitada por pensamientos tan diferentes que no sabía a qué carta quedarse.

El gran visir no hizo esperar al sultán: llegó, por el contrario, con tanta precipitación que ni él ni su séquito se dieron cuenta, al pasar, de que el palacio de Aladino no estaba ya en su sitio; hasta los porteros, al abrir la puerta del palacio, no habían reparado en ello.

Abordando al sultán, el gran visir le dijo: «Señor, la prisa con la que Vuestra Majestad me ha hecho llamar me induce a considerar que algo extraordinario ha sucedido, ya que no ignoráis que hoy es día de consejo y que

tenía que presentarme ante Vuestra Majestad dentro de poco.» «Lo que ha sucedido es verdaderamente extraordinario, como tú dices, y vas a convenir en ello. Dime dónde está el palacio de Aladino.» «¡El palacio de Aladino, señor!», respondió el gran visir, visiblemente extrañado; «acabo de pasar por delante y me ha parecido que continuaba en su sitio: edificios tan sólidos como ése no cambian de lugar tan fácilmente.» «Ve a la ventana del gabinete», respondió el sultán, «y regresa a decirme si lo has visto.»

El gran visir fue al gabinete y le sucedió lo mismo que al sultán. Cuando se hubo asegurado de que el palacio de Aladino ya no estaba donde había estado y de que no aparecía el menor vestigio del mismo, volvió a presentarse ante el sultán. «Y bien, ¿has visto el palacio de Aladino?», le preguntó el sultán. «Señor», respondió el gran visir, «Vuestra Majestad recordará que he tenido

el honor de decirle que ese palacio, tan admirado por vos por sus inmensas riquezas, no era más que obra de magia y de un mago; pero Vuestra Majestad no ha querido creerme.»

El sultán, que no podía negar lo que el gran visir le recordaba, se encolerizó tanto más cuanto que no podía renegar de su pasada incredulidad. «¿Dónde está ese impostor, ese bribón, para hacerle cortar la cabeza?», exclamó. «Señor», respondió el gran visir, «hace unos días que vino a despedirse de Vuestra Majestad; hay que enviar a alguien a preguntarle dónde está su palacio: él lo debe saber.» «Sería tratarlo con demasiada indulgencia», replicó el sultán; «ordena a treinta de mis caballeros que me lo traigan cargado de cadenas.» El gran visir fue a dar la orden del sultán a los caballeros y explicó a su capitán cómo debían arreglárselas para que no se les escapase. Partieron y encontraron a cinco o seis leguas de la ciudad a Aladino,

que volvía cazando. El capitán le dijo al abordarlo que el sultán, impaciente por volverlo a ver, los había enviado a su encuentro para testimoniárselo y para acompañarlo de regreso a la ciudad.

Aladino no abrigó la menor sospecha acerca del auténtico motivo que guiaba a aquel destacamento de la guardia del sultán; continuó cazando en el camino de regreso; pero, cuando se hallaba a media legua de la ciudad, el destacamento lo rodeó y el capitán, tomando la palabra, le dijo: «Príncipe Aladino, con gran pesar os declaramos la orden que tenemos del sultán de deteneros y conduciros a su presencia como a un criminal de Estado; os suplicamos no toméis a mal que cumplamos con nuestro deber y nos perdonéis por ello.»

Esta declaración sorprendió sobremanera a Aladino, que se sentía inocente; preguntó al capitán si sabía de qué crimen era acusado, a

lo que respondió que ni él ni su gente sabían nada.

Cuando Aladino vio que sus hombres eran muy inferiores en número al destacamento, y que incluso se estaban alejando, echó pie a tierra. «Heme aquí», dijo; «ejecutad la orden que habéis recibido. Debo decir, sin embargo, que no me considero culpable de ningún crimen, ni contra la persona del sultán ni contra el Estado.» Al punto le pasaron en torno al cuello una cadena muy gruesa y muy larga, con la cual le ataron también todo el cuerpo, de manera que no tenía los brazos libres. Cuando el capitán se hubo puesto a la cabeza de su tropa, uno de los jinetes cogió el extremo de la cadena; y, cabalgando detrás del capitán, tiró de Aladino, que se vio obligado a seguirlo a pie; y en este estado fue conducido hacia la ciudad.

Cuando los caballeros hubieron entrado en los arrabales, los primeros que vieron a

Aladino conducido como un criminal de Estado no dudaron que fuese para cortarle la cabeza. Como era amado por todos, unos tomaron el sable y otras armas, y los que no las tenían se armaron de piedras y siguieron al destacamento. Los jinetes que cerraban la marcha dieron media vuelta, haciendo ademán de dispersar a la gente; pero pronto la multitud aumentó tanto en número que los caballeros tomaron la decisión de disimular, dándose por contentos si podían llegar hasta el palacio del sultán sin que les arrebataran a Aladino. Para conseguirlo, conforme las calles por las que pasaban era más o menos anchas, cuidaban de ocupar por completo la calzada, ora desplegándose, ora cerrando filas; de suerte que llegaron a la plaza de palacio, donde formaron todos en línea plantando cara al populacho armado, hasta que su capitán y el jinete que conducía a Aladino hubieron entrado en el palacio y

los porteros hubieron cerrado la puerta para impedir que entrase la muchedumbre.

Aladino fue conducido delante del sultán, que lo esperaba en el balcón, acompañado del gran visir; y tan pronto lo vio ordenó al verdugo, que había recibido órdenes de encontrarse allí, que le cortara la cabeza, sin quererlo escuchar ni obtener de él ninguna explicación.

Cuando el verdugo se hubo apoderado de Aladino, le quitó la cadena que tenía al cuello y alrededor del cuerpo; y, después de extender sobre el suelo una piel tinta en la sangre de una infinidad de criminales que había ejecutado, hizo que se arrodillara y le vendó los ojos. Entonces desenvainó su alfanje; tomó la medida para asestar el golpe, blandiéndolo y haciéndolo destellar en el aire por tres veces, y esperó que el sultán le diese la señal para decapitar a Aladino. En aquel momento el gran visir se dio cuenta de que el

populacho, que había atropellado a los caballeros y llenado la plaza, acababa de escalar los muros del palacio por varios puntos y comenzaba a demolerlos para abrir una brecha. Antes de que el sultán diese la señal, le dijo: «Señor, suplico a Vuestra Majestad que reflexione bien en lo que está a punto de hacer. Vais a correr el riesgo de ver invadido vuestro palacio; y, si esto ocurriese, la conclusión del caso podría ser funesta.» «¡Mi palacio invadido!», respondió el sultán. «¿Quién puede atreverse a tanto?». «Señor», repuso el gran visir, «tenga Vuestra Majestad la bondad de dirigir la vista hacia los muros de palacio y la plaza, y os convenceréis de la verdad de lo que os digo.»

Fue tal el terror del sultán a la vista de una reacción popular tan viva y animada que inmediatamente ordenó al verdugo que volviese el alfanje a la funda, quitara la venda de los ojos de Aladino y lo dejase libre. Dio orden también a los pregoneros de gritar

que el sultán le perdonaba la vida y que todos debían retirarse a sus casas.

Entonces todos aquellos que habían escalado ya los muros del palacio, testigos de lo que acababa de suceder, renunciaron a su intento. Volvieron a bajar rápidamente y, llenos de alegría por haber salvado la vida a un hombre al que querían de verdad, anunciaron la noticia a todos los presentes; pronto la buena nueva se difundió entre todo el gentío agolpado en la plaza; y los gritos de los pregoneros, que publicaban la misma cosa desde lo alto de las terrazas adonde habían subido, la hicieron oficial.

La justicia restituida por el sultán a Aladino concediéndole su perdón desarmó al populacho, hizo que el tumulto cesara y poco a poco todos se retiraron a sus domicilios.

Cuando Aladino se vio libre, levantó la cabeza hacia el balcón; y, viendo allí al

sultán, le dijo elevando la voz de una manera conmovedora: «Señor, suplico a Vuestra Majestad que añadáis una nueva gracia a la que acabáis de concederme, y es darme a conocer cuál es mi crimen.» «¡Cuál es tu crimen, pérfido!», respondió el sultán; «¿no lo sabes? Sube hasta aquí», continuó, «y te lo haré conocer.»

Aladino subió. «Sígueme», le dijo el sultán, precediéndolo sin mirarlo. Lo condujo hasta el gabinete y, cuando hubo llegado a la puerta, le dijo: «Entra; tú debes saber bien dónde estaba tu palacio; mira por todas partes y dime qué ha sido de él.» Aladino mira y no ve nada; identifica con precisión el terreno que su palacio ocupaba; pero, como no podía adivinar cómo había podido desaparecer, aquel suceso extraordinario y sorprendente lo sumió en tal estado de confusión y de extrañeza que no fue capaz de responder una sola palabra al sultán.

Impaciente, el sultán repitió a Aladino: «Dime dónde está tu palacio y dónde está mi hija.» Entonces Aladino interrumpió su silencio. «Señor», dijo, «veo bien, y lo admito, que el palacio que hice construir no está ya en el lugar en que estaba; veo que ha desaparecido y no puedo decirle a Vuestra Majestad dónde puede estar; pero puedo aseguraros que no he tenido parte alguna en este suceso.»

«No me importa la suerte que haya corrido tu palacio», respondió el sultán; «estimo a mi hija un millón de veces más. Quiero que la encuentres; si no lo haces, haré que te corten la cabeza y nada podrá impedírmelo.»

«Señor», repuso Aladino, «suplico a Vuestra Majestad que me conceda cuarenta días para encontrarla; y si en ese intervalo no lo he conseguido, os doy mi palabra de que pondré mi cabeza a los pies de vuestro trono, a fin de que dispongáis de ella como gustéis.» «Te

concedo los cuarenta días que me pides», le dijo el sultán; «pero no abuses de la gracia que te dispenso intentando escapar de mi cólera: en cualquier lugar de la tierra en que puedas estar sabré encontrarte.»

Aladino se alejó de la presencia del sultán muy humillado y en un estado lastimoso; pasó a través de los patios del palacio con la cabeza baja, sin atreverse a levantar la vista de la vergüenza que sentía; y los principales dignatarios de la corte, a los que siempre había tratado con la más exquisita urbanidad, en lugar de acercársele para consolarlo o para ofrecerle hospitalidad en sus casas, le volvieron la espalda, tanto para no verlo como para que él no pudiese reconocerlos. Pero, aunque se hubiesen acercado a él para decirle alguna palabra de consuelo o para ofrecerle su ayuda, no habrían reconocido a Aladino; él mismo no se reconocía, y su mente estaba trastornada. Lo demostró al salir de palacio: pues, sin pensar en lo que

hacía, preguntaba de puerta en puerta y a todo aquel que le salía al paso si había visto su palacio o si podía darle alguna noticia del mismo.

Estas preguntas hicieron creer a todo el mundo que Aladino había perdido la razón. Algunos se lo tomaron a risa; pero los más razonables, y en particular aquellos que habían tenido alguna relación de amistad y trato con él, sintieron auténtica compasión. Permaneció tres días en la ciudad, yendo de un lado a otro, no comiendo otra cosa que lo que le ofrecían por caridad y sin tomar ninguna resolución.

Finalmente, como no podía, en el infeliz estado en que se veía, permanecer por más tiempo en una ciudad donde había sido tan importante, salió de allí y tomó el camino del campo. Se apartaba de las calzadas principales; y, después de haber atravesado varios campos en una incertidumbre angustiosa,

llegó por fin, mientras anochecía, a la orilla de un río. Allí se apoderó de él un pensamiento de desesperación. «¿Dónde iré a buscar mi palacio?», se decía. «¿En qué provincia, en qué país, en qué parte del mundo lo encontraré, junto con mi querida princesa, que su padre el sultán me reclama? No lo conseguiré nunca; vale más que me libere de tantas fatigas que a nada conducirían y de los punzantes dolores que me corroen.» Iba a tirarse al río, siguiendo la resolución que acababa de tomar; pero creyó, como buen musulmán fiel a su religión, que no debía hacerlo sin haber rezado antes sus oraciones. Queriendo prepararse, se acercó a la orilla del agua para lavarse las manos y la cara, según costumbre del país; pero como aquel lugar estaba un poco inclinado y mojado por el agua que allí batía, resbaló; y habría caído en el río si no se hubiese agarrado a una pequeña roca que se elevaba unos dos pies sobre su cauce. Felizmente para él llevaba

todavía el anillo que el mago africano le había puesto en el dedo antes de descender al subterráneo para ir a coger la preciosa lámpara que acababa de serle arrebatada. Frotó el anillo con bastante fuerza al agarrarse a la roca; al instante el mismo genio que se le apareció en el subterráneo cuando el mago africano lo encerrara surgió ante él una vez más. *¿Qué quieres?,* le dijo el genio; *heme aquí listo a obedecerte como esclavo tuyo y de todos aquellos que llevan el anillo en el dedo, yo y los otros esclavos del anillo*.

Aladino, agradablemente sorprendido por una aparición tan inesperada en la situación en que se hallaba, respondió: «Genio, sálvame la vida por segunda vez diciéndome dónde está el palacio que hice construir o haciéndolo regresar inmediatamente a su lugar.» «Lo que me pides», replicó el genio, «no es de mi incumbencia: yo soy tan sólo esclavo del anillo; dirígete al esclavo de la lámpara.» «Si así es», repuso Aladino, «te

ordeno que por el poder del anillo me lleves al lugar donde está mi palacio, dondequiera que sea, y que me deposites bajo las ventanas de la princesa Badrulbudur.» Apenas hubo terminado de hablar cuando el genio lo llevó a África, en medio de una gran pradera donde estaba el palacio, poco alejado de una gran ciudad, y lo depositó precisamente debajo de las ventanas de la habitación de la princesa, donde lo dejó. Todo esto sucedió en un instante.

Pese a la oscuridad de la noche, Aladino reconoció muy bien su palacio y las habitaciones de la princesa Badrulbudur; pero como era noche cerrada y todo estaba tranquilo en el palacio, se retiró un poco aparte y se sentó a los pies de un árbol. Allí, lleno de esperanza, reflexionando en su buena suerte, que debía a un puro azar, se encontró en una situación mucho más halagüeña que cuando fuera detenido, conducido a presencia del sultán y en peligro de perder la vida. Se

engolfó un rato en estos pensamientos agradables; y finalmente, como hacía cinco o seis días que no dormía nada, no pudo impedir abandonarse al sueño que lo invadía, y se durmió al pie del árbol que le servía de apoyo.

Al día siguiente, cuando la aurora comenzó a despuntar, Aladino fue dulcemente despertado no sólo por el trino de los pájaros que habían pasado la noche en el árbol a cuyos pies se había acostado, sino también por el de las aves que poblaban los árboles frondosos del jardín de su palacio. Dirigió primero la vista hacia aquel admirable edificio y sintió entonces una alegría inexpresable por estar a punto de recobrar su condición de dueño del mismo y, al mismo tiempo, de poseer una vez más a su querida princesa Badrulbudur. Se levantó y se aproximó a las habitaciones de la princesa. Paseó algún tiempo bajo sus ventanas, en espera de que se despertase y pudiese verlo.

Mientras esperaba, se preguntaba de dónde podía proceder la causa de su desgracia; y, después de haberle dado muchas vueltas al asunto, llegó a la conclusión de que todo su infortunio derivaba de haber perdido de vista su lámpara. Se acusó a sí mismo de negligencia y del descuido que había tenido no llevándola siempre consigo. Lo que más lo inquietaba era que no podía imaginar quién fuese la persona envidiosa de su felicidad. Lo habría descubierto en seguida si hubiese sabido que él y su palacio se encontraban entonces en África; pero el genio esclavo del anillo no le había dicho nada y él no se había informado al respecto. El solo nombre de África le habría traído a la memoria al mago africano, su enemigo declarado.

La princesa Badrulbudur se levantaba más temprano de lo que acostumbraba desde su rapto y su traslado a África por obra del mago africano, cuya presencia se había visto obligada a soportar una vez al día, porque

era el nuevo dueño del palacio; pero lo había tratado siempre con tal dureza que él ni siquiera se había atrevido a instalarse allí. Cuando se hubo vestido, una de sus doncellas, mirando a través de una celosía, descubre a Aladino. Corre inmediatamente a avisar a su ama. La princesa, que no podía dar crédito a sus oídos, se precipita a la ventana y ve a Aladino. Abre la celosía. Al ruido que hace abriéndola levanta Aladino los ojos; la reconoce y la saluda con un gesto que traiciona el transporte de su alegría. «Para no perder tiempo», le dice la princesa, «han ido a abriros la puerta secreta; entrad y subid.» Y cerró la celosía.

La puerta secreta estaba debajo de las habitaciones de la princesa; Aladino la encontró abierta y subió. Imposible describir la alegría que sintieron los esposos al volverse a ver cuando creían haberse separado para siempre. Se abrazaron muchas veces e intercambiaron todos los testimonios de amor y

de ternura imaginables, después de una separación tan triste y tan inesperada. Luego de los abrazos mezclados con lágrimas de alegría, se sentaron; y Aladino, tomando la palabra, dijo: «Princesa, antes que nada os suplico en nombre de Dios, tanto en vuestro propio interés como en el del sultán vuestro padre y en el mío en particular, que me digáis qué ha sido de una vieja lámpara que yo había dejado sobre la cornisa del salón de las veinticuatro ventanas antes de irme de cacería.»

«¡Ah, querido esposo!», respondió la princesa, «ya sospechaba yo que nuestra desgracia dependía de aquella lámpara; y lo que más me aflige es que fui yo la causa de nuestros males.» «Princesa», replicó Aladino, «no os atribuyáis la culpa, que es toda mía, pues debía haberla guardado mejor: pensemos sólo en reparar su pérdida y, para ello, haced el favor de contarme cómo

ocurrió todo y a qué manos ha ido a parar la lámpara.»

Entonces la princesa Badrulbudur contó a Aladino el cambio entre la lámpara vieja y la nueva, que hizo traer para que él la viese; y cómo la noche siguiente se dio cuenta del traslado del palacio, encontrándose por la mañana en aquel país desconocido donde ahora le hablaba y que resultaba ser África: lo había oído de los propios labios del traidor que la había llevado allí por medio de sus artes mágicas.

«Princesa», dijo Aladino, interrumpiéndola, «me habéis dado a conocer al traidor al decirme que estamos en África. Es el más pérfido de todos los hombres. Pero no es tiempo ni lugar de haceros una descripción más amplia de sus maldades. Os ruego solamente que me digáis qué ha hecho con la lámpara y dónde la ha puesto.»

«La lleva en el seno, muy bien envuelta», respondió la princesa, «y estoy segura de ello, porque la ha sacado en mi presencia y la ha enseñado, jactándose de su posesión como si de un trofeo se tratase.»

«Princesa mía», dijo entonces Aladino, «no os enfadéis si me veo obligado a haceros tantas fatigosas preguntas: tan importantes son para vos como para mí. Lo que más me interesa —os conjuro a que me lo digáis— es qué trato habéis recibido de parte de un hombre tan pérfido y malvado.»

«Desde que estoy en este lugar», contestó la princesa, «se ha presentado sólo una vez al día ante mí, y estoy convencida de que la escasa satisfacción que obtiene de sus visitas lo induce a no importunarme más a menudo. Cuanto me dice tiende a persuadirme de que rompa el compromiso que contraje con vos y que lo tome a él por esposo, dándome a entender que no os volvería a ver nunca, que ya

no vivíais y que el sultán mi padre os había hecho cortar la cabeza. Añade, para justificarse, que sois un ingrato, que vuestra fortuna la debéis sólo a él y mil cosas más que me callo. Y como no recibe de mí por respuesta sino lamentos doloridos y lágrimas, se ve obligado a retirarse tan poco satisfecho como ha venido. No dudo, sin embargo, que su intención sea dejar pasar el momento más agudo de mis dolores, en la esperanza de que cambie de parecer, y usar la violencia sólo a la postre, si persevero en resistirme a él. Pero, querido esposo, vuestra presencia ha disipado ya mis inquietudes.»

«Princesa», interrumpió Aladino, «confío en que no se hayan disipado en vano, pues creo haber encontrado el medio de libraros de nuestro común enemigo. Pero para esto es necesario que vaya a la ciudad. Estaré de vuelta hacia mediodía, y entonces os comunicaré cuál es mi plan y lo que debéis hacer para conducirlo a buen fin. Pero, para que ya

lo sepáis, no os extrañéis si vuelvo vestido con un traje diferente y dad orden de abrirme la puerta secreta en cuanto la golpee por primera vez.»

La princesa le prometió que lo esperarían en la puerta y que le abrirían al instante. Cuando Aladino hubo descendido de las habitaciones de la princesa y salió por la misma puerta por la que había entrado, miró a un lado y a otro y vio a un campesino que enfilaba el camino del campo.

Como el campesino caminaba más allá del palacio y estaba un poco alejado, Aladino apretó el paso; y cuando lo hubo alcanzado le propuso intercambiar con él los vestidos, insistiendo tanto que el campesino consintió en ello. El cambio se llevó a cabo al amparo de la maleza; y cuando ambos se separaron, Aladino tomó el camino de la ciudad. Apenas entró en ella, enfiló la calle que desembocaba en la puerta y, evitando las calles más

frecuentadas, llegó al barrio en que mercaderes y artesanos de toda índole tenían cada uno su calle particular. Entró en la de los drogueros y, dirigiéndose a la tienda más grande y mejor provista, preguntó al mercader si tenía unos polvos que le nombró.

El mercader, que imaginó que Aladino era pobre, a juzgar por su traje, y que no tenía suficiente dinero para pagarle, le dijo que sí tenía, pero que eran muy caros. Aladino penetró en el pensamiento del mercader; sacó su bolsa y, mostrando el oro que contenía, le pidió media dracma de aquellos polvos.

El mercader la pesó, la envolvió y se la presentó a Aladino pidiéndole una moneda de oro. Aladino se la puso entre las manos y, sin detenerse en la ciudad más que el tiempo necesario para comer algo, regresó a su palacio. No tuvo que esperar en la puerta secreta: le fue abierta al instante, y subió a las habitaciones de la princesa Badrulbudur.

«Princesa», le dijo, «la aversión que os inspira vuestro raptor, como me habéis dicho, quizá os haga penoso seguir el consejo que voy a daros. Pero permitidme deciros que es preciso que disimuléis, e incluso que os forcéis a hacerlo, si queréis libraros de su persecución y dar al sultán vuestro padre y mi señor la satisfacción de volveros a ver. Si queréis, pues, seguir mi consejo», continuó Aladino, «os pondréis inmediatamente uno de vuestros más bellos vestidos; y cuando venga el mago africano, no dudéis en recibirlo con la mejor acogida posible, sin remilgos ni reticencias, con un rostro franco, de manera que crea que, si todavía os queda un poco de aflicción, se disipará con el tiempo. En la conversación, dadle a entender que os estáis esforzando en olvidarme; y, a fin de que se convenza aún más de vuestra sinceridad, invitadlo a cenar con vos y decidle que os gustaría probar el mejor vino de su país; él no dejará de abandonaros por un

momento para ir a buscarlo. Entonces, mientras esperáis su regreso, cuando la mesa esté preparada, poned en una de las copas en las que estáis acostumbrada a beber estos polvos; y, poniéndola aparte, advertid a aquella de vuestras esclavas que vaya a servir la bebida que la traiga llena de vino a una señal que vos le haréis y que previamente habréis convenido con ella, y que tenga mucho cuidado de no equivocarse. Cuando el mago haya vuelto y estéis sentados a la mesa, después de haber comido y bebido cuanto juzguéis oportuno, haced que os traigan la copa con los polvos y cambiadla por la suya; encontrará el favor que le otorgáis tan grande que no lo rechazará: beberá sin dejar una sola gota en la copa; y apenas la haya vaciado, lo veréis caer boca arriba. Si os repugna beber en su copa, fingidlo tan sólo y no temáis: el efecto de los polvos será tan rápido que no tendrá tiempo de darse cuenta de si bebéis o no bebéis.»

Cuando Aladino hubo terminado, le dijo la princesa: «Os confieso que debo violentarme sobremanera consintiendo en tratar al mago con la cortesía que me pedís y que es, en efecto, necesaria; pero □qué acción no debe emprenderse contra un cruel enemigo! Haré, pues, lo que me aconsejáis, ya que de ello depende mi tranquilidad no menos que la vuestra.» Concertado este plan con la princesa, Aladino se despidió de ella y fue a pasar el resto del día en los alrededores del palacio, esperando la noche para acercarse a la puerta secreta.

La princesa Badrulbudur, inconsolable no sólo de verse separada de Aladino, su querido esposo, a quien amó nada más verlo y a quien seguía amando aún, más por inclinación que por deber, sino también del sultán su padre, al que adoraba y de quien era tiernamente amada, había descuidado no poco su persona desde el momento de tan dolorosa separación. Había incluso, por así

decir, olvidado el decoro que tanto luce en las personas de su sexo, particularmente después que el mago africano se hubiese presentado ante ella por primera vez y se hubiera enterado por sus doncellas, que lo habían reconocido, de que era él quien había cambiado la lámpara vieja por la nueva, engaño por el cual le causaba horror.

Pero la ocasión de vengarse, y antes de lo previsto, hizo que decidiese seguir el consejo de Aladino. Así, en cuanto él se retiró, se sentó ella en el tocador, se hizo peinar por sus esclavas de la manera más favorecedora y se puso un riquísimo vestido muy a propósito. El cinturón que la ceñía era de oro y diamantes engastados, muy gruesos y mejor escogidos; y acompañaba al cinturón un collar de perlas cuyas seis perlas laterales, en proporción con la central, la más gruesa y preciosa, eran tales que las más grandes sultanas y las más grandes reinas se habrían considerado felices de tener una hilera

completa del tamaño de las dos perlas más pequeñas de la princesa. Los brazaletes, adornados con diamantes y rubíes, respondían maravillosamente bien a la riqueza del cinturón y del collar.

Cuando la princesa Badrulbudur estuvo completamente vestida, consultó su espejo y pidió el parecer de sus esclavas sobre su aspecto; y viendo que no le faltaba ninguno de los encantos que podían avivar la loca pasión del mago africano, se sentó en un sofá esperando que llegase.

El mago no dejó de venir a la hora acostumbrada. En cuanto la princesa lo vio entrar en el salón de las veinticuatro ventanas, donde lo esperaba, se levantó con todo su atavío de belleza y de encantos y le indicó con la mano el lugar de honor donde esperaba que se acomodase, sentándose al mismo tiempo que él: cortesía exquisita que nunca antes le había tributado.

El mago africano, más deslumbrado por el resplandor de los hermosos ojos de la princesa que por el brillo de la pedrería que la adornaba, quedó muy sorprendido. Su aspecto majestuoso y cierto aire gentil con que lo recibía, tan opuesto a los desdenes con que lo había recibido hasta entonces, lo confundían. Primero quiso acomodarse en un extremo del sofá; pero, viendo que la princesa no quería sentarse sí él antes no tomaba asiento donde ella deseaba, obedeció.

Cuando el mago africano se hubo sentado, la princesa, para sacarlo del apuro en que lo veía, tomó la palabra; y mirándolo de modo que él creyera que ya no le parecía odioso, dijo: «Os extrañaréis sin duda de verme hoy tan distinta a como me habéis visto hasta ahora; pero no os sorprenderá tanto cuando os diga que soy de un temperamento tan opuesto a la tristeza, a la melancolía, a las nostalgias y a las inquietudes que intento

alejarlas lo más pronto que me es posible, cuando hallo que ha pasado el motivo de las mismas. He reflexionado acerca de lo que me habéis dicho del destino de Aladino; y como conozco bien el carácter de mi padre, estoy convencida, como vos, de que no ha podido evitar el terrible efecto de su cólera. De modo que, aunque me obstinase en llorarlo toda mi vida, sé bien que mis lágrimas no lo harían resucitar. Por ello, después de haberle tributado hasta la tumba los deberes que mi amor reclamaba que le tributase, me ha parecido que debía buscar todos los medios a mi alcance para consolarme. Éstos son los motivos del cambio que veis en mí. Para comenzar, pues, a alejarme de la tristeza, decidida a desterrarla por entero de mi vida y persuadida de que querréis hacerme compañía, he ordenado que nos preparasen una cena. Pero, como no tengo más que vino de la China y me encuentro en África, me han entrado ganas de probar el que esta tierra

produce, y estoy segura de que, si lo hay, vos encontraréis el mejor.»

El mago africano, que había considerado imposible la dicha de conseguir entrar tan rápida y fácilmente en los favores de la princesa Badrulbudur, le participó que no encontraba palabras para testimoniarle cuán sensible era a sus bondades; y en efecto, para terminar lo antes posible una conversación de la cual le habría costado mucho zafarse si hubiese insistido en prolongarla, se agarró al vino de África del que ella acababa de hablarle y le dijo que, entre los atractivos de los que África podía glorificarse, el de producir excelente vino era uno de los principales, particularmente en la zona en que se encontraban; que él tenía una barrica de siete años que todavía estaba intacta y que, sin exagerar, contenía un vino que sobrepasaba en bondad a los vinos más excelentes del mundo. «Si mi princesa», añadió, «me lo permite, iré a llenar con él dos botellas y

regresaré en un instante.» «No querría causaros molestias», le dijo la princesa; «¿no sería mejor que enviaseis a alguien?». «Es preciso que vaya yo mismo.», respondió el mago africano; «nadie excepto yo sabe dónde está la llave de la bodega y nadie sino yo conoce el secreto para abrirla.» «Si es así», dijo la princesa, «id, pues, y volved lo antes posible. Cuanto más tardéis, más impaciente estaré por volveros a ver; y pensad que empezaremos a cenar tan pronto estéis de regreso.»

El mago africano, muy esperanzado en su presunta felicidad, no corrió a buscar su vino de siete años, sino más bien voló, y volvió en seguida. La princesa, que no había dudado que el mago se daría prisa, había vertido ella misma los polvos que Aladino le había traído en una copa que había puesto aparte. Se sentaron a la mesa la una enfrente del otro, de manera, que el mago daba la espalda al aparador. Ofreciéndole los mejores bocados,

la princesa le dijo: «Si queréis, puedo daros el placer de la música y del canto; pero como estamos solos vos y yo, me parece que la conversación nos dará más placer.» El mago consideró esta elección de la princesa como una nueva prueba de favor.

Después que hubieron comido algunos bocados, la princesa pidió de beber. Bebió a la salud del mago y, tras haber bebido, dijo: «Teníais razón al elogiar vuestro vino; nunca había bebido antes nada tan delicioso.»

«Encantadora princesa», respondió el mago, sosteniendo con la mano la copa que la esclava le había traído, «mi vino adquiere una nueva bondad gracias a vuestra aprobación.» «Bebed a mi salud», repuso la princesa; «veréis vos mismo que tengo razón en alabarlo.» Así que bebió a la salud de la princesa y, devolviendo la copa, dijo: «Princesa, me alegra sobremanera haber reservado esta barrica para una tan buena ocasión; confieso

también que no he bebido en mi vida nada tan excelente.»

Continuaron comiendo y bebieron tres copas más. La princesa, que tenía completamente fascinado al mago africano con sus cortesías y sus modales complacientes, dio por fin la señal a la esclava que le servía de beber, diciendo al mismo tiempo que le trajeran su copa llena de vino, que se llenase también la del mago africano y que se la ofreciesen. Cuando ambos tuvieron la copa en la mano, dijo al mago africano: «No sé cuál sea el uso en vuestro país cuando se quieren dos personas y están bebiendo juntos como hacemos nosotros. En la China el enamorado y la enamorada intercambian sus copas y beben a la salud el uno de la otra y viceversa.» Simultáneamente le ofreció la copa que tenía, adelantando la otra mano para recibir la suya. El mago africano se apresuró a realizar el cambio con tanto más placer cuanto que consideraba este favor como el indicio más

seguro de la conquista del corazón de la princesa, lo que lo situó en el colmo de su felicidad. Antes de beber, dijo con la copa en la mano: «Princesa, nosotros, los Africanos, estamos lejos de conocer todos los refinamientos que empleáis vosotros, los Chinos, en el arte de condimentar el amor y llenarlo de encantos; y, al enseñarme una lección que yo ignoraba, aprendo también hasta qué punto debo ser sensible a la gracia que recibo de vos. Nunca olvidaré, amable princesa, el haber encontrado, bebiendo en vuestra copa, una vida de la que vuestra crueldad me habría hecho perder la esperanza, si hubiese continuado.»

La princesa Badrulbudur, que se aburría mortalmente con los interminables discursos del mago africano, le dijo interrumpiéndolo: «Bebamos; retomaréis después lo que me estáis diciendo.» Al mismo tiempo se llevó a la boca la copa, que apenas rozó con los labios, mientras que el mago africano quiso

anticiparse tanto que vació la suya sin dejar una sola gota. Al apurarla, como había inclinado un poco la cabeza hacia atrás para mostrar su diligencia, permaneció algunos instantes en aquella posición, hasta que la princesa, que tenía siempre el borde de la copa pegado a sus labios, vio que le bailaban los ojos y que caía, sin sentido al suelo.

La princesa no necesitó ordenar que se abriese la puerta secreta a Aladino. Sus esclavas, que estaban al corriente de todo, se habían colocado en fila, una tras otra, desde el salón hasta el fondo de la escalera, de manera que en el momento en que el mago africano cayó hacia atrás se abrió la puerta.

Aladino subió y entró en el salón. Apenas hubo visto al mago africano tendido en el sofá, detuvo a la princesa Badrulbudur, que se había levantado y que iba a su encuentro para testimoniarle su alegría abrazándolo.

«Princesa», dijo, «no es tiempo aún de abrazos; tened la bondad de retiraros a vuestras habitaciones y dejadme solo, mientras trabajo por haceros regresar a la China con la misma rapidez con que os habéis alejado de ella.»

En efecto, cuando la princesa estuvo fuera del salón con sus esclavas y sus eunucos, Aladino cerró la puerta; se acercó luego al cadáver del mago africano, pues había perdido la vida, hurgó en su ropa y sacó de ella la lámpara envuelta en un paño, como le había dicho la princesa. La desenvolvió y la frotó. Al instante el genio se presentó con el saludo acostumbrado. «Genio», le dijo Aladino, «te he llamado para ordenarte, en nombre de la lámpara tu dueña, que hagas que este palacio sea devuelto inmediatamente a la China, a la misma ciudad y al mismo lugar donde se encontraba.» El genio, tras haber expresado con una inclinación de cabeza que obedecería, desapareció.

El traslado, en efecto, se hizo, y no se sintieron más que dos ligerísimos temblores: uno cuando fue levantado del sitio donde estaba en África, el otro cuando fue depositado en la China enfrente del palacio del sultán; todo transcurrió en un brevísimo intervalo de tiempo.

Aladino bajó a las habitaciones de la princesa; y, abrazándola, dijo: «Princesa, puedo aseguraros que vuestra alegría y la mía serán completas mañana por la mañana.»

Como la princesa no había terminado de cenar y Aladino tenía apetito, la princesa hizo traer del salón de las veinticuatro ventanas los manjares que allí fueran servidos, que estaban casi intactos. La princesa y Aladino comieron juntos y bebieron el buen vino añejo del mago africano; después de lo cual, conversando con la mayor

satisfacción del mundo, se retiraron a sus habitaciones.

Desde la desaparición del palacio de Aladino y de la princesa Badrulbudur, el sultán su padre estaba inconsolable por haberla perdido, como es de imaginar. No dormía apenas, ni de noche ni de día, y, en lugar de evitar todo lo que podía recordarle su aflicción, alimentaba su dolor con todos los medios a su alcance. Así, mientras antes sólo acudía al gabinete una vez por la mañana, para solazarse con la contemplación del palacio de Aladino, que nunca llegaba a saciarlo, ahora iba allí varias veces al día a renovar sus lágrimas y a sumergirse más y más en sus profundos dolores, convencido de que no volvería a ver lo que tanto le había complacido y de que había perdido para siempre a aquella a la que más quería en el mundo. La aurora acababa de despuntar cuando el sultán entró en el gabinete, la misma mañana en que el palacio de Aladino volvía a estar en su sitio.

Al entrar, se hallaba tan ensimismado y tan inmerso en su dolor que dirigió la mirada con tristeza hacia el lugar en el que no pensaba que hubiese más que aire vacío en vez de palacio. Pero, al ver que el vacío estaba lleno, pensó que era el efecto de la neblina. Mira con mayor atención y reconoce sin duda alguna que se trata del palacio de Aladino. Entonces la alegría y el regocijo sucedieron a la melancolía y a la tristeza. Regresa a sus habitaciones con paso vivo y ordena que le ensillen y le traigan un caballo. Se lo traen, monta, parte y le parece poca toda prisa para llegar al palacio de Aladino.

Aladino, que había previsto lo que podía suceder, se levantó con las primeras luces del alba y, vestido con uno de los trajes más espléndidos de su guardarropa, subió al salón de las veinticuatro ventanas, desde donde vio al sultán que venía. Bajó a tiempo para recibirlo a los pies de la escalinata y ayudarlo a desmontar. «Aladino», le dijo el

sultán, «no puedo hablarte hasta que haya visto y abrazado a mi hija.»

Aladino condujo al sultán a las habitaciones de la princesa Badrulbudur; y la princesa, a la que Aladino, al levantarse, había recordado que no se encontraba ya en África, sino en la China y en la capital del sultán su padre, enfrente de su palacio, estaba terminando de vestirse. El sultán la abrazó varias veces, con el rostro bañado en lágrimas de júbilo, y la princesa, por su parte, le dio todas las muestras de la enorme felicidad que sentía al volverlo a ver.

El sultán estuvo durante un rato sin poder articular palabra: tanta era su emoción por haber hallado a su querida hija después de haberla llorado sinceramente como perdida; y la princesa, por su parte, lloraba y lloraba de alegría por haber vuelto a ver al sultán su padre.

Finalmente el sultán tomó la palabra: «Hija mía», dijo, «quiero creer que es la alegría que tienes de verme lo que hace que me parezcas tan poco cambiada, como si no te hubiese ocurrido nada desagradable. Sin embargo, estoy convencido de que has sufrido mucho. No lo raptan a uno junto con todo un palacio de improviso, como te ha sucedido a ti, sin experimentar grandes alarmas y terribles angustias. Quiero que me cuentes todo lo que ha pasado y que no me ocultes nada.»

La princesa satisfizo gustosa el deseo de su padre. «Señor», dijo, «si parezco tan poco cambiada, suplico a Vuestra Majestad que considere que desde el alba de ayer comencé a respirar gracias a la presencia de Aladino, mi querido esposo y mi libertador, a quien había dado por muerto, y la dicha que acabo de tener abrazándolo me ha hecho recuperar por completo mi aspecto habitual. Porque toda mi pena, a decir verdad, era verme arrancada de Vuestra Majestad y de mi querido

esposo, no sólo por el amor que le profeso, sino también por mi preocupación a propósito de los tristes efectos de la cólera de Vuestra Majestad, a la que no dudaba que se vería expuesto, aunque fuese inocente. He sufrido bastante menos con la insolencia de mi raptor, que me dirigía, eso sí, discursos que no me agradaban. Pero los hice inútiles en virtud del ascendiente que pronto adquirí sobre él. Por lo demás, estaba tan oprimida como lo estoy ahora. En lo que concierne a mi rapto, Aladino no tuvo parte alguna en él: mi ingenuidad fue la culpable.»

Para persuadir al sultán de que decía la verdad, le habló con detalle del disfraz del mago africano como mercader de lámparas nuevas a cambio de lámparas viejas, y de cómo ella, por diversión, le había cambiado la lámpara de Aladino, cuyo secreto y cuya importancia ignoraba; del rapto del palacio y de su persona después de ese cambio, y del traslado de uno y otra a África, donde el mago

africano había sido reconocido por dos de sus esclavas y por el eunuco que le había cambiado la lámpara, cuando tuvo la osadía de presentarse ante ella por primera vez después del éxito de su audaz empresa y de proponerle que se casara con él; de la persecución, en fin, que había tenido que soportar hasta la llegada de Aladino; de las medidas que habían tomado juntos para arrebatarle la lámpara que llevaba siempre consigo; y de cómo lo habían conseguido, ella en particular, a fuerza de disimular y de invitar al mago a cenar en su compañía, hasta que todo terminó con la copa emponzoñada que le había ofrecido. «En cuanto al resto», añadió la princesa, «dejo a Aladino que os lo cuente.»

Poco pudo añadir Aladino al sultán. «Cuanto me abrieron la puerta secreta», dijo, «subí al salón de las veinticuatro ventanas y vi al traidor tendido en el sofá, muerto por la violencia de los polvos; como no convenía que la princesa permaneciese por más tiempo allí,

la rogué que bajara a sus habitaciones con sus esclavas y sus eunucos. Me quedé solo; y, tras haber sacado la lámpara del seno del mago, me serví del mismo secreto del que se había servido él para llevarse este palacio juntamente con la princesa. Y lo hice de suerte que el palacio se encuentra ahora en su lugar, donde he tenido la alegría de devolver a la princesa a Vuestra Majestad, como me habíais ordenado. Si queréis tomaros la molestia de subir al salón, veréis al mago castigado como se merecía.»

Para asegurarse completamente de la verdad, el sultán se levantó y subió; y cuando hubo visto muerto al mago africano, con el rostro lívido ya por la violencia del veneno, abrazó a Aladino con mucha ternura y le dijo: «Hijo mío, no me guardes rencor por mi proceder contra ti; el amor paternal me obligaba a ello, y creo que merezco que disculpes los excesos de mi cólera.» «Señor», respondió Aladino, «no tengo ningún motivo

de queja sobre la conducta de Vuestra Majestad; habéis hecho lo que debíais hacer. Ese mago, ese infame, el peor de los hombres, es la única causa de mi desgracia. Cuando Vuestra Majestad tenga tiempo, os daré cuenta de otra maldad que me hizo, no menos negra que ésta, de la que me salvé tan sólo por una especialísima gracia de Dios.» «Te oiré con gusto», replicó el sultán, «y pronto. Pero ahora pensemos en regocijarnos, y haz que se lleven ese objeto odioso.»

Aladino hizo retirar el cadáver del mago africano, con orden de arrojarlo al vertedero para servir de pasto a animales y aves.

Entretanto el sultán, tras ordenar que tambores, timbales, trompetas y demás instrumentos anunciasen la pública alegría, hizo proclamar una fiesta de diez días en señal de regocijo por el regreso de la princesa Badrulbudur y de Aladino con su palacio.

Fue así como Aladino escapó por segunda vez del riesgo casi inevitable de perder la vida; pero no fue el último: corrió un tercero cuyas circunstancias vamos ahora a relatar.

El mago africano tenía un hermano menor que no era menos hábil que él en las artes mágicas; puede decirse incluso que lo sobrepasaba en maldad y en artificios perniciosos. Como no vivían siempre juntos ni en la misma ciudad, y como con frecuencia uno se encontraba en levante mientras el otro estaba en poniente, cada uno por su lado, tenían la costumbre de informarse mutuamente cada año, por medio de la geomancia, acerca de la parte del mundo en que se hallaban y de la situación en que se encontraban, por si alguno de los dos necesitaba ayuda del otro.

Algún tipo después de que el mago africano hubiese sucumbido en su empresa contra la felicidad de Aladino, su hermano menor, que

no había tenido noticias suyas desde hacía un año y que no estaba en África, sino en un país muy lejano, quiso saber en qué lugar de la tierra se hallaba, cómo le iba y qué estaba haciendo. Dondequiera que fuese, llevaba siempre consigo su cuadrado geomántico, igual que su hermano. Coge el cuadrado, prepara la arena, traza los puntos, obtiene las figuras y, finalmente, forma el horóscopo. Recorriendo las casillas, encuentra en una que su hermano ya no existía; en otra, que había sido envenenado y muerto al instante; y, en una tercera, que su cadáver estaba en una ciudad de la China situada en tal sitio; y, por fin, que el que lo había envenenado era un hombre de humilde linaje que había desposado a una princesa hija de un sultán.

Cuando el mago se hubo enterado de la triste suerte que había corrido su hermano, no perdió el tiempo en lamentaciones que no le habrían devuelto la vida. Tomando al punto la resolución de vengar su muerte, monta a

caballo y se pone en camino, tomando la ruta hacia la China. Atraviesa llanuras, ríos, montañas, desiertos; y, tras un largo viaje, sin detenerse en ningún lugar, a costa de increíbles fatigas, llega al fin a la China y, poco tiempo después, a la ciudad que la geomancia le había designado. Seguro de no haberse equivocado y de no haber tomado un reino por otro, se detiene en dicha ciudad y busca en ella alojamiento.

Al día siguiente de su llegada, el mago sale; y, paseándose por la ciudad no tanto para admirar sus bellezas, que le eran del todo indiferentes, cuanto para comenzar a tomar medidas con vistas a la ejecución de su pernicioso plan, se introduce en los lugares más frecuentados y presta oído a lo que allí se dice. En un lugar en que se pasaba el rato jugando a varios tipos de juegos y donde, mientras unos jugaban, otros charlaban, quién de las últimas noticias y de los asuntos de actualidad, quién de sus propios asuntos,

oyó que contaban maravillas de la virtud y de la piedad de una mujer retirada del mundo, llamada Fátima, y hasta de sus milagros. Como creyó que aquella mujer podía serle útil para algo que tenía en mente, tomó aparte a uno de los de la tertulia y le rogó que le dijera con más detalle quién era aquella mujer y qué tipo de milagros hacía.

«¡Cómo!», le dijo su interlocutor, «¿no habéis visto nunca a Fátima ni habéis oído hablar de ella? Constituye la admiración de toda la ciudad por sus ayunos, por su austeridad y por el buen ejemplo que da. A excepción de los lunes y de los viernes, no sale de su pequeño retiro; y, los días que se deja ver por la ciudad, hace infinidad de bienes, y no hay persona afectada de dolor de cabeza que no se cure en virtud de la imposición de sus manos.»

El mago no quiso saber más al respecto; preguntó solamente al mismo hombre en qué

barrio de la ciudad se encontraba el retiro de aquella santa mujer. El hombre se lo indicó; tras lo cual, después de haber concebido y dispuesto el detestable plan del que hablaremos en seguida, para mayor seguridad, siguió todos los pasos de la mujer el primer día que salió después de sus averiguaciones, sin perderla de vista hasta el anochecer, cuando la vio volver a entrar en su casa. Precisado el lugar donde Fátima vivía, el mago se dirigió a uno de esos lugares que hemos dicho, donde se bebía cierta bebida caliente y donde se podía pasar la noche si se quería, especialmente durante los grandes calores, cuando en aquel país se prefiere dormir encima de una estera que en la cama.

El mago, después de haber contentado al dueño del local pagándole lo poco que le debía, salió hacia medianoche y se fue directamente al retiro de Fátima, la santa mujer, como la llamaban en la ciudad. No tuvo dificultades para abrir la puerta, que no estaba

cerrada más que con un pestillo; volvió a cerrarla sin hacer ruido cuando hubo entrado y a la luz de la luna distinguió a Fátima, que dormía a cielo descubierto, en un sofá cubierto con una pobre estera y apoyada contra su celda. Se acercó a ella y, sacando un puñal que llevaba en el costado, la despertó.

Al abrir los ojos, la pobre Fátima se extrañó mucho de ver a un hombre dispuesto a apuñalarla. Poniéndole la punta del puñal en el corazón, dispuesto a clavárselo, el mago dijo: «Si gritas o haces el menor ruido, te mato; levántate y haz lo que voy a decirte.» Fátima, que se había acostado vestida, se levantó temblando de espanto. «No temas», le dijo el mago, «sólo quiero tu vestido; dámelo y coge el mío a cambio.» Intercambiaron sus vestidos; y, cuando el mago se hubo puesto el de Fátima, le dijo: «Coloréame el rostro como el tuyo, de modo que me parezca a ti y que el color no se borre.» Como vio que ella temblaba todavía, para tranquilizarla y

conseguir que hiciese mejor lo que deseaba, le dijo: «No temas, te lo repito; te juro en nombre de Dios que no te quitaré la vida.» Fátima lo hizo entrar en su celda; encendió su lámpara; y, tomando de una vasija cierto líquido con un pincel, le frotó la cara y le aseguró que el color no se borraría y que era idéntico al de su rostro, sin diferencia alguna. Le puso a continuación su propio tocado sobre la cabeza, con un velo, enseñándole cómo debía cubrirse el rostro al caminar por la ciudad.

Finalmente, después de haberle puesto al cuello un grueso rosario que le colgaba por delante hasta la cintura, le dio el mismo bastón que acostumbraba ella a llevar y, presentándole un espejo, le dijo: «Miraos. No os podéis parecer más a mí.» El mago se encontró que ni pintado; pero no mantuvo el juramento que poco antes le había hecho tan solemnemente a la buena de Fátima. A fin de que no permaneciesen restos de sangre en su

puñal, la estranguló; y, cuando vio que había entregado el alma, arrastró su cadáver por los pies hasta el aljibe de la casa y lo arrojó dentro.

El mago, así disfrazado de Fátima, la santa mujer, pasó el resto de la noche en la casa, tras haberse manchado con un crimen tan detestable. Al día siguiente, a las primeras horas de la mañana, aunque era un día en que la santa mujer no tenía costumbre de salir, no dejó de hacerlo, convencido de que nadie le pediría explicaciones, pero dispuesto a darlas si fuese necesario. Como una de las primeras cosas que había hecho al llegar había sido ir a ver el palacio de Aladino, y como era allí donde había proyectado llevar a término su plan, se encaminó a dicho lugar.

Apenas vio la gente a la santa mujer —pues todo el mundo lo tomó por tal— el mago se encontró en seguida rodeado de una gran

muchedumbre. Unos se encomendaban a sus plegarias, otros le besaban la mano, otros, más reservados, le besaban el borde del vestido; y otros, que padecían dolor de cabeza o bien tan sólo pretendían preservarse del mismo, se inclinaban a su paso para que les impusiera las manos; cosa que hacía farfullando algunas palabras a guisa de oración; e imitaba tan bien a la santa mujer que todo el mundo lo tomaba por ella. Después de haberse detenido con frecuencia para satisfacer a aquellas gentes que ni bien ni mal recibían de aquella imposición de manos, llegó al fin a la plaza del palacio de Aladino, donde, siendo considerable la afluencia de gente, fue mayor aún la pugna por ver quién podía acercársele. Los más fuertes y diligentes se abrían paso entre la multitud, de lo que surgieron disputas cuyo alboroto se dejó oír en el salón de las veinticuatro ventanas, donde se hallaba la princesa Badrulbudur.

La princesa preguntó a qué se debía semejante alboroto; y como nadie satisfizo su curiosidad, ordenó que fuesen a averiguarlo y que volvieran a contárselo. Sin salir del salón, una de sus esclavas miró por una celosía y le dijo que el ruido procedía de la muchedumbre de gente que rodeaba a la santa mujer para hacerse curar del dolor de cabeza por la imposición de sus manos.

La princesa, que hacía tiempo que había oído hablar muy bien de la santa mujer, pero que nunca la había visto, mostró interés en verla y en conversar con ella. Apenas hubo manifestado su deseo, el jefe de sus eunucos, que estaba presente, le dijo que, si lo deseaba, era fácil hacerla subir y que no tenía más que mandarlo. La princesa asintió; y él destacó al instante a cuatro eunucos, con orden de conducir a palacio a la supuesta santa mujer.

Apenas salieron los eunucos de la puerta del palacio de Aladino y la multitud vio que se

dirigían adonde estaba el mago disfrazado, todos abrieron paso; y cuando el mago se vio libre del asedio popular y se apercibió de que venían en su busca, les salió al encuentro, tanto más feliz cuanto que veía que su engaño surtía el efecto apetecido.

Uno de los eunucos tomó la palabra y le dijo: «Santa mujer, la princesa quiere veros; venid, seguidnos.» «La princesa me hace un gran honor», respondió la fingida Fátima, «estoy lista para seguiros.» Y echó a andar detrás de los eunucos, que habían tomado ya el camino de palacio.

Cuando el mago, que bajo sus hábitos de santidad ocultaba un corazón diabólico, fue introducido en el salón de las veinticuatro ventanas y vio a la princesa, se presentó con una plegaria que contenía una larga enumeración de votos y de augurios por su salud, por su prosperidad y por el cumplimiento de todo aquello que ella pudiese desear.

Desplegó luego toda su retórica de impostor y de hipócrita para insinuarse en el ánimo de la princesa bajo la apariencia de una gran piedad; y le fue tanto más fácil conseguirlo cuanto que la princesa era naturalmente buena y estaba convencida de que todo el mundo era bueno como ella, especialmente aquellos y aquellas que se retiraban para servir a Dios en soledad.

Cuando la falsa Fátima hubo terminado su larga perorata, la princesa le dijo: «Mi buena madre, os agradezco vuestras plegarias; tengo una gran confianza en ellas y espero que Dios las escuche; acercaos y sentaos junto a mí.» La falsa Fátima se sentó con una modestia afectada; y entonces, volviendo a tomar la palabra, dijo la princesa: «Mi buena madre, voy a pediros algo que debéis concederme; no me lo rehuséis, os lo ruego: se trata de que permanezcáis conmigo a fin de que me habléis de vuestra vida y pueda yo

aprender de vos y de vuestros buenos ejemplos cómo servir a Dios.»

«Princesa», dijo entonces la fingida Fátima, «os suplico que no exijáis de mí una cosa en la cual no puedo consentir sin apartarme y distraerme de mis plegarias y de mis ejercicios de devoción.» «Eso no debe preocuparos», respondió la princesa; «tengo muchas habitaciones libres: escogeréis aquella que os convenga mejor y allí podréis hacer todos vuestros ejercicios con la misma libertad que en vuestro retiro.»

El mago, que no tenía otro objetivo que el de introducirse en el palacio de Aladino, donde le sería mucho más fácil llevar a cabo la maldad que meditaba, permaneciendo allí bajo los auspicios y protección de la princesa, que si se hubiese visto obligado a ir y venir del retiro al palacio y del palacio al retiro, no se hizo mucho de rogar antes de aceptar el cortés ofrecimiento de la princesa.

«Princesa», dijo, «por firme que sea la decisión que una mujer pobre y miserable como yo haya tomado de renunciar al mundo, a sus pompas y a sus vanidades, no me atrevo a oponerme a la voluntad y requerimiento de una princesa tan piadosa y caritativa.»

A esta respuesta del mago, la princesa, levantándose, le dijo: «Levantaos y venid conmigo, para que os muestre las habitaciones vacías que tengo, a fin de que escojáis.» Siguió a la princesa Badrulbudur; y de todas las estancias que ella le mostró, que eran muy bellas y muy bien amuebladas, escogió la que le pareció serlo un poco menos que las otras, diciendo con hipocresía que era demasiado para él y que no la escogía más que para complacer a la princesa.

La princesa condujo de nuevo al impostor al salón de las veinticuatro ventanas, pues quería que cenase con ella; pero, como para

comer habría tenido que descubrirse el rostro que hasta entonces había llevado velado, y temía que la princesa reparase en que no era Fátima, la santa mujer, como creía, le rogó con tanta insistencia que lo dispensara de la cena, aduciendo que no comía más que pan y frutos secos, y que le permitiera tomar su pequeña colación solo, en sus habitaciones, que ella se lo concedió. «Mi buena madre», le dijo, «sois libre, obrad como si estuvieseis en vuestro retiro; haré que os lleven algo de comer; pero recordad que os aguardo cuando hayáis terminado vuestra comida.»

La princesa cenó, y la falsa Fátima no dejó de reunirse con ella en cuanto un eunuco, siguiendo sus recomendaciones, le advirtió que su anfitriona se había levantado de la mesa. «Mi buena madre», le dijo la princesa, «estoy encantada de tener al lado a una santa mujer como vos, que va a ser la bendición de este palacio. A propósito de este

palacio, ¿qué os parece? Pero, antes de que os lo haga visitar estancia por estancia, decidme ante todo qué pensáis de este salón.»

A esta pregunta, la falsa Fátima, que para desempeñar mejor su papel había simulado hasta entonces tener la cabeza baja, sin volverse siquiera a mirar aquí o allá, levantó al fin los ojos y recorrió el salón con la mirada de un extremo al otro, y, después de haberlo mirado a satisfacción, dijo: «Princesa, este salón es verdaderamente admirable y de una gran belleza. Sin embargo, en lo que puede juzgar una ermitaña que no está al tanto de lo que el mundo considera bello, me parece que le falta una cosa.» «¿Qué cosa, mi buena madre?», preguntó la princesa Badrulbudur. «Decídmelo, os conjuro a ello. Yo creía, y así lo había oído decir, que no le faltaba nada. Si le falta algo, haré que se ponga remedio a esa deficiencia.»

«Princesa», repuso la falsa Fátima con gran disimulo, «perdonadme la libertad que me he tomado; mi parecer, si tiene algún valor, sería que, si en lo alto y en medio de la cúpula hubiese un huevo de ave roc colgado, este salón no tendría igual en las cuatro partes del mundo, y vuestro palacio sería la maravilla del universo.»

«Mi buena madre», preguntó la princesa, «¿qué clase de pájaro es el ave roc y dónde podría encontrarse un huevo suyo?». «Princesa», respondió la falsa Fátima, «es un pájaro de prodigioso tamaño que habita en la cima más alta del monte Cáucaso, y el arquitecto de vuestro palacio puede proporcionaros uno de sus huevos.»

Después de haber dado las gracias a la falsa Fátima por su buen consejo, pues como tal lo reputaba, la princesa Badrulbudur continuó charlando con ella de otros temas; pero no olvidó el huevo de ave roc y pensó hablarle

de él a Aladino en cuanto regresara de la caza. Hacía seis días que había partido; y el mago, que no ignoraba ese pormenor, había querido aprovecharse de su ausencia. Regresó ese mismo día al atardecer, al mismo tiempo que la falsa Fátima se despedía de la princesa y se retiraba a su cuarto. Al llegar, Aladino subió a las habitaciones de la princesa, que acababa de entrar en ellas. La saludó y la abrazó; pero le pareció que lo recibía con un poco de frialdad.

«Princesa mía», dijo, «no encuentro en vos la misma alegría de siempre. ¿Ha sucedido algo durante mi ausencia que os haya disgustado y causado tristeza o descontento? En nombre de Dios, no me lo ocultéis; haré todo lo que esté en mi mano para disipar vuestra pena.» «Es poca cosa», respondió la princesa, «y me proporciona tan poca inquietud que no hubiese creído que se transparentara en mi expresión hasta el punto de

que vos la captarais. Pero ya que, contra lo que esperaba, habéis percibido en mi rostro alguna alteración, no os ocultaré el motivo, que tiene muy poca importancia. Creía, como vos», continuó la princesa Badrulbudur, «que nuestro palacio era el más soberbio, el más magnífico y el más completo que existía en el mundo. Os diré, sin embargo, lo que me ha venido a la mente después de haber examinado bien el salón de las veinticuatro ventanas. ¿No convenís conmigo en que no se podría pedirle más si un huevo de ave roc estuviese colgado en el centro del vano de la cúpula?». «Princesa», repuso Aladino, «basta que vos hayáis concluido que le falta al salón un huevo de roc para que halle en él el mismo defecto. Veréis por la diligencia con que voy a subsanarlo que no hay nada que no esté dispuesto a hacer por vuestro amor.»

Aladino dejó al instante a la princesa Badrulbudur; subió al salón de las veinticuatro ventanas; y allí, después de haberse sacado

del seno la lámpara que siempre llevaba consigo, en cualquier lugar que se hallase, a partir del peligro que había corrido por haber descuidado tomar semejante precaución, la frotó. Inmediatamente el genio se le presentó. «Genio», le dijo Aladino, «en este salón falta un huevo de roc colgado del centro de la cúpula; te pido, en nombre de la lámpara, que subsanes ese defecto.»

No había terminado Aladino de pronunciar estas palabras cuando el genio emitió un grito tan estruendoso y tan tremendo que el salón tembló y Aladino estuvo a punto de caer al suelo. «¡Cómo! ¡Miserable!», le dijo el genio con una voz capaz de hacer temblar al hombre más resuelto, «¿no te basta con que mis compañeros y yo te hayamos servido como lo hemos hecho, y me pides, con una ingratitud que no tiene igual, que te traiga a mi amo y que lo cuelgue en medio de la bóveda de esta cúpula? Por este atentado merecerías ser reducido a cenizas en el acto,

tú, tu esposa y tu palacio. Pero te puedes considerar afortunado de no haber sido el verdadero autor, porque la petición que me has formulado no procede directamente de ti. Entérate de quién es el auténtico inspirador: es el hermano del mago africano, tu enemigo, a quien destruiste como merecía. Está en tu palacio, disfrazado de Fátima, la santa mujer, a quien ha asesinado; y es él quien ha sugerido a tu esposa hacer la perniciosa petición que acabas de hacerme. Su plan es quitarte la vida; de ti depende que fracase.» Y, dicho esto, desapareció.

Aladino no perdió ni una sola de las últimas palabras del genio; había oído hablar de Fátima, la santa mujer, y no ignoraba de qué modo curaba el dolor de cabeza, por lo que se decía. Volvió a las habitaciones de la princesa y, sin hablar de lo que acababa de sucederle, se sentó diciendo que le había sobrevenido de improviso un gran dolor de cabeza y llevándose la mano a la frente. La

princesa ordenó al instante que hiciesen venir a la santa mujer; y, mientras iban a llamarla, contó a Aladino cómo se encontraba en palacio, donde le había dado una habitación.

La falsa Fátima llegó y, nada más entrar, le dijo Aladino: «Venid, mi buena madre. Qué contento estoy de veros y qué dicha la mía de encontraros aquí. Me veo atormentado por un furioso dolor de cabeza que acaba de apoderarse de mí. Os pido vuestra ayuda por la confianza que tengo en vuestras oraciones, y espero que no me rehuséis la gracia que concedéis a tantos afligidos por este mal.» Dicho esto, se levantó inclinando la cabeza; y la falsa Fátima se le acercó, pero con la mano en la empuñadura de un puñal que llevaba al cinto, oculto bajo la ropa. Aladino, que la observaba, le agarró la mano antes de que pudiese desenvainarlo y, atravesándole el corazón con el suyo, la arrojó muerta sobre el pavimento.

«Mi querido esposo, ¿qué habéis hecho?», exclamó la princesa asombrada. «¡Habéis matado a la santa mujer!». «No, princesa mía», respondió Aladino sin inmutarse, «no he matado a Fátima, sino a un criminal que me iba a asesinar si no me hubiese anticipado. Es este malvado que estáis viendo», añadió quitándole el velo, «quien ha estrangulado a Fátima y de cuya muerte, por error, me acusáis, pues se había disfrazado de la santa mujer para apuñalarme. Y, a fin de que lo conozcáis mejor, os diré que era hermano del mago africano vuestro raptor.» Aladino le contó a continuación cómo se había enterado de estos pormenores; tras de lo cual hizo que retiraran el cadáver.

Fue así como Aladino se libró de la persecución de los dos hermanos magos. Pocos años después, el sultán murió a una edad muy avanzada. Como no dejó hijos varones, la princesa Badrulbudur, en calidad de legítima heredera, lo sucedió, y compartió el poder

supremo con Aladino. Reinaron juntos durante largos años, y dejaron una ilustre posteridad.

@Created by PDF to ePub